LEOPOLDO LUGONES

LA GUERRA GAUCHA



Leopoldo Lugones

La guerra gaucha

2a. EDICION

Saga

La guerra gaucha

ISBN: 9788726641936

1st ebook edition
Format: EPUB 3.0

ADVERTENCIA

La primera edición del presente libro, agotada casi de inmediato, veinte años ha, constituye una rareza bibliográfica. Esta segunda, corregida y revisada por su propio autor, quien no ha introducido, sin embargo, ninguna modificación fundamental, equivale, pues, a una primicia que por otra parte abona el creciente interés de su tema histórico. Es cuanto puede afirmar el editor, en punto a mérito intrínseco; pues el autor tiénele vedada toda apreciación concerniente a su mérito personal.

DOS PALABRAS

La Guerra Gaucha no es una historia, aunque sean históricos su concepto y su fondo. Los episodios que la forman, intentan dar una idea, lo más clara posible, de la lucha sostenida por montoneras y republiquetas contra los ejércitos españoles que operaron en el Alto Perú y en Salta desde 1814 á 1818.

Dichos episodios que en el plan de la obra estaban fechados para mayor escrupulosidad de ejecución, corresponderían á la campaña iniciada por La Serna el último de aquellos años y terminada el 5 de mayo del mismo con la evacuación de Salta; pero siendo ellos creados por mí casi en su totalidad, habían menester de esta advertencia.

Por igual causa, el libro carece de fechas, nombres y determinaciones geográficas; pues estando la guerra en cuestión narrada al detalle en nuestras historias, no habría podido adornarse con semejantes circunstancias aquellos episodios sin evidente abuso de ficción.

Quedaba, es cierto, el recurso de la novela y éste fué quizá el primer proyecto; pero dados el material narrativo y el número de los personajes, aquello habría exigido tomos. Entre su conveniencia y la de sus lectores, que tienen ante todo derecho á la concisión, el autor no podía vacilar …

Por otra parte, la guerra gaucha fué en verdad anónima como todas las grandes resistencias nacionales; y el mismo número de caudillos cuya mención se ha conservado (pasan de cien) demuestra su carácter. Esta circunstancia imponía doblemente el silencio sobre sus nombres; desde que habría sido injusto elogiar á unos con olvido de los otros, poseyendo todos mérito igual. Ciento y pico de caudillos excedían á no dudarlo el plan de cualquiera narración literaria, para no mencionar la monotonía inherente á su perfecta identidad.

Luego, el hombre de la guerra gaucha, su numen simbólico por decirlo así, es Güemes, á quien está destinado el capítulo final en

una sintética glorificación. Él fué realmente el salvador de la independencia en el norte; y la originalidad de su táctica, no puede impedir que se lo considere como uno de los más grandes guerreros de su país. Así su nombre glorioso puede dar á todo aquel heroísmo anónimo la significación apelativa de que carece en particular.

Sólo me resta pedir amparo á la benevolencia del lector para uno que otro nombre indígena, ó neologismo criollo, ó verbo formado por mí á falta de vocablo específico: — accidentes imposibles de evitar dada la naturaleza de este libro. Pocos son desde luego, pues no he creído que su tema nacional fuese obstáculo para tratarlo en castellano y con el estilo más elevado posible, debiendo imputarse toda mengua en tal sentido á la cortedad de mis medios, no á la flaqueza de mi intención.

L. LUGONES.

ESTRENO

Marcharon toda la noche, saliendo al despuntar el día sobre uno de los picos que dominaban el desfiladero donde combatieran poco antes entre la sombra.

Arriba, en el perfil de las rocas, soslayado por el cierzo que vibraba al rape su cáustica titilación, bajo el alba descolorida aunábase el grupo con el monte.

Los cerros almenaban el contorno. Aquel levantamiento de piedras, sin más terreno qué llenar, gibábase en cumbres; y éstas, en un pausado insomnio, a medias se desembozaban de la noche. La misma presencia de la madrugada contribuía á la soledad. Diafanidades de hielo cristalizaban el ambiente. Algunas breñas agujereaban á trechos con sus manchones la uniformidad gris. Y en una de las cumbres, á pico sobre el valle ó más bien grieta que hacheaba el hueso mismo de la montaña, el grupo de jinetes se atería en un estremecimiento de harapos.

Casi todos en mulas, algunos en caballos míseros, resguardadas las piernas por guardamontes de peludo cuero, flojas las riendas, sin mirarse, sin hablarse, esperaban algo.

Los animales trasijados de fatiga, despeados por los pedernales, ensangrentados los encuentros por el monte, empeoraban en lamentable murria. Colgaban sus crines en greñas sobre las agobiadas cervices; en las cambas de los frenos coagulábase con sus babas la herrumbre. Los guardamontes, la carona de cuatro puntas que á la vez batían la paleta y la ijada del animal, el recado y las riendas de cuero crudo, aperaban á éste.

Llevaban los hombres calzoncillo de cordellate hasta la rodilla, chiripá de picote ó tocuyo, camisas andrajosas, sombreros de lana y espuelas de hierro calzadas sobre el desnudo talón.

Unos altos, delgados hasta la enjutez, tenebrosamente cabelludos y barbudos; otros retacones, lampiños, como vientres de tinaja los semblantes; prieta ó cobriza la color de todos. Bajo sus girones resaltaba una pujante topografía de pechos y de biceps. Carne morena curtida á esfuerzo y á sol y relevada como á martillo. Sus ojos de carbón malvelaban preocupaciones taciturnas. Sobre sus espaldas, el pelo trenzado culebreaba con aspereza silvestre, sin una ceniza de tiempo entre sus hebras.

Las cabalgaduras vaheaban en la nitidez glacial el calor de sus bofes. Asombraba que bestias tan ruines sufrieran semejantes cargas de miembros; pero lo podían y aun dormitaban algunas encogiendo un jarrete. Hombre y bestia amalgamábanse en la mutua afición sin el estorbo de una idea. Nada más que una cosa quería el jinete: correr. Nada más que una cosa sabía el caballo: correr. Y de este modo el caballo constituía el pensamiento de su jinete.

Aquellos hombres se rebelaban despertados por el antagonismo entre su condición servil y el individualismo á que los inducían la soledad, el caso de bastarse para todo que ésta implicaba y el trabajo reducido á empresas ecuestres. El silencio de los campos se les apegaba, y así sus diálogos no excedían de dos frases: pregunta y respuesta. Sus conversaciones limitábanse á algún relato que los oyentes apoyaban con ternos. En las ocasiones graves, departían meditando en alta voz. Si discrepaban, el choque de los juramentos antecedía brevemente al de los puñales. Y sólo borrachos reían.

En dos clases de montoneras organizólos su caudillo al invadir el godo. Unos formaron las partidas volantes que escaramuceaban á la continua: voluntarios, prófugos, desertores de los ejércitos regulares. Otros guarnecían sus aldeas en grupos locales, reuniéndose cuando el enemigo se introducía en sus jurisdicciones. Promulgaban en tal caso la convocatoria; reconcentraban sus ganados en las espesuras; disponían sus trojes en las copas de los ár-

boles. Con tropilla ó caballo de tiro concurrían á los puntos designados y batallaban su parte. Los que sólo tenían caballo de non, efectuábanlo en éste. Los más pobres tragábanse á pie las leguas. Pasado el trance, restituíase á su pegujal cada uno, pastoreando y cultivando otra vez como honrados labriegos.

Así, los humos de las rancherías y los incendios que por la noche bordaban con hilo de oro las sierras; los caminantes que rumiando su coca arreaban recuas de jumentos y los labradores que desvolvían sus rastrojos; el silencio en inminencia de emboscada, la población tanto como el desierto, hostilizaban de consuno al español.

Los de las partidas volantes se asalariaban por el saqueo, consideraban a rebaños y tropillas como orejanos de la patria y aliciente de la guerra. Comían poco así, mas comían ajeno y esto les placía. Pesado á bala y medido á puñal lo saboreaban mejor. Detestaban al rey como á un patrón engreído y cargoso en la persona de sus alcaldes, bajo la especie de sus gabelas; persuadiéndolos más que un principio un instinto de libertad definido por las penurias soportadas. Hambrunas, ojerizas contra la piel blanca tan susceptible de mancharse por lo mismo; añoranzas del aborigen, asperezas de la desnudez — todo eso acumulado, enfervorizaba su sangre. Carnívoros feroces, abusaban del ají en sus comidas; y la llama de la especia añadía su calor al de ese entusiasmo cuyo torrente se alborotaba en el cauce de sus venas. Hacha en mano desmontaban encharcando el piso de sudor. Pialando, daban contra el suelo á una yegua disparada, firmes cual monolitos en la crispación equilibre de su musculatura. Por juego retenían del corvejón a una mula, como a una cabra. Capaban sus toros chúcaros tumbándolos por los cuernos á medio campo. Acosaban al potro en doma, rasguñándole los sobacos en el peor momento con la espuela, y tendiéndolo de un rebencazo si se fatigaban. Hartos de vagar por esas cumbres en satisfacción anda-

riega, amaban con todos sus tuétanos. Cuando no, bebían. No realizaban por cierto un ideal de hombre sino un tipo de varón.

El grupo aquél tenía armas. Fusiles que recortaron sumergiéndolos en el agua después de caldeados hasta medio cañón, suplían de tercerolas montados en urgentes escalabornes. Pertrechábanse también con chuzas de punta ferrada ó simplemente endurecida al fuego. Algunos cargaban boleadoras. Todos facones y lazos. Industria tosca, pero eficaz.

Entre las armas y los sombreros figuraban dos morriones y un sable. El hombre que lo esgrimía calzaba botas, lo cual era otra singularidad. Cierto aire bélico lo particularizaba; algo indefinible, pero definitivo, El arqueo peculiar de su bigote, su manera de combar el pecho. Después otros indicios. En el brazo derecho, adheridos á sus andrajos, ostentaba una jineta y un escudo blanco y azul en el que se leía *Tupiza*. Bajo el otro morrión tiritaban girones de chaqueta prendidos con seis botones de ordenanza. Aquel grupo, ó mejor aún gavilla, parapetábase en el peñasco, arrecido por la intemperie. La bruma de la madrugada desvanecíase en las alturas; sus desgarrones develaban nuevas cumbres. Por un claro de horizonte entró en escena un cerro nevado.

— Muerde el aire!

La voz que esto decía, sonó extrañamente en aquella mar de silencio. Un chifle taraceado en colores pasó de mano en mano. Aparecieron las tabaqueras, y minutos después fumaban los ginetes doblada una pierna sobre el arzón. Esto los alegró al parecer, pues varias sonrisas apaciguaron el erizamiento de algunas barbas. Platicaron. El hombre de la chaqueta narraba. Desde muy adentro en el Alto Perú, hervían las montoneras. Todo andaba mal, sin embargo. Derrotas tras derrotas. Pero ya palparían la realidad los maturrangos así que se resolvieran un poco más. Los otros recapacitaban. Verdad. Desde el año catorce con Pezuela,

el godo impertérrito tramaba invasión sobre invasión, y bien que rechazado siempre, no escarmentaba nunca. La montonera pugnaba también y el conflicto más y más se empedernía. Aquella invasión anunciábase con tropa selecta, un virrey nuevo, jefes de mi flor; mas, dividida en destacamentos, á la busca de las vituallas que secuestró desde el principio la montonera, poco ofendía.

Ésta no gozaba por su parte de un estado mejor. Hasta los *Dragones Infernales* disolvíanse deshechos. Dos de sus soldados, esos de los morriones, llegaron la víspera en un burro propalando el desastre. Pero la guerra seguía, y la trabajaban bien, á talonazos en el ijar de los brutos, á lanzadas en el enemigo. De pronto faltaban los recursos. Las tercerolas transformábanse en garrotes, los chuzos en leña …

Percibiendo una palabra más distinta, el sargento se volvió en ese instante; preguntó algo, la distancia, el rumbo, con un acento que apenaba. No le contestaron, y él, soliviando resignadamente los hombros, se recluyó otra vez en su silencio.

En desfilada, con la vibración de un birimbao gigantesco, cuatro, seis, diez cóndores cruzaron casi rozándolos. Describieron un vasto círculo, vinieron otra vez en una brusca conversión de diagonales. Un gaucho se refocilaba, arrollándose la camisa para que ventearan su costillar baleado. Algo les interesaba en el boquete lleno aún de brumas. Nada se veía en él, pero ya el sol, como una oblea carmesí, nacía entre nieblas de índigo. De oro y rosa bicromábanse los cerros de occidente. Flotaba un olor de aurora en el aire. Sobre la escueta cima de la loma frontera, un buey que la refracción desmesuraba, se ponía azul entre el vaho matinal. Por un momento, los escarchados ramajes parecieron entorcharse de vidrio. Al fondo, la cordillera overeaba como un cuero vacuno, manchada de ventisqueros. Algún mogote que decoraron como de un muelle encaje efímeras nieves, eslabonaba aquella enormidad con la inmediata serranía. Allá cerca, la masa

arrugándose en plegaduras de acordeón, suavizaba su intensidad cerúlea; y el matiz tornábase violeta ligeramente enturbiado por un sudor de cinc. El macizo oleaje de roca apilaba en una eternidad estéril sus bloques colosos. Muy lejos, en alguna umbría, un tordo cantaba. Está rezando, decían los hombres. Algunos se persignaron en silencio.

Bruscamente, los animales enderezaron las orejas. Un jinete repechaba el faldeo que los patriotas escalaron de noche a tientas. Su cabalgadura apezuñaba con estrépito. Las tercerolas se prepararon. Pero casi al instante, el busto de un hombre y la cabeza de un caballo surgieron del cardonal que cerraba la senda, y aquél imprecó:

—Sargento!

Retrepándose en su montura, la mano en la visera, el dragón titubeaba. Sus hombres, sonrojados por el sinsabor de la derrota, agachábanse desconfiando. El capitán! Cómo soportarían el trepe que les echara! Cómo lo moderarían sin abochornarse!

A un tiempo jefe y patriarca de sus gauchos, lo idolatraban éstos. Nunca mandaba directamente; imbuía más bien su coraje:

—Si no vamos, creerán que es de miedo …

En las ocasiones solemnes:

—Vaya! … ya están con miedo; pero ellos tienen más.

Y la partida lo enmendaba con un prodigio.

Bien montado comunmente, guiaba al fuego en una yegua manca, y acometía.

— Si no compiten, decía al partir, los boto por maturrangos.

Todos se portaban jinetes.

Presentíanlo adivino. Sus caballos le anticipaban secretos de guerra. Y como bravo … ¡el más de todos!

Cierta vez le vaciaron las tripas. Las recogió, enjuagándolas en agua tibia para que el sebo no se le enfriase; las metió dentro.

Una vieja le cosió la herida, y él, en tanto, braveaba á rugidos un patético yaraví.

Hombre de familia, muy mesurado de pensamiento y obra, trocábase fácilmente en fantaseador de imposibles. El combate lo apasionaba, sin conmover, no obstante, su reposo. Araba el peligro en amelgas tan profundas, que á cada refriega remachábanle de nuevo los abismales del lanzón. Su táctica apechugaba siempre en línea recta. Designaba al enemigo con expresiones indeterminadas: *allá, eso*. Muy sujeto de velar tres noches al lado de un herido, preconizaba entre sus soldados locuras heroicas. Cuando alguno sucumbía en el lance, enfurecíase con él, le culpaba todo. Después resarcía á la viuda con algún ganado, apadrinaba á los huérfanos. Si alguien aplaudía su acción, lo arrestaba por entrometido.

Respondíanle todos los cuatreros del pago, pues á cada cual le apañaba una trapacería. Regimentó aquella turba gregal á sus expensas, sin espulgarle mucho el doblez. Con tal que prometieran la catadura y el despejo, se toleraba de postulante al mismo diablo. Y si resultaba un poco forajido ¡de perlas! Si perpetró homicidio en duelo leal, pertenecíale impune. Ya alistado, tanteábalo en persona con una camorrita, y según las agallas del prójimo confirmaba la admisión.

Como se le extraviase cierto día una virola de las aciones, paseó sin chistar durante un rato frente á la partida, arredrándola con inquisidora esquivez. De repente acogotó á uno, lo estaqueó acto continuo sentenciándolo "por bárbaro". Ejecutada la pena, le regaló la otra virola y el insurrecto confesó su delito. A los tres días desertaba. Entonces el jefe se condenó á sí mismo, "por bárbaro" otra vez.

Temían más sus sobarbadas que un cañonazo en el vientre. ¡Pobre del chapetón aprisionado en día de viento norte! Quinientos, mil azotes le educaban el genio para empezar; que em-

borrachándose el jefe, prefería degüello. En tales ocasiones se encelaba. Su mujer huía á campo traviesa, sin tiempo más que para arrebozarse en una sábana, encomendándose al capataz. Pacificaba éste al caudillo, acostándolo en su propia cama, con súplicas y mimos; y al día sigiuente, aunque emperrado todavia por no recular, concedía lo que le pidiesen.

Halagábanlo, sobre todo, con proezas, cuanto más fantásticas mejor; y él las retribuía como un presente con francachelas rumbosas. Conocíanle por única debilidad el amor. Pero no le hipotecaba, eso no, sus bastardos al destino. Distribuía á cada uno su plantel de terneros y su rancho decente. Aliviaba á toda la parentela. Luego ¿qué firmeza le resistía? ¡Si fascinaba á la más ducha con sólo requebrarla! Si la más altanera se le encariñaba como una palomita, al domesticarla en ardorosa premura el magnetismo de su enlabio! Por eso envidó siempre á *quiero* seguro en el juego del amor.

Allá sobre la cumbre, ya desmontado, abrazaba al grupo en el centelleo de sus ojos. Propendía sin duda á un desagrado; mas, como notara la ausencia de un hombre, encaró al sargento, y las cejas se le subieron por la frente, interrogando.

Moviéronse apenas los labios de aquél en un estupor de angustia. Los rocines derrengados, la escuálida tropa, pregonaban el contraste; y escarnecido por su evidencia, afligíalo la luz como un rubor.

La soledad amplificaba rumores. Un relincho saludó el despertar de las lejanas dehesas. Jefe y sargento aproximáronse silenciosos al desfiladero en cuyo fondo negreaban los cóndores. A poco trecho, aquél señaló un cadáver; y más allá un trozo de lanza con su banderola. La montonera discutía más lejos, refunfuñando.

El subalterno, arrimándose un poco, exponía el percance en secreto, como avergonzado de oirse.

…Obscuridad … Sorpresa … Noche …

… Encovó á los godos en la encrucijada … Setenta más ó menos … No los embistió, porque llevaban infantería … No se usaba … Operó mal con la noche … Una descarga … Otra en respuesta … Y cada grupo se desbandó por su lado …

Él pujó sólo. Trucidó algo de un mandoble …

La narración se encadenaba.

…Mucho trabajó para no rezagar la gente. Esforzóse toda la noche en esto, y despistado, calló por no deprimirse ante sus hombres. El resto lo presumía. Dios lo asistiese … y que lo fusilaran.

El capitán difería con malos modos.

¡Lindo espectáculo ante la vanguardia chapetona! Ya lo supuso cuando se retardaron la víspera, rastreándolos, en consecuencia, desde el amanecer. De sus gauchos, bisoños al fin, no le extrañaba. Pero de ese sargentón! … Pucha con los célebres *Infernales!*

Y á su vez, como quien derrumbaba bloques en frívola catástrofe, aludía con los nombres heroicos: Tupiza, Las Piedras, Tucumán, Salta, Potosí, Vilcapugio, Ayohuma, Venta y Media, Yaví …

Las pupilas del sargento achicáronse en chispas. Esos nombres componían su historia, sus ocho años de pelea. Cada uno le dolía en una parte, pues si no lo condecoraron por algunos, en todos lo hirieron. Y he aquí que la adversidad de un fracaso obscuro defraudaba semejante grandeza.

El capitán nada entendía. Las libaciones del chifle que le ofrecieron cuando llegó, amoscábanlo torvamente. Su escarpado rostro se obscurecía. El chambergo, el poncho de vicuña tapándolo hasta las botas, sólo descubrían un matorral de barbas, y entre ellas los ojos amarillos, la nariz ensanchada como un rastro de león, la pulpa cárdena de los labios. Amonestaba golpeándose la

bota con el rebenque; y á cada tranco, la cumbre disminuía entre sus espuelas.

Detúvose por fin, impartiendo una orden que refrenó los murmullos con un laconismo de cintarazo. Su dedo indicaba la banderola en el plan del derrumbadero. Los de la partida, arrimándose, comentaban:

— Es un pedazo de lanza.

— Cortada de un hachazo.

Las miradas se dirigieron al sable del dragón.

— Qué tajo!

Mientras, éste afianzado en el arma, iniciaba su descenso por el talud. Cierta solemnidad trágica subyugó las cabezas como un viento. Preveían la cosa. El caudillo lanzaba su hombre á la muerte por esa rampa de vértigos y pedrones.

Casi vertical, no afrontaría sus llambrias gigantescas. Alguien reflexionó en voz alta que, sin descalzarse, resbalaría tal vez …

El dragón, rehuyendo toda charla, levantó una pierna. Amarilleó por debajo el pie desnudo, sin rastro de suelas. La ordenanza exigía botas, y como lo exigía …

Nadie se sorprendió, pues ese pie valía un argumento en las circunstancias.

El sargento descendía.

Cada paso duplicaba un riesgo de muerte. Desprendíanse grandes rocas, rodando con rebotes inmensos al fondo de la quebrada. Aguzado el ojo por la ansiedad, detallaban con precisión anómala los accidentes del terreno bajo las plantas del caminante.

Piedras crispidas de lunares multicolores ó bañadas de gris ferruginoso; farallones tremendos; riñonadas de cuarzo. Las yaretas hinchándose en verrugones de musgo amarillento, lubricaban

traidoramente su cojín. Cardones salteados con esbeltez guerrera, flanqueban el declive en una dispersión de asalto.

El imponente peregrino arrostraba los riesgos, empinado su morrión y sable en mano. Ese matorral, aquel tronco, salváronlo de inminentes tabaladas. Un airecillo de puna retozó peligroso, punzando jaquecas y nauseando mareos. Supremas anhelaciones enervaban al militar. De cuando en cuando, torcido por violenta apoyatura, llameaba un lampo en el sable. Manos y piernas se crispaban entonces …

Un chispeo de mica espolvoreaba las peñas. Profundos follajes, en conos de choza ó en platitud de acamados céspedes, escondían precipicios bajo sus felpas. Un molle, un aromo de anaranjadas motas, cubrían por momentos al dragón.

Arriba, apretados sobre la cornisa del abismo, los montoneros, respirando apenas, enmudecían. El jefe secó en dos gorgoritos las escurriduras del chifle. Cuánto duraría eso! Un siglo y un minuto equivalían.

El sargento bajaba siempre.

A trechos dudaba un poco, enjugándose la frente con el puño. La partida resollaba entonces, enormemente. Vaciló una vez, y bajo el titubeo de sus pantorrillas cerro y corazones se bambolearon. Un esguince lo equilibró.

Descendía siempre. A reculones ahora, pues el dolor le ceñía los tobillos. Adivinábase crujidos, calambres bárbaros en la armazón de aquellas vértebras.

Recuperóse un momento después, blandió el acero y fué á alcanzar con las últimas zancadas el fondo del precipicio, cuando el pie le falló. Claudicó un instante aún, y tropezando definitivamente saltó al abismo.

Chocando contra árboles y peñas, su cuerpo desataba enormes argayos, zangoloteábase en golpes horribles. De pronto, una rama lo encajó. Revolvióse un momento con manos y piernas co-

mo un insecto panza arriba; mas las piedras que consigo deleznaba, forzaron, descargándosele encima, aquel conato de resistencia …

Un rumoreo excitó sordamente el grupo.

— Silencio!

Las cabezas se inclinaron.

Desligándose penosamente del alud que lo trituraba, el demolido reo se incorporó sobre los codos. Demoró un momento como ratificándose; procuró salvar después el trecho que mediaba entre él y la banderola. Una sobredillo lanzaba su hombre á la muerte por esa rampa de vértigos y pedrones.

Casi vertical, no afrontaría sus llambrias gigantescas. Alguien reflexionó en voz alta que, sin descalzarse, resbalaría tal vez …

El dragón, rehuyendo toda charla, levantó una pierna. Amarilleó por debajo el pie desnudo, sin rastro de suelas. La ordenanza exigía botas, y como lo exigía …

Nadie se sorprendió, pues ese pie valía un argumento en las circunstancias.

El sargento descendía.

Cada paso duplicaba un riesgo de muerte. Desprendíanse grandes rocas, rodando con rebotes inmensos al fondo de la quebrada. Aguzado el ojo por la ansiedad, detallaban con precisión anómala los accidentes del terreno bajo las plantas del caminante.

Piedras crispidas de lunares multicolores ó bañadas de gris ferruginoso; farallones tremendos; riñonadas de cuarzo. Las yaretas hinchándose en verrugones de musgo amarillento, lubricaban traidoramente su cojín. Cardones salteados con esbeltez guerrera, flanqueban el declive en una dispersión de asalto.

El imponente peregrino arrostraba los riesgos, empinado su morrión y sable en mano. Ese matorral, aquel tronco, salváronlo

de inminentes tabaladas. Un airecillo de puna retozó peligroso, punzando jaquecas y nauseando mareos. Supremas anhelaciones enervaban al militar. De cuando en cuando, torcido por violenta apoyatura, llameaba un lampo en el sable. Manos y piernas se crispaban entonces …

Un chispeo de mica espolvoreaba las peñas. Profundos follajes, en conos de choza ó en platitud de acamados céspedes, escondían precipicios bajo sus felpas. Un molle, un aromo de anaranjadas motas, cubrían por momentos al dragón.

Arriba, apretados sobre la cornisa del abismo, los montoneros, respirando apenas, enmudecían. El jefe secó en dos gorgoritos las escurriduras del chifle. Cuánto duraría eso! Un siglo y un minuto equivalían.

El sargento bajaba siempre.

A trechos dudaba un poco, enjugándose la frente con el puño. La partida resollaba entonces, enormemente. Vaciló una vez, y bajo el titubeo de sus pantorrillas cerro y corazones se bambolearon. Un esguince lo equilibró.

Descendía siempre. A reculones ahora, pues el dolor le ceñía los tobillos. Adivinábase crujidos, calambres bárbaros en la armazón de aquellas vértebras.

Recuperóse un momento después, blandió el acero y fué á alcanzar con las últimas zancadas el fondo del precipicio, cuando el pie le falló. Claudicó un instante aún, y tropezando definitivamente saltó al abismo.

Chocando contra árboles y peñas, su cuerpo desataba enormes argayos, zangoloteábase en golpes horribles. De pronto, una rama lo encajó. Revolvióse un momento con manos y piernas como un insecto panza arriba; mas las piedras que consigo deleznaba, forzaron, descargándosele encima, aquel conato de resistencia …

Un rumoreo excitó sordamente el grupo.

— Silencio!

Las cabezas se inclinaron.

Desligándose penosamente del alud que lo trituraba, el demolido reo se incorporó sobre los codos. Demoró un momento como ratificándose; procuró salvar después el trecho que mediaba entre él y la banderola. Una sobrehumana decisión prestábale, ánimo para intentar semejante esfuerzo. Reparaban desde arriba, bien que vagamente, sus piernas quebradas, su cuerpo estrujado como un odre, las desgarraduras atroces que lo lastimaban. Sobresalía bien visible una costilla rota por debajo de la chaqueta. Ni se indignaban ni compadecían, tanto estupor les causaba aquello, tanto dominio ejercía sobre su voluntad el temido jefe.

Por fin, dislocándose en contorsiones, siempre á la rastra con sus piernas, sobre los codos que sangraban sin duda hasta el hueso, el hombre no distaba ya más que un paso de su presa. Un silbido de viento atravesó el grupo. Crujieron distintamente las tascadas coscojas. La banderola palpitaba allá abajo sobre el verdegal como un ala de mariposa.

Cuando el herido la aseguró en sus manos, irguió el busto ante la partida que lo observaba, empavesado de arambeles, tan pálido que lo advertían á pesar de la altura.

Pero mientras sacudía el trofeo, un gesto de victoria lo transfiguró. Vieron en su boca el grito que hasta ellos no ascendía, sintiéronlo en el corazón, y en un eco de sollozante clarinada se lo devolvieron:

¡VIVA LA PATRIA!

Y el capitán con el pecho como una fogata de alcohol, transportado por el alma que irrumpía en ese grito; fatal de entusiasmo, tremendo de justicia, devorando en su crueldad un frenesí de remordimiento y de orgullo, atrajo uno de los hombres al azar, estrechólo entre sus brazos, y sobre aquellas crines épicas, ante el pueblo de montes, en presencia del sol — lloró de gloria.

ALERTA

El aguacero amenazaba del norte. Una nube empequeñecía el firmamento, borraba las línas del paisaje — arboledas, cumbres — en su esfumación. Ladeaba al Poniente obscuro el sol ya cubierto. Un perfume de humedad serenaba el aire. Tufaradas de calor agravaban con pesadez de asfixia el meditabundo decaimiento de las hojas. Abrumaban el cénit membranosas telarañas sobre las cuales el nubarrón desbordábase como un derrumbe de arena. Al opuesto lado el cielo se profundizaba en una acuosa claridad. Desde allá oreaba a intervalos una brisa perezosa entre murmullos de follaje.

La tormenta rezongaba y sus rezongos rebullían brutalmente atragantándose en retumbos. Una vanguardia de nubarrones ocupaba a gran paso las alturas. El ambiente afoscábase más y más en una cálida modorra, adhiriéndose con tibiezas de sudor, mientras a lo lejos, por la falda de la serranía, rasaban cirros semejando despavoridas aves.

El gris de la siesta lividecía. Al agotado jagüel acudían con azorado trote algunos bueyes, escarbaban el polvo, mugían presintiendo el chaparrón. En la arboleda cantaban las chuñas como riendo a la loquesca.

La borrasca crecía asumiendo una tétrica solemnidad. Ya no quedaba en el sur invadido sino una faja celeste. El toldo de la tempestad se imbricaba denunciando granizo; el cielo descendía en masa sobre las cumbres cual un golfo de algodón, y aquellos vapores disolvían en impermeable obscuridad el horizonte. De tal tiniebla, barcinada por cuprosos jaspes, desprendióse un copo blanco análogo al humo de una reventazón. Ahora ya no había cielo: sólo masas informes de luz siniestra y de obscuridad, confusamente rodadas sobre los campos. Rumores inmensos llenaban el ámbito de la tormenta. Transcurrió un instante de quie-

tud. Todavía silbaron en las cañadas algunas perdices. Emigraron en la punta del viento que se iniciaba desordenando nubes, bandadas de pájaros.

La obscuridad del fondo se ahumó, adquiriendo un tono leonado; abrióse ya muy cercana y sobrevino una palidez verdosa que absorbió la perspectiva. Un trazo de llama caligrafió enérgicamente la nube, detonando poco después a la distancia como el barquinazo de una carreta colosal.

Ralas gotas aplastáronse en el suelo con golpe mate, como pesetas. El aguacero ocultaba ya las circunstantes lomas. Una larga bruma se desgreñó en el cielo; soplos de huracán bascularon la selva; las frondas más altas esbozaron gigantescos saludos. Nuevos relámpagos encendieron sus flámulas. Las gotas trotaron con mayor presura. El rumor del chubasco se alzaba a rugido, y por instantes, sobre ese borborigmo de caldera, precipitánbanse a la brusca desmesuradas carambolas. Agujereando los ramajes, el viento se atornillaba en expansión ciclónica, barrenaba los árboles entre resoplidos de órgano. El vientre de la tempestad ensangrentábase de tajos. Una trama de noche y agua diluvial envolvía el comienzo de la refriega.

Al definirse aquellos preludios, la dueña de un ranchito edificado a la vera del monte, una vieja embozada en burda pañoleta, apareció llevando un trozo de mate con ceniza que volcó en cruz sobre el patio para conjurar la granizada. Gritó luego alguna cosa, un nombre cuyo final se aflautó en la ventisca, y poco después brotó de los matorrales la cabeza cetrina de un niño.

Contaría éste unos cinco años. Su melenita tusada en cerquillo le cimbraba sobre las cejas. Cariampollado y un tanto prógnata, este rasgo lo asemejaba vagamente a un lebrato, y sus ojillos negreaban como granos de piquillín. Traía arañadas las piernas, encostradas las manos, pues al llamarlo su abuela, encontrábase

junto al arroyo, moldeando en la arena húmeda un hornito sobre su pie.

El viento se colaba por su camisa cuya falda pendía fuera del calzón atado en bandolera. Entró a la cabaña con la mujer, cuando el granizo lapidaba ya con fuerza. La acantaleada quincha rezumaba adentro en largas goteras, trepidando con temeroso rumor bajo aquel crústico bombardeo. Por suerte, el vendaval refiloneaba apenas la casucha con su potente verberación.

Al fondo del desmantelado interior colgaban madejas de hilos charros. Por una esquina, un tiesto despedía nauseabunda exhalación de orines en que legiviaban añil; y en el tirante envejecían amanojadas raíces junto a una balanza de mates.

Frente a la puerta, sentados en sus monturas, seis hombres consultaban sobre el aguacero. Eran seis chapetones que llegaron ese día, indagando por los insurgentes y sus vacas a la vieja cuyo marido encabezaba una partida. Naturalmente, se dieron contra la pared de asombro vago con que el ademán de la mujer les cerró el horizonte en respuesta. Ignoraba todo. Aquel vecindario acataba a la autoridad, contentándose con poco en punto a gobierno.

Su rostro se desvaía con la impasibilidad de un mueble. Mentía a buen seguro; pero su facha astrosa no autorizaba ni un latigazo. Les espetó una retahila de embelecos.

Qué rebeldes iba a denunciar por esos pagos! … Allá no se comunicaban con ninguno. Toda gente de paz, dedicada a lo que le concernía, trabajando cada cual como Dios manda. Ella, velay, tejía frazadas, ponchos, consistiendo en esto su industria. Hasta les tapizó por delante el suelo con una alfombra bilicia que probaba su habilidad.

Moraba con su nieto, sola en su viudez. Y no por jactarse, pero escasamente la superarían en punto a urdimbres y lanzaderas. Estribaba en el discurso, no más …

Adoptando la posición, en cuclillas junto al telar construído sobre cuatro estacas a dos palmos del suelo, explicó. Casualmente labraba una caronilla eutonces. De un empuje á la cárcola, alzó las dos hileras de lizos y aparejó la lanzadera. Un golpe de pala, después, para apelmazar los hilos …

Los soldados invectivaban categóricos; pero ella se evadía por entre sus preguntas, y arrollando cursivamente una de sus mechas, bizqueaba.

A una pobre tejedora como ella qué, le reconvenían!

Vacas! … De dónde con semejante guerra! Que no los convencía su desnudez y su abandono?

Y tras acatarrarse de súbito para mayor grima, refugiábase trapaleando en su monserga.

Esa caronilla que un vecino le encargó, salvábala ahora. Cinco reales en un paro de tres meses! A peine también urdía algunas prendas; pero la amilanaba ya el trabajo, los costos para recoger sus colores raigales: en las punas el socondo que tiñe de colorado, la tola que da el amarillo. Por las pencas durante días enteros en busca de grana … Y lo que es plata, ni pizca. Cambalacheaba sus obras por maíz, a dos almudes cada colcha. Si permitían, los obsequiaba con algún trabajito …

— … *Viva el Rey!* rugió uno de los godos enfadado por aquella cháchara. Esos rebeldes! Qué sabandijas! Negaban sus ovejas, alegando supersticiones estúpidas. Que si vendían una, mermaba el rebaño … Igual cuando no conciliaban todas las reglas al sacrificarla; pues la habían de voltear mirando al naciente, recoger su último aliento en la escarcela de la coca, no carnear sino a la puesta del sol …

Mas ya bastaba de pretextos. El bosque plagado de montoneras amagaba también con el hambre; y para colmo, la avilantez de esa pelarruecas los engañaba sin escrúpulos. Cuando bien que

oyeron balar ahí cerca al comenzar la borrasca. Perra de bruja! Al infierno con sus estropajos y coloretes!

Brilló un sable sobre la tela, zumbó el altibajo, y una lluvia de hilos rojos como chorritos de sangre cubrió el rostro de la vieja. En ese momento empezó el chubasco.

La manga de granizo resolvíase en aguacero. Sobre los árboles golosos de frescura eléctrica, las rachas pulverizaban el chaparrón, tan denso por instantes, que el día rayado de agua se tupía profundamente. Chales de lluvia azotábanse sobre la fronda; flameaban los relámpagos, y los truenos entreveraban gigantescamente sus monólogos.

La nube de la piedra, cuyo es el mugido, cedía el campo a la de lluvia, que habla. Y ésta, en una ampulosidad de vocales, rotaba trajines de catapulta, rebotando avalanchas contra pórticos de bronce. Retiñían después trallas crepitantes, cascaduras de matraca que el cielo repercutía como una azotea; deslumbrantes hachazos partían trozos de bosque; embrollábanse disparadas de tráfagos en la altura, nudos de ruido enorme; cataratas de estrépitos.

La mujer entendía en un transporte esa conmoción de las paridas nubes; y a su influjo abejeaban en su cerebro las ideas, murmurando como en un bosque la hojarasca. Con palabras combatientes traducían los rumores del temporal.

Viva la Patria! decía aquel tartamudeo de colosos; y en vítores prorrumpían las quebradas llenas de turbión, las bolsas de huracán que reventaban sobre los árboles. La guerra, despeñándose de las alturas, encrespaba furiosamente la barba de Dios en raudal de espumosos ríos; frotaba triscas sonoras en rotación de artillerías supremas, y mezclando remembranzas de la mitología regional con ese fragor de las procelas superiores, advocaba a la antigua madre de los cerros, la *Pacha Mama,* el destino de las pandillas cuyos fierros cercaban el país.

Y la mujer robustecía hasta la certidumbre aquellas interpretaciones; y en su espíritu desfilaban los años unos tras otros cual los árboles de una perspectiva fugaz — cien años … doscientos … trescientos — reavivando enconos de dominación, aguantes de servidumbre e inminencias de desquite.

Los antepasados de cobre protestaban en su desmirriado linaje. No se los comprendía del todo, porque, en vez de clamar, tronaban; pero embravecíalos, sí, un estridor de cólera, un encargo de venganza contra esos sayones del rey que deshacían los telares con sus manazas brutas …

La vieja entrecerró los ojos; pegósele al galillo una herrumbre de llanto, y como en ese instante recordara al niño, ilógica pena la estranguló en sollozos.

El chico, recelándose de los hombres, se acurrucaba tras la puerta con montaraz inquina, aunque embargado de admiración por las armas. Cejijuntando, imitaba sin advertirlo la expresión de aquéllos. Su fiereza de cachorro precoz, curtido en los pastoreos de la puna y ya jinete, se descogía ante los soldados.

Ajustó a su cintura las boleadoras de cuartillas de oveja; improvisó una escopeta con la guía de los lizos — una caña rajada en su extremidad y bifurcada por un travesaño que, al apretar aquélla, se disparaba; y envolviendo su honda en la nuca, simuló galopes sobre un cráneo de buey. Los hombres juraron sordo, desplaciéndoles la jugarreta del muchacho. Entonces éste, para travesear con más cautela, imitó a los pájaros cuando galanteaban, cuando anidaban, cuando caían en sus lazos, mientras el resto de la bandada, en brusco remonte, surcaba el aire como una bandera de pluma. Desnichador famoso, copiaba sus rasgos a maravilla. Poco a poco, garlando, concertó actitudes: las avizoras mímicas del loro, las enfáticas venias de la torcaz, los flébiles arrullos de la tórtola compunjida. Se pomponeó a pasitos de co-

queta como la calandria y a trancos de agrimensor como el flamenco. Mas pronto, fatigado de la pantomima, tornó a su sitio.

Escampaba. El arroyo deglutía gorgoriteando, y sonoro como un derrumbe de quincalla vertíase sobre las piedras su raudal. Por los aguaduchos convergentes al jagüel, boyaban amerengados copos de espuma.

La vieja, entre tanto, arrobábase en la contemplación de su nietecito con silenciosa ternura. Cuánto le costaba, en efecto, de angustias y de promesas! Pues como cuidadosa, ella fué siempre la más. Cada que podía, le propinaba sangre de cóndor para alargarle la vida; y todas las tardes, cuando le voceaba por las lomas el espíritu, no se le perdiera y lo aojaran las brujas, temores recónditos roíanle el alma. Cardón tras cardón desfloraban juntos para san Marcos patrono de las hierras; que aquellos florones, con su carnación de aponeurosis, agradaban al santo. Y cuando se volvían pasacanas sabrosas, diezmo de frutas le consagraban.

El muchacho inquietábase otra vez en su forzada retención. Los pies de los hombres, con sus botazas, proporcionáronle un solaz. Acercó a ellos su escopeta y disimuladamente empezó un pimpín. Los realistas, en su fosca desazón, cavilaban demasiado para regañarlo; pero él, incitado por aquella aquiescencia, escatimaba cada vez menos sus golpes. La caña, tocando bota por bota, acompasaba ya el estribillo de otro juego:

Gallinita ponedora,

Poné uno,

Poné dos,

Poné tres,

Poné cuatro,

Poné cinco …

…….

Casi de repente nordesteaba la nube. Sobre el faldeo, blanco de granizo, corría una pincelada de sol. Como dorada velutina lloviznaba un polvo acuoso, último resto del chubasco. Por los claros del firmamento diluíase en agua de arroz el ampo de los cúmulos. La próspera tierra espirituaba perfumes; y de un hormiguero cuya mambla fofa vaporizaba densamente, surgía un trozo de arco iris en refulgencia de azarcón.

Bajo el algarrobo familiar, los caballos de la partida, poniendo anca a la lluvia, bocezaban en mustio duermevela. Sus dueños, en el interior del rancho, discutían la marcha próxima, rejurando su indignación contra esa tormenta cuya espalda enorme se dibujaba a lo lejos. Triscaba otra vez sobre las botas la escopeta de caña:

....

Poné seis,

Poné siete,

Poné ocho,

Tapá tu biz ...

En repentino arranque, un soldado manoteó al niño, hundiéndolo entre sus rodillas. Alto el rebenque, vomitaba sobre él excesivas blasfemias. El rotoso calzoncito empezó á gotear ...

Casi entero desaparecía en el pliegue del capote aquel vástago de montonera que el hombre tronchaba, como desquitando en él los sangrientos extravíos de la selva. Su juego vejaba. Ah, bribón! ... ¿No se divertía ese pergenio zaparrastroso en golpearles los pies con su artilugio? ... Casta de coya traicionero ¡ahora vería!

Cinco azotes acardenalaron sus piernas que pateaban desesperadamente en el aire; y de abajo, en su media lengua que la infancia y la aspereza dialectal degeneraban, se le oyó chillar como un cabrito degollado:

— *¡No, tatita ... no ... io shabo shel güeno!*

El terror consiguiente, eliminó todo intento de protesta. Fuera, apelotonado contra la pared, lloraba el niño. La vieja se acuclilló a su lado, el mentón sobre las rodillas, las manos trabadas en torno. Cargábansele hacia abajo los carrillos como una masa de cobre que restringía en tufos el lendroso pelo. Y entre soponcios, hibridaba de quichua una invocación de la cual percibíase el "Dios padre, Dios hijo":

— *Dios yaya, Dios churi* …

Así por fuera; mas, por dentro, saturábase de ponzoña. Ráfagas de odio devastaban su corazón; su ancianidad miserable palpitaba en esta idea: avisar a los hombres reunidos en la pulpería cercana, imponerlos del talión que la tormenta clamoreara en su oído.

Los caballos dormitaban allí … Sonó un chapoteo … Una arrancada … Un latigazo …

Y el niño partió á media rienda bajo los árboles.

Sorprendidos, los godos requirieron sus carabinas, tirando al azar contra la fugitiva silueta; pero en ese instante llovió otra vez.

Cierta nube rezagada llegó enturbiando la tarde, un trueno en la punta, asperjando chorros de regadera, llevándose por sobre los matorrales, a la rastra, los hilos sueltos de la lluvia. Y cuando pasó, el bosque separaba ya á los soldados del fugitivo.

Allá en la pulpería, los hombres de la montonera local apuraban desde el amanecer tinajas de chicha. Aprovechando una tregua, el pulpero sopló ese día la corneta de los jolgorios. Convidados por el son de ese cañuto a cuyo extremo encorvábase en pabellón el cuero de una cola, acudieron los insurgentes. El negocio, arruinado por la guerra, liquidaba en tal forma créditos insolutos.

Así que votaron á la *Pacha Mama* su parte de licor y de coca, los bebedores entregáronse a su desenfreno con bestial avidez. Al mediodía la parranda arreció.

Si al locro le echas vino,

Qué será, sobre el tocino …

Y lo canturreaban, definiendo su gula en un tesón de borrachera. Sangrientas vinzas estriaban los ojos; el sueño apretaba los párpados como una faja de arena, pero ninguno se rendía; eso deshonraba. Atrofiándose con progresivas libaciones, discernían menos cada vez. Acedábanse sus axilas; nadaban en sus cráneos las ideas como cuajarones de sangre. Embrutecidos por el alcohol y por la lucha, algo feroz les afieraba el empaque; pero sus almas eran de una basta simplicidad como las de los bueyes, y aun en aquella hora de orgía babeaban sonrisas de bondad.

De rato en rato uno invitaba:

— Tomo y obligo!

— Pago! mantenía el interpelado; y cada uno se racionaba un botijo.

Así proponiendo y retrucando brindis, emulaban el día entero entre escancias y obligos. El silencio se ensimismaba progresivamente bajo ios chambergos. Las vidalitas incoherentes de las primeras horas, las tremolinas pronto apaciguadas con apelaciones a la familia y a la amistad, expiraban en lóbrega hurañía. La borrasca traqueó inútilmente su trifulca sobre ellos.

Hubo un instante de horror en esa taciturnidad de beodos. El pulpero a quien acosaban recuerdos de su mujer fallecida poco antes, ululó un sollozo maldiciendo su suerte. Espantáronse los animales; y como entonces tirotearan los godos al niño, nadie lo advirtió.

La carrera de un caballo sacudió un momento después ese sopor de repletos. El galope se sujetó ahí cerca, chapaleando el lodo. Asomaron a la puerta los montoneros. El jaez de la bestia

constituía por sí sólo una alarma; pero sin valorar el acto en la temeridad de su borrachera, dos salieron al rastro, volviendo muy luego con un envoltorio, amarillos y a escape. En el suelo depositaron su carga.

Allá, sobre un poncho, el niño se moría, pues una bala lo tocó al partir perforándole los riñones. Dieron con él cerca del rancho, a cuyas goteras el eco de unos gemidos les advirtió riesgos próximos; y prescindiendo de aventurarse más, por juzgar posible una sorpresa, traían consigo al pequeño postillón con que la vieja les encargaba memorable escarmiento.

Un silencio en que se hinchaban sollozos atenaceó las gargantas con su astricción de nudo. Arrodilláronse en torno del mensajerillo, termulentos aún de alcohol y de sorpresa.

Cerrados los ojos, regando de sangre tumultuosa el suelo, aquel niño propiciaba con su holocausto victorias futuras. La agonía opacaba su faz donde las lágrimas que arrancó el rebenque godo escribieron dos prolongadas vírgulas; y al endurecerse en la última convulsión, su endeblez se ahusaba — pobrecito! — como triste candileja que gasta en suprema oblación su resto de llama.

La muerte heroica lo acuñaba en su bronce. Entraba á la gloria al poder de su sacrificada inocencia, sahumado por la fragancia del bosque, bajo la tarde que lo ungía de inmensidad celeste. De aquella pobre camisita volóse algo irreal como la sombra de un suspiro. Los hombres lo notaron y una ráfaga de bravura barrió de sus frentes el estupor infame. Frenesíes de coraje enconaban sus corazones. Semejante muerte aparejaba un torcedor irremisible.

Montaron algunos. Las espuelas del abuelo repicaban en sus talones, pues se estremecía como si le diera el viento, y su encono los poseyó.

¡Arriba, al bosque de los acechos mortíferos donde la guerra se rebozaba de espinas y de fronda! Arriba, lanzas! Arriba, sables!

Los caballos piafaban sonoros como el bronce, salpicando su espuma sobre el niño muerto.

¡Arriba, al combate orquestado de alaridos, á las cargas contra el godo que les asesinaba su niño patriota! Arriba, sables! Arriba, lanzas! Y parecíales que al arrancar, se llevarían por delante el cielo con las cabezas.

Levantaron el cadáver, tan ligero que aparentaba un pollito; reclináronlo en un catre bajo el crepúsculo techado por nubarrones de cinabrio espeso como un suntuoso plafón — y uno de los montoneros, reverenciándolo, mojó sus dedos en el coágulo de la herida, y con ademán sombrío se santiguó *por la señal de la patria*.

SORPRESA

Entre los oficiales de la montonera había un capitán medio literato y que sabía latín. No cargaba borlas de doctor, pero componía coplas y además adoraba al Imperio. Las cargas de Murat le sonaban á poema. De los libros que en pipas sedicentes de vino y sal traían a Buenos Aires los contrabandistas, algunos le cayeron á mano. Fueron allá con las carretas que echaban seis meses de viaje, en petacas y almofrejes clandestinos.

Aquellas caballerías de Francia, que como las nubes en el cielo tempestaban en la tierra; aquellas águilas, aquellos sables, lo mareaban; pues el capitán, como buen poeta, tenía algo de héroe y aun por tal se jactaba sosteniéndolo á sablazos. Gran proclamista, además, con doble razón lo querían los montoneros. Gallardeaba así mismo anacrónicos boatos, luciendo sobre galoneado chupetín un antiguo falucho Carlos IV que confeccionó con los colores nacionales.

Sus treinta y cinco años conservábanse esbeltísimos; y como se afeitaba el bigote, parecía un adolescente. Su puño casi femenil blandía con noble donaire una lanza cuya arandela de plata parecía, de tan pequeña, un apagador; pero cuyos botes encomiaban con legendario renombre la pujanza de su dueño.

Aquel oficial desempeñaba, á pesar de sus dotes, una misión subalterna: cortar las comunicaciones del ejército realista, aprisionándole sus correos con cuyas escoltas combatía á diario.

Declarada la guerra á muerte, inventó un método que excluía la ejecución de prisioneros inermes. Proponíase al maturrango en desgracia, un combate singular con cualquiera de los insurgentes. Si aceptaba, moría peleando; si no, se lo ahorcaba por cobarde. De morir, á lo menos con gusto; y de luchar, siempre á la iguala, decía el capitán; y si la montonera aminoraba un poco en

ello, su honor no perdía, desde luego, mientras por otra parte sus filas se depuraban de lo peor.

En tales duelos ocurrían peripecias terribles. Cierta vez cayó un godo á la trampa. El capitán hallábase con tres hombres solamente, dispersos en exploración los restantes; pero no vaciló por ello y el adversario aceptó la partida, comunicada que le fué. Era un húsar formidable, casi puro pelo la frente, cavo el ojo, enarcado en alero el bigote — lindo animal de guerra.

Arraigado en su empaque con una macicez de cubo, esperó á su contrario. Y fué cosa de un instante. No más que al comenzar, le volteó una quijada de un hachazo. Mismo golpe para el segundo. En cuanto al tercero, de un revés lo despabiló como una vela.

Sucedía eso por primera vez, mas no extrañaba al capitán. Desde el principio, el hombre aquél le llenó el ojo. Pero costaba demasiado, y además precisaba combatir, cumpliendo la palabra.

El capitán desenvainó, envidando con una ojeada; mas, apenas los sables se tocaron, saltó el suyo en un desarme maestro. Una llamita le empurpuró los pómulos, con la natural angurria de rajar en dos al soldado. Éste no se inmutó. Conservaba exactamente su guardia, medio enterrados los talones, sorbiendo el aire con anhelación profunda, la frente partida por una raya de sudor.

Desarmado por tercera vez, el oficial permanecía incólume. Contenía, quizá, al húsar el respeto del grado ó alguna inexpresa simpatía que emanaba de aquella mocedad. Entonces el capitán, con un dedo en que la irritación del fracaso vibraba, le señaló el camino. Qué hacerle! Se había ganado su libertad y luego le perdonaba la vida. Que se marchara, pues, á propalar su victoria en detrimento de la patria. El hombre se quedó con él.

Semejantes episodios lo afamaron, comentándose su historia por los campamentos. Pronto á un viaje para arreglar cierto mayorazgo en España, había sobrevenido la Revolución; y aunque

de familia opulenta, se empobreció por la causa, reservando como único patrimonio los papeles que narraban cosas del Emperador.

Sus cojinillos, tanto como los huecos de los árboles, servíanle de armarios; y nunca rehusó un folleto para tacos de carabina; pero entre los bagajes del español hallaba libros de cuando en cuando. Constituían su botín, y los gauchos se lo privilegiaban reverentes. El capitán era buen católico. Alguna vez trajéronle un volumen que resultó misal de campaña, y él lo devolvió con una escolta.

Lo único que lo mortificaba era carecer de un clarín con qué pregonar sus cargas. En vano lo había pedido; en vano diputó a sus hombres más hábiles para que se apoderaran de uno en cualquier forma; en vano realizó proezas capaces de inmortalizarlo, en el intento de arrebatar uno al enemigo. No tenía clarín, "y sin música no hay guerra", suspiraba quejoso.

Cuidaba mucho sus cabellos, apartándolos sobre las orejas en dos bucles castaños. Trasuntaba abolengos su aquilino rostro. Prócer su estatura, acrecíala con la marcial costumbre de mirar por cima del horizonte. Durante sus diálogos, paseaba frente al interlocutor, pero sin darle nunca la espalda, como los felinos, ezquerdeando elegantemente. Los montoneros, prendados de él, se hacían matar porque los viera morir.

Su espíritu abrupto, jamás llegó á disciplinarse en la táctica, incomodándole como una bajeza todo disimulo ante la muerte. Él lo entendía en romance: por palestra la montaña y el firmamento por bandera. Una lanza, una vidalita, un caballo, el bosque, componían sus posibles. Empero, su independencia no comportaba necedad. Al contrario, poseía todas las reglas como el mejor; y mientras se deprimía el uso de la lanza, su partida de lanceros refutaba soberbiamente la aserción. Pero, eso sí: él re-

glaba las cosas á su gusto, y la muerte, como una perra gruñona, no se atrevía con su temeridad.

Dejáronle, pues, aquella capitanía con que sus hombres lo invistieron, sin conferirle despachos, aunque sin desconocérsela tampoco.

— No sólo me han nombrado capitán, sino que me han casado, explicaba él, sonriendo á su lanza. "La mujer del capitán", decían los hombres. Y en efecto, no se le conocía más afición en femenino.

Sus cóleras embellecíanlo con una especie de interna luz. En la dilatación de su pensamiento, su frente semejaba la hoja de un sable. La ira le encrespaba el cabello como una brisa eléctrica, vibrando en la dilatación de sus narigales y en la chispa de sus ojos: —ojos de batalla, que embravecían con magnetismo sagital su jaspe verde.

Pronto la calma, una paz en la que se refundía cierto vapor de tristeza, amparaba su exaltación como una grande ala. Sus coplas se plañían de amores. Desvivíase por las criaturas y los caballos.

Una ahijadita suya peligraba de sarampión. Inmediato á la choza donde yacía, acampaba un retén enemigo; pero el capitán reflexionó que el estruendo de un combate dañaría á la paciente. Su posición le aseguraba el triunfo y abandonóla no obstante, alejó al enemigo á costa de una pantorrila baleada. Fuera de aquella cicatriz, contaba nueve y ni una sola condecoración. Odiaba á los puebleros más que los gauchos mismos. Decíase que cuando operaba sobre el ejército español, en el mismo real enemigo dormía, noche por medio, con la querida de un coronel.

Relajábase en un largo asueto la disciplina de aquel grupo; sus exploradores nada traían, mientras continuaba la invasión. El capitán, falto de órdenes, distribuía el tiempo entre la atención de su caballo y la escansión de sus trovas. La selva tornaba á la quie-

tud anterior de sus verdores. Un laurel muerto servía de caballete á las monturas. Chuzas y sables, suspendidos de los gajos, criaban velozmente el orín de la holganza. Los caballos convertíanse en raciones; sus cueros en toldos. Los restantes pacían cerca de un manantial cuidados por un solo hombre; y el del capitán se les reunió, abandonando su pesebre, cuando fué necesario emplear todo el maíz en el mote de la tropa. Ésta ociaba á su gusto, y el jefe en una crisis de descuido ó contagiado quizá por la confianza y la inacción, se emperezaba igualmente. Por toda precaución conservaban su orden de pernoctar con las tercerolas á la cabecera.

Los días enervaban con su largura; pasábanlo, aunque algo hambrientos, demasiado bien, y aquello, si no irritaba, aburría.

En eso ocurrió un incidente que vino á divertirlos en su abandono. Al cabo de muchos días los exploradores volvieron con presa. Tratábase de un ciego que desde Tucumán se dirigía á Jujuy buscando su familia. Cómo llegó hasta esos parajes, por los despoblados sin lástima ni socorro, nadie lo supo. Por alimento, según dijo, agenciábase algarrobas y mistoles; por bebida, tragos de lluvia en las huellas de los caballos. La miseria se atareaba en sus pingajos revejidos por soles y aguaceros. Contaría como sesenta años. Una mecha blanca se hispía á través de su sombrero; y tal para cual la barba, esparcía un ralo brote sobre el perigallo senil. Traía á la espalda, por todo haber, una alforja con bayas del bosque y un violín rabón de cuerdas. Comunmente silencioso, mamullaba su mate de la noche tarareando suaves tonadas en un recogimiento evocador; y cuando una de esas, sus dedos sarmentosos vagabundearon sobre la guitarra del campamento, y largó su voz de opaca dulzura, casi como un vagido, los más herejes sintieron una falla en el corazón. Cantaba el viejo los estribillos aldeanos, el romance de algún famoso bandolero, con octosílabos enredados en el rasgueo como pájaros en el ramaje, titilando una lucecita sobre el agua de sus ojos. Por las noches, cuando el

amor del fogón contaba cuentos — la historia del niño que salió á rodar tierras en un potrillo de siete colores, ó la de los hechiceros que se transformaban en *tigres capiangos* — cada cual le reconocía rasgos de padre. Si bostezaba, su leñosa faz llenábase de arrugas concéntricas, como un sirle; y esta era su única mueca, pues jamás reía. De aquí que lo sospecharan indio, acertando tal vez, porque refería cosas del tiempo de Tupac-Amaru — una representación del *Ollantay,* el drama quichua de las rebeliones, así como la ejecución de los revoltosos.

Habíanle encordado el violín cuyo arco, no muy desvalido de clines, funcionaba aún; y á su compás sorprendiólo el capitán una tarde cerdeando las cuerdas con un nuevo son. Era la marcha de la patria aprendida á las bandas militares; toda la música, pero sólo la primera estrofa.

El capitán la sabía también, mas nunca habíalo impresionado como aquella tarde. Cundía algo de religieso en esa canción entonada por un hombre tan viejo, cual si de las razas en ruinas reverdeciera una esperanza secular, erigiéndose por su boca en árbol de música. Y como si de adentro se le iluminase la mirada, *vió* la sorda voluntad con que árboles y cumbres asentían a la evocación del verso.

Veneró desde entonces al mendigo, en tanto que hondos escrúpulos remordieron su corazón. Mientras él urdía coplas que sus hombres cantaban, la *Canción* no se oía á la hora de la muerte. Pero, si semejante conducta importaba un sacrilegio, él la remediaría; y la voz de la patria levantaríase sobre aquellas cumbres, llevándose á la gloria espíritus y fervores.

Esa misma noche se realizó la escena. Los hombres, de pie ante el fogón, atendían; y cuando el viejo entonó las primeras palabras, instintivamente, como ante una presencia superior, se descubrieron. La llama, á pincelazos bruscos, iluminábales las barbas. Cabizbajos cual si los rozara un aire del otro mundo, cruza-

das las manos sobre el tirador, escucharon en silencio. Las fisonomías permanecieron impasibles; pero poco después, una voz pensó en la sombra:

— Parece un rezo! …

El capitán se inspiró. Enseñarles la marcha, creándose una banda de tragaderos que reemplazaran al ausente clarín. Formar con el último verso del coro el estribillo de la victoria y la antífona del peligro. Así redimiría su pecado de lesa patria, sustituyendo con el himno sus vidalitas baladíes. Bronco un tanto, quizá, aquello beligeraría como un arma.

Y qué colaboraciones! Bordarlo á lanzadas, ritmarlo á sable, con la galopada tierra por tambor y los jarretes por baquetas. Cargas de hierro y cargas de música entre el tumulto de mandobles brillando como las rayas de un aguacero:

¡ … O juremos con gloria morir!

Por toda disyuntiva, un juramento de gloriosa muerte. Nada más para las arremetidas al compás galopante del decasílabo; ese solo verso bramado, suspirado, reído en la familiaridad de la muerte, mientras reservaríase ia estrofa para las solemnidades á modo de una suprema diana.

Y el capitán suponíase ya, jineteando al frente de sus hombres en la fresca mañana, las lanzas diagonales al firmamento, joyante el sol en las pieles de los caballos, recto sobre el enemigo, al trote, al galope, á la carrera, remolineando la carga sobre erizamientos de bayonetas. Y en tanto el verso belísono espoleando los corazones, pordelanteando á los regimientos enemigos, repicándoles la muerte sobre las nucas. Y los hombres, alegres de rugir aquello, echados al costillar del caballo tras el tundido guardamontes, zambulléndose en la descarga y reapareciendo — *¡ah hijos de una!* — con un godo ensartado en cada chuzo.

En su táctica singular, ese arbitrio entraba seriamente, dado que ella limitábase á dos términos: cuando la partida abundaba lo

suficiente, bastaba para triunfar; cuando no, sobraba para morir.

Comenzaron, pues, las lecciones. El ciego coreaba, el capitán dirigía, y con esto los hombres, que lo adoraban ya, lo santificaron. Era "su cura", puesto que les enseñaba "las oraciones de la patria". Algunos se confesaron con él.

La siesta ardía como una roncha en el ambiente. Semejando grumos de azúcar, se desleían cirros en la profundidad del firmamento. Sobre los collados que amurallaban el horizonte con sus lomos vacunos, cruzaban sombras de nubes. Crudamente lavado por el sol, el paisaje se descoloraba en una tremulación de vidrio neutro. El polvo reflejaba visos de albayalde. En la napa de luz de la siesta rielaban largos temblores. Minúsculas trombas bailaban en los caminos. El silencio pesaba como un bloque. En el manantial que abrevaba hombres y bestias, el agua corría silenciosa como el tiempo.

Al rededor del claro donde acampaba la montonera, erguían su columnata los árboles por entre cuyas hojas atigraba el sol la tierra. Las aves guarecidas en el follaje cotorreaban apenas, sobresaltándose con bruscos volidos entre rupturas de ramitas. Asomaba tal cual ardilla confianzuda, mirábalo todo, y azorándose desaparecía en un parpadeo. Avispas rojas encendíanse como chispas al cruzar extraviados haces de sol.

Más alto aún, el techo del bosque desarrollaba su arquitectura, enramándose con ojivales entrelazamientos de glorieta.

En puro azul los jacarandáes, los lapachos en ramilletes rosa, en borra dorada los garabatos, fingía su florescencia primaveral zarazas y felpas. Algunos ya con su traje de estío, esponjaban verdores profundos, trasudaban otros sus resinas. Destacábanse entre aquella vegetación la breas, satinados de verde sus troncos glabros. Con esbelteces de cucaña lanzábanse los cebiles; los cedros tendían como nadadores brazos gigantescos a través de la

maraña; los nogales como que protegían con doméstica paternidad, y los palos santos recelaban en su corazón fragancia y fortaleza. Aquí y allá un palo borracho de tronco oval que parecía tachonado de pernos, prodigaba al sol sus florones crema. Algún quebracho pregonaba corajudas longevidades, tenacidad de fibras cauterizadas por el tanino como jamón magro. Las flores de ceibo purpureaban con una carnalidad de mucosas El tronco de laurel, aderezado de caballete, desaparecía casi bajo un ropón de enredaderas por entre cuyos resquicios se agrietaba su forro paquidérmico; parecía una madrépora constelada aquí y allá por el azuloso lucero de las pasionarias. Adormecíanse los cuchicheos del follaje; la tierra sudaba frescura, y mientras el sol, afuera, se deshacía en brasas como un tizón, la partida sesteaba.

Junto a las monturas algo se movió en el silencio. Una víbora se descolgó a lo largo del tronco con la suavidad de una bordona, al mismo tiempo que el mendigo alzaba la cabeza.

Nada!…

Así transcurrió un minuto hasta que todo se durmió otra vez. Agitáronse de nuevo las hojas; el cañón de una carabina apareció entre las monturas, y sólo el mayor silencio advirtió que andaba gente en el bosque.

El simultáneo estruendo de treinta tiros convergentes, despertó a los dormidos raleándolos con seis bajas; y los más, requiriendo sus tercerolas, los restantes sin advertencia ni para esto, a gatas, a saltos, en una agazapada confuyeron.

Mas el bosque retumbó con nuevos estampidos y nuevas bajas aportillaron el grupo. Dos se pararon espalda con espalda, mientras los otros corrían cazados de todas partes, una puntería sobre cada uno, la muerte sobre todos; ése abalanzándose a las ramas como postrer recurso, éste trotando en torno de los cadáveres sin ningún objeto, sordos a las voces del oficial, acorralados, irremi-

siblemente perdidos, cuando entre el estrépito de la carnicería se elevó un canto.

Era el mendigo, que llorando de miedo tentaleaba hacia la muerte, implorándolos en el trance supremo con la voz misma de la patria. El capitán aprovechó ese momento. Su voz, ronca de angustia, increpó:

— Canallas!… Puercos!… Así nos dejan solos!

Y pistola en mano, los alineó en torno del viejo. Uno se dió vuelta todavía y de un balazo lo dejó tendido. El cobre de los semblantes advino a bronce. Era su modo de palidecer. Alguien, oculto entre las ramas, intimó rendición. Los hombres se atiesaron con un estremecimiento, y el capitán, avanzando al frente, respondió:

— Viva la Patria!

Un instante…

— Fuego!

Tronó otra descarga, mas ahora respondía la montonera. El tiroteo se generalizó de parte a parte, pero los godos elegían a mansalva precipitando la circuición. Entonces el capitán codeó al ciego que se prendía de sus ropas, gimoteando, y el himno brotó otra vez en un sollozo.

Ya no era el estribillo de los combates, sino la diana de reserva para los grandes días, la que nunca se entonó hasta entonces, atraída por augusta corazonada a los labios del mendigo:

¡Oid mortals …

— Rendíos!

— Viva la Patria!

— Fuego!

— ……

Quedaban quince. Blancas humaredas surgían de los matorrales. Oyóse crujir, al montarse, los gatillos de los fusiles.

Libertad! Libertad! Libertad! …

Espontáneamente las bocas se abrieron, y fué como una avenida de música arrollando el aire. Ahora ya nadie huía. Cantando se animaban; y cubiertos de humo, flotaba el himno sobre ellos a la manera de un solemne pabellón. Alternado con las descargas, irrumpía ince sante. De imprecación se volvía salmo y de salmo despedida. Más bajo cada vez, rasgábase ahora en una endecha de heroísmo lanzada al desamparo contra la montaña, contra el bosque, contra la muerte que diezmaba desde la obscuridad; y dos o tres agonizantes se alzaron sobre las rodillas para entonarlo también.

Ya sin esperanza, sorprendidos, justificábanse muriendo. Queríalo así su capitán y así lo aceptaban, identificándose más con él en ese horror de la última hora. El enemigo no atacaba, hería de lejos, contenido por la exaltación de coraje que suscitaba el canto. Y éste mecíase cada vez más solemne sobre la erupción del tiroteo. Los talantes se agrandaban a palmos en su vibración. Como águilas salían de las barbas los versos. Y mascados por esas bocas feroces, golpeaban contra los pechos enemigos acorazados con árboles.

Desde el bosque primitivo, su clamor de esperanza decía a los mortales cuál se levantaban las naciones y se rompían las cadenas a la evocación de semejantes moribundos. Un mendigo y diez insurrectos descamisados á quienes la tumba les subía por las piernas, flacos de gazuza, peludos como animales, cantaban así su propio holocausto, foscos anunciadores de una aurora que no verían. El sol bajaba. Un escalofrío les indicó que ya apuntaban sobre ellos otra vez:

Y a sus plantas rendido …

— Fuego!

El verso se cortó como una cuerda, pues el mendigo cayó esa vez. Varios tiros convergieron a su cabeza tirándole boca abajo

como en el revolcón de un corcovo.

Aquella muerte decidió la catástrofe. Sobrecogidos de pavorosa estupidez, estrecháronse unos contra otros apretados como las hebras de un nudo. Un vago deseo de acabar pronto substituyó al entusiasmo del sacrificio, y la pelea degeneró en un fusilamiento.

Las mandíbulas se desencajaban; algunos se cubrían el rostro. El capitán comprendió también que el fin llegaba. Caído el anciano, su clarín, y un poco su abuelo también, ya no les quedaba media docena de suspiros.

Con clarovidenca especial, su mente minuciaba nimiedades, y deseos, locos deseos de gritar le venían, pero no encontraba qué.

El canto, aquel delirio de un minuto, acababa de pasar como un trago de vino. De sus devaneos imperiales no conservaba ni el recuerdo. Una bala le voló el falucho, y entonces acudió el grito buscado para retar al último plomo:

— Hijos de puta! … Metan fierro!

Fuego! aulló por última vez el bosque, y bajo la humareda acuchillada de fogonazos cayó el resto de la banda.

La tarde diluía en su frescor las fragancias silvestres. Un rayo de sol, regando de luz el soto, se estiró hasta el capitán, y bajo los árboles obscuros, como besándolo, le alumbró la frente …

BAILE

Sí me hubieras avisado

Cuando te ibas a bañar,

Yo te habría hecho un pocito

Llenito de agua de aza'r.

Ay, ay, ay, ay, ay …

Dejame llorar …

Que sólo llorando

Remedio mi mal.

Rasgueaban ágilmente los mozos, aun con siete horas de fandango, pues jaranearían hasta la noche sin parar, a charango y guitarra. El instrumento indígena con sus ocho pares de primas dispuestas sobre un carapacho de quirquincho, atiplaba una especie de llantito melodioso, fingiendo distancias y detallando melancolías, a dúo con la vihuela requintada por más primor. Para floreos y posturas bastaban los trastes del primero, sobrándole aún clavijas en previsión de habilidades superiores.

No las poseían los bailarines, aunque danzaban muy bien sus gatos y escondidos. Tratábase de unos mocetones patriotas que se encontraban allá de paso — seis para cuatro mozas — y por esto los excedentes emparejaban con los instrumentos.

Entre un remolino de ruedos almidonados a rabiar y flecos de calzoncillos, las mudanzas describían primores, redobladas a talón sobre el piso. Una cueca arrastraba dos bailarines en el lánguido ritmo de sus figuras:

En el mar de tu pelo

Navega un peine,

Y en las olitas que hace

Mi amor se duerme…

Vidita de mi vida,

Dame un besito,

A la moda ’ e mi tierra

Repicadito.

Y luego una anotación picaresca:

Negrita yo soy un pobre,

Pobre pero generoso;

Como el hueso de la cola

Pelado pero sabroso.

La habitación obscurecida por su alero excesivo, contenía apenas a los bailarines. Petacas y catres amontonábanse en el corredor; pero arrimada al muro del fondo, una mesa obstruía la mitad del cuarto, cubierta por un rimero de flores en el que los chillones claveles de lana se confundían con los vástagos de cilantro y de torongil. Lianas pendían del tirante formando una enramada a un cajoncito verde que ocupaba la mesa, y en el fondo del cual, medio incorporado hasta sobrepasar con su cabeza los bordes, veíase un cadáver de niño.

Desde tres días atrás lo conservaban entre cuatro candiles, amenizando con zapateados su angelización que iba á transformarlo en el numen del hogar, mientras su cara, al manirse, profundizaba un fruncimiento superciliar de muñeco lúgubre bajo el clarín de su gorra. Había muerto emponzoñado por la leche de la madre, que lo amamantó temerosa todavía ante un supuesto ataque de los españoles.

Las muchachas, entornando los ojos, besándoles las pantorrillas sus trenzas, muy graves en la blandicia del paso, se zarandeaban sofaldándose ligeramente, o con las manos como colgadas de los brazos abiertos, granizaban castañetas:

Si tu corazoncito

Fuera de azúcar

Todo el día estuviera

Chupa que chupa.

Y los mozos escurrían su mirada de oblicua malignidad, que el chambergo velaba oportuno, por las mejillas de un moreno entre dorado y bermejo como la corteza de las granadas, hasta los corpiños de tirante redondez y los tobillos de cenceña escultura. Estaban realmente lindas con sus crenchas negrísimas volteadas a la derecha en símbolo patriótico, y sus angaripolas que, a pesar de la descalcez, resultaban un lujo para las viejas camisas de los galanes.

Pertenecían éstos a la montonera capitaneada por el padre del angelito, y como más próximos, llegaron la tarde anterior. Del cuartel general se congregaba a los caudillos lugareños para una concentración en la selva; los chasques habían comunicado ya la orden, y sobrellevando el accidente que le arrebataba su primogénito al año de matrimonio, aquél no quiso ser menos y citó para la madrugada.

De un galope se pondrían al amanecer en el sitio indicado; y como el cementerio distaba, antes de partir sepultarían detrás de la casa al niño. Allá a la luz de las velas, entre los follajes y las flores, aflojábansele sobre el peeho sus manos de acemita ante las cuales contradanzaba un vuelo de moscas. Tosía a ratos en la trasalcoba el dueño de casa, y la madre del fallecido salía de allí con mate para los huéspedes.

Cabizbajo, con el sombrero sobre los ojos, el guitarrero se le dormía al encordado, mientras su compañero tamborileaba a

compás en la caja de la vihuela. Las llamas de los candiles oscilaban al revolotear de los pañuelos en los melindres de cuecas y mariquitas; el aire polvoriento ribeteaba de colorado los ojos, y el zumbido mosquil rondaba más profundo en torno del muerto. La danza se trocó un momento por canciones, para que una de las morochas atendiese las pailas donde hervía el arrope de la chicha funeral.

Afuera, la soledad se extendía hasta el horizonte extrañamente difuso en el vaho de horno del sol Reinaba una siniestra quietud, algo alarmante como la precedencia de un acecho. Aquella paralización implicaba aprensiones. Ni un trino en las nemorosas quebradas, ni un balido en las praderas…

A la sombra de tres talas cuyas copas llovían frescura como anchas regaderas, las pailas hervían en sus hornallas de barro. El brebaje indígena daba punto y la muchacha era docta en ello. Desde dividir en dos porciones la harina de maíz cuya cuarta parte dispuesta en ácimas tortillas se masticaba, amasándola con las otras tres en el fondo de un cántaro y levigando todo en agua caliente; hasta reducir a jarabe el poso para mezclarlo después con el líquido decantado y fermentar la composición. Y qué chicha! Fuerte como fuego vivo, gorda, estrellada por lúnulas de oro en la sazón que azucaraba sus heces.

Recogida la saya entre las rodillas, al paso que se atajaba el humo con la mano izquierda, removía la joven aquellos caldos cuya sonora digestión exhalaba acaremelado aroma. Atizó el fuego, y aproximándose a un cacharro donde avinagraban restos de fruta, volcó el líquido en un perol para aflojarle el verdín. Al inspeccionar una paila vacía, espejóse en ella la moza, sonriendo vagamente a su deformada efigie; mas como advirtiera entonces el silencio anormal, miró al horizonte inquieta, como interrogando. Una calina sospechosa enturbiaba aquella serenidad. Dos gallinas picoteaban con inquieto desgano las zurrapas de la chicha en preparación. Cundía por el re una especie de tristeza. Llegaban a ra-

tos rumores de la reanudada tertulia, con el eco de alguna copla perdida:

Tiene mi paisanlta,

Un diente menos;

Por ese portillito

Nos entendemos.

Bajo el corredor un perro acezaba. Aquel silencio, aquella taciturnidad entre tanta luz, sobrecogían el ánimo. Inquiríase sin motivos prodigiosos rumores; y desde el cielo que cejijuntaba á pesar de su limpieza, el sol vertía una dejadez letal.

La joven o reparó mucho en aquellas sigularidades. Atraída por la jarana y a la vez corrida por el bochorno, regresó al rancho. Polcábase a más y mejor. Relevados por sus compañeros, los músicos se desquitaban ahora. Bajo la ramada, la patrona atendía unos tamales en avanzada cocción. A todo esto, la tranquilidad del aire se agravaba prometiendo una siesta espantosa, cuando junto con lo que alerteó un tero en el bajo, ladró bruscamente el perro.

— Gente!

El modo de ladrar anunciaba los tropeles que el animal sentía. Los mozos desde el patio, con una mirada exploraron el contorno. Faldeando la loma vecina, un regimiento avanzaba sumergida su cabeza en el bosque. El caudillo gaucho apoyándose en las jambas de la puerta, olfateó el peligro; calculó sus probabilidades, y a una señal que dió, los seis montoneros se deslizaron entre los árboles.

Seguro ya de aquellos hombres que economizaba, entró. Las mujeres jesuseaban junto a la mesa en consternado grupo; mas, omitiéndolas en su premura, el jefe se preparaba rápidamente. A manotones recogió los frenos; dirigióse a una alacena y arran-

cando su cortina, sacó de ella un trabuco que cebó al instante. Luego, en tres saltos, ganó a su vez la espesura.

Los otros aguardaban allá. Mantendríanse en ese punto para no desamparar a las mujeres. El enemigo no ofendería, quizá ,retirándose así que se proveyera.

Sentían sus tropeles y voces en indistinto rumor, al mismo tiempo que notaban la aplastadora asfixia de la atmósfera, esa serenidad que en lo inmóvil recelaba lo inquieto. Ni los lagartos aprovechaban aquel calor. Por las serranías no se cuajaba una niebla. En tremulaciones de llama mecíase el ambiente; de loza caldeada parecía el cielo, y los limpiones del piso reverberaban como rescoldo.

Uno de los hombres escaló entre tanto el guayacán que los cubría, atisbó disimulado por su propia atalaya. De abajo, los otros seguían sus movimientos. Su mano señaló, arrumbándose a la ranchería con desesperado ademán, mientras surgía tras los árboles un borbotón de humo. La casa ardía, y el centinela, descolgándose de rama en rama, puso los pies en tierra. A bocanadas de coraje y desesperación, dijo de esas cosas descosidas que entiende el peligro.

Fuego… Los canallas… Las mujeres…

Entonces la rabia les reventó en los sesos. Alzáronse furibundos y á través de los árboles se lanzaron. El bosque pasó sobre sus cabezas como un sueño. En dos suspiros salieron sobre el patio lleno de hombres y de caballos que el humo envolvía con su membrana parduzca.

Junto á las hornallas, una feroz patulea revolvíase en torno de las mujeres, sin duda, pues bajo el montón de piernas columbrábase trozos de bayeta y de fustán. Y promiscuando en ese botín de placer, mientras los unos violaban á su guisa, baldeaban otros del pozo vecino, precipitándose sobre el cubo con borborigmos bestiales. Habían saqueado esa mañana una bodega, y borrachos

de vino, tanto como de sol, mancillaban hasta el asco aquella ración de carne rebelde.

Su salacidad piafante cubría el rumor del incendio. Acoplábanse á pleno sol, con los raigones por tálamo, hambrientos de mujer, abandonando sus cabalgaduras y empabellonando sus carabinas al azar, entre un berrenchín que brutalizaba más el espectáculo.

Al estruendo del trabucazo que estalló sobre ellos, desembocaron los insurgentes blandiendo sus facones. Una pelotera de cuerpos se anudó con furia ciega revolcándose por el suelo. Los asaltantes bandearon el grupo, multiplicando puñaladas bajo el revoleo de sus ponchos, echando en resuellos el ímpetu de su envión, enguantándose de sangre hasta los codos. Agigantados por la desesperación, corneaban profundamente á la soldadesca, sembrando el suelo de greñas ensangrentadas. Unidos como una trahilla, hacían presa por todas partes. Mientras la culata del trabuco molía cráneos, las dagas abrían brecha; y en el ímpetu del primer choque, la tropa, verdaderamente carneada, retrocedió.

Mas el contrataque sobrevino, apenas los asaltantes se aislaron en el círculo de sus facones. La banda goda refluyó sobre ellos en una erupción de tiros y bayonetazos. Brilló por un instante el trabuco sobre las cabezas, al extremo de un brazo rojo que martillaba …

Entre las filas españolas ondeó un penacho de jefe, la cerviz de un caballo se destacó entera, gritaron los de atrás algo como alarmas, y en ese instante, con mugido de subterráneo huracán, bramó la tierra. El suelo falló bajo los pies como el peldaño errado de una escalera. Un ansia de mareo basqueó los estómagos, estropajó las piernas, rodó dentro los cráneos sonoros perdigones. El temblor! El temblor! clamaban desuniéndose con el horror de un crimen los combatientes; y la sombra roja del humo que los envolvía, daba una lobreguez infernal á la escena.

Sucedía al primer terremoto un trémor amenazante; la tierra tiritaba como el brazuelo de un caballo, y en sus honduras continuaban los rumores: —una ebullición de grandiosos ecos repercutidos por cavernas.

Repentinamente cambiado, el paisaje ya no era el mismo. Una ofuscación polvorienta sofocaba el aire; los caballos se desbandaban con azoramiento furioso. Cruzaban el guarda-patio grietas profundas, y una tripa de arrope se metía por entre dos cadáveres.

Del rancho sólo quedaban penachos de varillas sobre un escorial humeante. Un horcón subsistía abrasado, y de su corteza, las llamas en súbitos volidos, escapaban como pájaros rojos. Entre la humareda, el féretro se destacaba salvo con sus torongiles y sus claveles postizos.

Los combatientes asendereados por el remesón, medíanse como fieras atemorizadas, presintiendo un castigo en esa intervención de la catástrofe. Y de entre ellos, una mujer espantosa, la madre, se levantó también.

Desgarradas las ropas, al aire los pechos estrujados en la pugna atroz contra esa lujuria de batallones, los ojos nadando en sangre, sacudíala un tropel de sollozos mudos perceptibles tan sólo en el temblor de su mandíbula.

Avanzó hacia el incendio, posando sobre las ascuas, sin sentirlo, sus desnudos pies; y como soldados los intervi nieran, renovóse la lucha. Ahora combatían las mujeres, con las manos de sus morteros y las armas de los caídos. El trabuco se abocó, mortífero, vomitó su espantable carga, y en la convulsión de un segundo terremoto, la muerte rodó otra vez bajo los árboles. A tumbos sobre la conmovida tierra pirueteaban los cuerpos. Bañados por la melcocha ardiente que las violadas les arrojaron al rostro, tundidos á tizonazos, mordidos, los chapetones talionaban a su

vez, mientras al rededor torcíanse los árboles y los cerros galopaban por el horizonte.

La segunda refriega, menos viva aunque más encarnizada, concluyó con ese remesón. Los insurgentes habían caído todos. Cuatro de las mujeres yacían abiertas á tajos, con los dedos crispados entre mechas feroces, pasmadas las bocas por el ansia de morder. La otra, la madre, se alejaba seguida por su perro, con el niño á cuestas, medio quemada. Cuando los demás morían, ella penetró por los escombros arrebatando el cadáver. Su cabellera desvanecióse en una llama, como un encaje, y ahora, surgida de la quemazón, flagelada por sus propios andrajos, personificaba el desastre.

Sin volver su cabeza que las llamas pelaron, caminaba entre los horrores del cielo y de la tierra, destruída ella también por el interno derrumbe. Sobre su cadera cimbraban los pies del difunto, marchitos ya; los pobres pequeños pies que el perro lamía á ratos.

Entre los árboles y los pedrones descuajados, aquella figura cohibía á los hombres. Los escombros, los cadáveres con sus entrañas abiertas que el enemigo broceara al doble escarnio de sus bayonetas y de su lascivia, encomendábanle desquites. Huía hacia las rebeliones de la selva familiar, con su hijo muerto y su desnudez trágica, poseída por el hombre extranjero, entre las montañas que temblaban con su dolor. Llevaba consigo la muerte como un emblema y la catástrofe le clisaba el corazón con un juramento de odio. Semejaba una bandera en el tiritamiento de sus harapos. Sus entrañas partidas como las de la comarca natal, escondían también volcanes. Desarraigados todos sus vínculos por la fatalidad y el crimen, era la gran solitaria que durante las noches peregrinaría llorando por la selva su pesar, hasta fundir el alma en llanto, y ya sin alma metamorfosearse en tal cual pájaro de leyenda, conservando sólo el *ay* de su congoja en las travesías desamparadas; ó suscitando en fogones y campamentos con la

gemebunda continuidad de su leyenda, furores trocados en heroísmos, propósitos inspiradores de hazañas — llorosa su vigilia, lloroso su sueño, hasta que la vida se le fuera por el hilo de sus lágrimas.

Oprimía sobre su pecho aquel pedazo de carne suya, negándolo á la tierra cautiva, con tal desesperación, que algo de cadáver embebía sus huesos.

El sol bañaba implacable las serranías empolvadas por el temblor. En el silencio sobreviniente, gañían perros. Y la transeunte de las catástrofes rodaba entre los restos de la convulsión, espectro agobiado por su carga de muerte, mientras un clarín alzaba su alarido de bestia feroz sobre las ruinas.

JURAMENTO

La calurosa noche transpiraba humedades de tormenta. Sólo se veía sombra y no se divisaba cielo. Adivinábase en las tinieblas, árboles, montes, como otros tantos seres de temerosa inmediación. Alguna luciérnaga parpadeaba á lo lejos. Callado el aire, enmudecían también las hojas.

Previendo un chubasco, la servidumbre pernoctaba en los galpones famularios de la finca. Únicamente en el corredor susurraban dos voces de cuando en cuando, pues los interlocutores, al parecer, más pensaban que discurrían.

Inmediato á ellos columbrábase el caballete de las monturas, y sobre el poyo un brasero apagado. Palpitaban fuerte los pechos de las personas, que eran hombre y mujer.

— ...Siempre? rogó uno.

Y al cabo de un tiempo no breve:

— Siempre! ... suspiró la otra.

Y continuó el silencio.

Noches antes, la montonera local capturó en un páramo vecino quince rezagados, que avivaban con las cajas de sus fusiles y los bastos de sus monturas un mezquino fogón. Del degüello general salvaron solamente dos oficiales, pues á éstos los preservaban para canjearlos como rehenes. Uno sucumbió en el camino; el otro llegó muy enfermo á la finca donde se acuartelaban sus vencedores.

Pertenecía ella á una joven viuda cuyo prestigio totalizaba en adoración verdadera los afectos del lugar; pues como madre y señora de todos era; y así, de *madre y señora,* le decían sus mucamas.

Descubría á los asuntos mal avenidos el arrequive de cada cual; providenciaba noviazgos; ayudaba á bien morir y adoctri-

naba á los huérfanos. Más que andar, se deslizaba semejante á una nube. Esclarecía su beldad una cabellera zaina de oro. Llamábase Asunción. Sus veintinueve años eran como un ramo de flores. Tenía las manos de pálida finura, transparentando sus puños venitas violetas; la frente apacible como el agua, negligente la sonrisa y azuleando en sus ojos la ternura de una tarde primaveral.

Una de las primeras que sacaron la cara el *Año Diez,* lo abonaba desde que enviudó, con más ahinco todavía. El marido, enfermo, no concurrió á la guerra sino con su fortuna; y á su muerte, ella, ejecutando sus mandas, equipó una partida.

Reconociendo su fidelidad de albacea, tachábase de infeliz su matrimonio. Cierto día un hombre habíala pedido; ponderándolo de rico; apenas lo conocía y se desposó por obediencia. Sacó de sus nupcias incompletas una medrosa avidez de amar con la que se complicaban exquisitos dolores. Empero, su talante recataba la lucha con benévola dignidad. Su emoción no era ciega llama ni raudal preso; antes flor en capullo, á espera de céfiros amigos, como la del tarco familiar que, con la primer temperie, apunta en la desvestida rama.

El temperamento se imponía, no obstante, en la bravura zafírea del ojo cuando revivía la estirpe solariegos orgullos; en el mirar ceráuneo si la cólera refulgía; en los labios vivísimos. Su ternura latente se trocó en lástima del realista vencido. Horrorizáronla al principio las parihuelas de troncos, el sibilante anhélito del herido. su rostro traspillado por la fiebre. Después se impuso la caridad.

Dejaría el pobre sus hijos, un padre valetudinario tal vez, en la lejana España. La guerra lo embastecía sin disimular su vigor pregonado por su fértil vello; y los soles que lo atezaron en la campaña, no habían marchitado enteramente su cálida palidez. Deliraba con luchas y correrías, no recordaba al viejo ni á los ni-

ños. Claro! Militar cuadrado, su alma de hierro no albergaba una memoria para aquellos seres.

Una noche habló por fin de su pueblo, de Lima, en una charla incoherente que mezclaba nombres de regimientos realistas á proezas de caballos. Entonces ya no le perdonó la señora. Además de enemigo, resultaba traidor — cierto! — traidor, esclavo del godo. Para qué servía ya? …

A pesar de la antipatía, más se empeñaba por él en una especie de clemencia desdeñosa .A su cabecera se lo pasaba, con una apatía invencible que sólo sacudía para propinar las prescriptas pócimas: cortezas febrífugas ó vulnerarias mixturas que la médica elijaba en secreto. Aborrecía á esa comadre. Su nariz oleosa, las hileras de porotos partidos que subcercaban sus órbitas, su cutis percalizado por la vejez, su truhanería siniestra á la que coadyuvaba cierta majestad científica, doblaban de terror la malquerencia. Estremecíala el chancleteo de sus ojotas. Al decir de las gentes, provocaba lluvias estaqueando panza arriba al sol, sapos que flagelaba con ortigas. Y recelábase por igual sus comentarios y sus agüeros, pues á bachillera nadie le ganaba para divulgar los tiquis miquis del vecindario. Así, la dama recobró su bienestar cuando, ya bueno el paciente, regresó aquella bruja á su rancho, rumbosamente pagada con una ternera de dos para tres.

Comenzaron, entonces, los eficaces ocios de la convalescencia, junto al catre del oficial, en coloquios de una dulzura casi triste. El, por lo común taciturno, poco hablaba. Una que otra frase de gratitud alimentaba las conversaciones; pero ya los ojos se amistaban, así callasen las bocas. La mirada del convaleciente impetraba misericordias, desvalíase en mansedumbres á despecho de la situación ambigua. La otra respondía con esquiveces é indulgencias, ambas aquerenciándose más y más en la afición; pero frustrábanla ellos, pues la simpatía naciente antojábaseles deslealtad. Él se sabía prisionero, ella responsable ante la patria; y si uno lo encubría con altivez, la otra dimidiaba en la angustia su cora-

zón, no acertando á preferir entre sus escrúpulos de patriota y aquella molitiva indolencia que la agobiaba como un mal.

En veces, con brusca conformidad, amañaban su destino. Atribulábalos la fatalidad; la pava con su dormilón murmullo, adioseaba separaciones, y el aceptado sacrificio endurecíales el alma …

Pero los campos verdes enmelaban más que nunca sus aromas. Tal cual jilguero albriciaba idilios, y una como demisión infantil amansaba sus corazones. La patria, el rey, la guerra, convertíanse en una afable divinidad que desde el ápice de sus eternidades los anegaba en su compasión inmensa; y sus almas disolvíanse en esa bondad como dos gotas de miel en una tisana.

La convalecencia seguía. Llegó la oportunidad de los paseos al atardecer, hasta el corral donde bullían los cabritos de la parición reciente. La primera vez ella había invitado como al descuido, con volubilidad que enmascaraba inquietudes. Compareció el oficial en el patio, lleno de barbas, encabestrillado aún. Los peones soslayando torvas miradas, saludaron silenciosos; los perros arrufaron, oliendo en el hombre aquél algo enemigo.

El oficial se demudó. Sin un gesto, tremantes los labios, cruzó á la par de la señora. Ella, con una mirada, contuvo la manifiesta ojeriza; mas el paseo fracasó. Volvieron más apartados que al salir, extremando él hasta la minuciosidad su cortesía.

Lo odiaban … Bueno! y qué? Cosa más sencilla! … Pero él, por su parte … De no recobrarse á tiempo, espantaba á sablazos semejante ralea. Mas si la suerte le deparaba esa amargura, el rey merecía más. Esa misma noche definiría su posición, provocando un desenlace. *Viva el rey!* y todo concluía con un degüello.

Pero, y ella? Ella? … Se resarcía de su pociones, de sus fundas con encajes, entregándolo imbele á los peones y á los perros! Bien lo presumió cuando lo invitara al paseo. Reía y reía. Goza-

ba de antemano con su ira ante las cantaletas de la servidumbre …

Lágrimas más bien de dolor que de ira le escaldaron los ojos redoblando su cólera. Ya no se acriminaba tan sólo; se despreciaba. Necio! ¡No se sorprendía paliando cobardemente la hipocresía de la pérfida! Y su indignación rebufaba otra vez.

Hermosísimo! Un oficial del rey convertido en monigote del gauchaje! Pero esa misma noche, esa misma, acababa todo.

La señora se excusó de la cena aquella noche.

Semejante contratiempo exaltó su furia. Temía sus reproches, por eso se esquivaba. Mas qué de extraño en todo ello! … Y deseaba tanto verla, no por verla, no, sino por aplastarla con su altivez decidiendo su destino, que casi le manda recado á pesar de la afectada indisposición.

En fin, un sacrificio más por sus convicciones y su deber.

Por instantes la pena se exacerbaba de ironía. Prisionero! … Prisionero de una mujer! Cuánta mengua! No parecía un romance caballeresco — el paladín en manos de la fada su enemiga! … Prisionero y — qué vergüenza! — á discreción de una mujer!

Con la noche, ya desfogados los ímpetus, invadiéronlo las nostalgias del terruño, del ejército victorioso, sin duda, en Tucumán. Si lo recordarían siquiera sus cama radas del *Gerona,* sus jefes del *Imperial Alejandro!* Ellos por allá, entre aventuras y jolgorios, tan lejos del compañero herido en mala guerra y con la perspectiva de un degüello para final.

En esto de sus meditaciones, oyó á la distancia lastimeras súplicas, después convulsivos ululatos de perros, una insólita agitación en los galpones, nada después …

Más se le enjorguinó el alma con eso. Ya no lo añusgaba el llanto, bien que le ardieran los párpados como por la tarde.

Pobres muchachos esos de la tropa! Cuánto lo querían! … Un toque de clarín á esa hora y en ese estado! Lloraría, lo adivinaba.

Y luego, qué desamparo el suyo! Cómo necesitaba un caballito, un perro, cualquier cosa para querer!

Incomodábale el corazón batiéndole el pecho como una aldaba de bronce. A tufaradas atosigábalo otra vez el sofocón de la injuria. Bah! por último, todo acababa al otro día. Cuestión de tiempo.

El refrigerio del alba consiguió aliviarlo un poco. Al volver de su sueño, con el sol alto ya, vió, mirando en torno, que la joven se desprendía de su cabecera. Llevábase el jarro que agotó él durante el desvelo, lindísima con sus papillotas al desgaire y su deshabillé de luto. Atravesó la pieza con su andar flotante, y sin volverse desapareció.

Cuántas veces, al curso de la enfermedad, habíala visto así, enternecido hasta las heces! Cuántas había encarnado en ella a la hermana que imploraría del destino! Y así mismo, sin discrepar un punto: rubia, delgada, tristecita para mejor cobijarla en su devoción: — como ella en todo.

¿No cometía una indignidad sospechándola de hipocresía? ¿Cómo no lo advirtió el día antes, cuando injuriaba de soez al mismo ángel enfermero que quién sabe por qué favor merecía?

Una humedad lenitiva como un colirio le enturbió los ojos; y ante el buen consejo de la mañana, estimó que apenas la desagraviaría haciéndose matar por ella.

A la tarde, repitióse el paseo, en una bien visible ausencia de peones que agradeció con toda su alma como un precioso don. Cuestionaron la guerra y el país, él proponiendo, ella objetando en charla cordial, casi disputando como dos amigos, cuando de un bosquecillo salió un hombre con el caballo de la rienda.

Disculpábase aduciendo excusas en una fosca turbación. Su saludo de la víspera había recalcitrado porque él veía un enemigo en el oficial. No lo despidiese la señora! Era tan de adentro en la

estancia, que aquello equivalía a decretarle la orfandad. Allá se crió, allá quería morir. A su parecer bastaba con los azotes …

Esto inquietó vagamente al realista. Recordó los lamentos de la pasada noche, los gañidos, el movimiento insólito, y casi temblando preguntó. Un destello de cólera airó los ojos de la dama. Sí, por su orden se había castigado a aquel badulaque, se había ahorcado la perrada, y de ahí los ruídos. En cuanto a ése, que se fuera. Fincas y partidas abundaban para conchabarse. En las suyas no cabían bellacos.

Caminó el hombre un poco, después de haber saludado, y a tiempo que el otro intervenía, se volvió de golpe:

— Bueno, se alzaría entonces como un matrero. Vendría de noche, a ver la estancia solamente, y con que no le echasen los perros se contentaba. Que le diera su bendición la patrona … y a correr su destino como le ayudara Dios!

El oficial intercedió entonces, accediendo aquélla. Agradeció el paisano con un balbuceo, guardó el doblón con que lo gratificó el huésped y se marchó.

Durante la noche entera pensó este último en la patria. Qué parangón cabía entre ese rasgo y su lealtad? La patria! … No residía en ella algo de la joven? Y él, a su vez, no pertenecía al mismo suelo … americano después de todo? Su punto de honor no era sino timidez. La deserción clareaba más y más el ejército realista, pues los soldados criollos se pasaban a docenas. Por qué había de ser un menosprecio? Valía más, entonces, combatir contra su propia tierra? En el fondo, realista o patriota, se moría lo mismo.

Algunos días más tarde, la señora, en uno de los paseos cuotidianos, se insinuó con más viveza sobre el desamor que atribuía al militar para con sus deudos. ¿Tánto lo absorbía la guerra, que

padre, hijos, todo le había de sacrificar? No se lo reprochaba, pero lo sentía …

El militar se asombró risueñamente. Reproches? … Aun merecidos, nada valieran para con lo que le debía. Pero supuso mal. Por huérfano metióse soldado casi desde niño, y en cuanto a matrimonio, fuera de la espada …

Caminaban lentamente por un callejón de cercos entretejidos de enredaderas. El ocaso proyectaba sobre la inmensidad flabeliformes haces rosas. Algunos balidos cruzaban el ámbito. En las chozas encendían fogatas claras.

La joven seguía con más pausa aún, y dominada por el estupor que comportaba su regocijo. Mullíase la tierra bajo sus pies. El alma se le guarecía muy adentro con una especie de pavor. Sentíase desamparada en medio de una gran luz. Así, tal vez, sería la muerte …

El oficial meditaba también. En ese momento, la pugna de su lealtad con su amor, se decidía. ¡Con ella, sí, con ella hasta a muerte! La gloria, la carrera truncada, la posible tacha de defección! … Qué importaba! Sólo en el mundo, sin un cariño, no cifró en ella durante las malas horas toda la excelencia de su querer!

La ceja de la naciente noche subía. Bucólico vientecillo los abanicaba como lánguido tafetán. Un atajacaminos se levantó casi de sus pies, voló abajito un instante, se ocultó más allá, surgió de nuevo. Con notable atención seguían sus cabriolas, casi interesados en que loqueara sin pararse para retardar la ya inevitable decisión.

El militar, poco a poco, se angustiaba con la sensación de una inmensa vaciedad. Ella por su parte acongojábase en el pasmo de una abismadora claudicación; mientras por el aire, difluyendo con zurdas gambetas su flaccidez de hilacha, el ave, a flor de tierra, cual una almita negruzca, atenuaba un vago aleteo de pluma

floja cuyo vuelo eludía la fuga con furtiva guiñada, calladamente, como atufado en felpa. El oficial habló por fin,y esa noche, desde el corredor obscuro, eligieron la estrella de su suerte común en el cielo de la patria.

— …siempre! respondió la señora.

Para la eterna súplica, la constante promesa de eternidad. Abríase la noche sobre sus cabezas a modo de una profunda flor. Por el cénit, las estrellas de Orión se destacaban entre todas como un señuelo de siete ovejitas blancas. La contemplación adormecía sus tiempos. La prodigiosa vida de los astros insinuaba en sus pechos un indeciso afán. Alguna frase venía en recuerdo del pasado, pues el porvenir se desvanecía en el optimismo de sus mirajes. Refería ella sus ensueños; él su animosidad, sus torturas cuando creyó en la befa aquel día; y cómo se le entró por el pecho el cariño semejante al arrullo de una tórtola invisible.

Bebían el estío en las auras con una suerte de embriaguez que embarnecía visiblemente al oficial. Ella, con un tuco anudado en su pañuelo, se daba la luz del insecto relumbrante, que envolvía en romántico misterio sus manos meditativas, su faz cavada de sombras bajo la vislumbre, sus ojos, su cabellera y la flor del aire con que se la bien armaba. Y a los decires del amado apaciguábala inefable misticismo, como si le cayera derecho sobre el corazón un rayo de luna …

Por ruego de aquél punteaba en ocasiones para alguna endecha antigua o espinela amorosa las cuerdas de la guitarra. Ah galardones de la dicha expresa en versos campesinos! Ah *tristes* ingenuos que resucitaban infortunios, porque el amor como el vino revive las penas! Ah quejas del corazón que ya no podía más de tanto fruir en su deleite:

De aquel cerro verde

Quisiera tener,

Hierbas del Olvido

El día se agrisaba ligeramente. A ratos, desde las fisuras que el sol abría en las nubes, una evasión de claridad refundía en deleble amarillez lejanos verdores. Por quebradas y vertederos el gauchaje confluía en grupos a la estancia, loando a la patrona y por anticipado a la revista tanto como al festín que celebrarían su boda. Echaban el resto ese día en tientos y chapeados. Así, no más, no se asistía a suceso de tal calibre!

Y empezaban los comentarios:

Por eso, desde que convaleció el herido, la señora se enrulaba el pelo sobre la frente. Seña mortal!

Que ojo el del godazo! Godo? … no; americano, de Lima. Y la patrona se acordaría del refrán:

Ah Lima,

Quien no te conoce no te estima.

¡Caramba con la patrona, qué conquista! Un jefe nada menos para los hijos del país. Ché, y jinete que no parecía peruano! Con su labia y sus quereres trastabillaba cuaquier corazón. Y eso que la patrona no se la daba por un real menos.

Ahora, qué crías de mi flor las que irían a sacar! Si no nacían obispitos o coroneles … Porque machitos serían, a buen seguro, dado que en tiempo de guerra multiplican los varones.

En la finca, al paso que funcionaban los osladores, íbase machacando en confección de potajes las alcamonías cuyo buen olor anticipaba suculencias. Otros mosqueteros acudían. Un viejo que siempre montaba en macho, con la mayor de sus hijas, doncella esquilimosa a quien achacaban un hijo del cura, y que no obstante sus dengues, ingería a guisa de desayuno, unos tras otros, tamales insolados de ají. Un antiguo pretendiente de la viuda, mocetón lauto al cual magnificaban unas espuelas de cincuenta y cinco onzas. Contaban que una vez, como lo hiriesen cuando se disponía para una cueca, ordenó “firme la niña” y se la

bailó entera escupiendo sangre por la puñalada. Ya casó; mas pleitaba con su suegro que le hacía robar hacienda, y a quien, en castigo, unció con un toro, malmatándolo en la prueba.

Una solterona ricacha, que dormía en marquesa y eruptaba a cada paso, porque, afectada de mola, se le subía la madre continuamente; y dos señoronas más, cuyo fausto inaudito se ostentaba en una vajilla de loza, pero que de cicateras mateaban con granzas y ordeñaban personalmente su rodeo …

A eso de las diez, la partida montó, disponiéndose en semicírculo sobre la playa frontera. Tremolaban en los chuzos banderolas nuevas. Algunos caballos lucían testeras rojas; otros coleras trenzadas con follaje. Apareció el oficial, de paisano, en un malacara pisador que estornudaba generosas furias. Su silla era de entrapada, así como el mandil guarnecido de oro. Por insignias llevaba un galón en el sombrero y la espada al cinto. En el tupé de su caballo se encrespaba una piocha de cintas blancas y azules.

Junto a él, en un blanco crinudo — ¡la patrona! Un murmullo se levantó de la concurrencia. Los montoneros se codeaban.

De "color bandera" vestía. Celeste la falda y blanco el corpiño; celeste el polí que formaba su tocado; celeste el cordón de seda de las bridas, celeste la fusta y celestes las crines de su corcel. Una pompa realmente solar la alhajaba, fulgurando en centellas sus dedos excesivamente anillados de brillantes, sus pendientes que goteaban fuego, su collar de perlas que la descotaba en blancuras casi lunares, su tahalí de pedrería, el tisú argentino de su bata y las lentejuelas de oro que recamaban su brial. Y sobre aquel serpenteante relámpago que era su cuerpo, las cocas rubias de la cabellera la aureolaban escapándose del polí como las corrilleras de una gálea imperial. Florecía el regocijo en sus mejillas. Airosa se cimbreaba en los lomos del animal, que con la vibración de su brío la estremecía como a una flor del agua la corriente.

Piafaban ardorosos los caballos de la montonera. Al enfrentarla, la pareja con un breve impulso arrancó al galope. Hasta la punta fueron, sentaron allá los caballos que escarceaban pidiendo riendas — volvieron. Ahuecóse en el giro la pollera de la amazona, descubriendo entre randas una botina de tabinete azul. Otra rayada, y afirmándose en los estribos, la espada en alto, el jefe arengó.

Fué como si en una reculada la serranía se abriera sobre una mar de luz.

Soldados: Al campo del honor nos convida nuestra adorada patria. Allí nos exhorta, o por la deseada y tranquila paz, o para preferir la muerte antes que caer bajo el ominoso yugo de la esclavitud.

Subyugaba aquella voz de combate rebotando en los cerros: la voz del jefe que aconsejaba lealtad. Flagraban en su acero fugaces lampos. A cada acción, su caballo alfaba.

Amados compatriotas: Si la libertad de nuestra patria ha ocupado siempre en vuestros ánimos el lugar preferente a cualquier sacrificio; si la celosa atención a sus progresos os ha hecho olvidar de vosotros mismos, se os vienen ya a las manos los preciosos momentos de calificar a la faz del mundo, que vuestros heroicos esfuerzos saben realizar los sagrados anhelos que os empeñan.

Aclamaba a la libertad con una verba combustible como la pólvora y numerosa como un redoble de tambor. Y después, volviéndose para la señora, le expresó la fidelidad de esos valientes que a su amparo luchaban, comprometióle los laureles, prometióle la victoria en arras sublimes. Ella la simbolizaría en los combates, con su nombre en los labios morirían, y para demostrárselo mejor, a ella en persona la jurarían por bandera.

Desmontaron junto con la partida, y el jefe cruzó su espada sobre el pecho de la patrona.

Uno a uno, los montoneros depositaban sobre la hoja el solemne beso que en una brumita pasajera se desvanecía. Y a través del acero, la bandera viviente sentía en sus entrañas el magnetismo de esos espíritus, como una concepción. La misma castidad de aquellos ósculos que implicaban un compromiso de muerte, añadía a la ceremonia algo de terrible. Ya herida por el amor, tantas emociones la vencían. A cada beso un alma obscura entraba como soplo de huracán en su sér desfalleciente. De sus ojos, sin una palpitación, sin un suspiro, se deshilaba el llanto. Por instantes revertíale de adentro un borbollón de orgullo. La proximidad del amante circundábala de fortaleza. Pero otras almas venían a juramentarse en ella, otras, otras, y el endeble ser rebosaba de nuevo en llanto.

El silencio que la escena producía, solemnizábase ganando con su emoción al oficial. Por la cinta de acero corrían de corazón a corazón efluvios en que la esencia de dos vidas se sublimaba. Y los besos seguían cayendo en el seno de la amante como gotas de perfume amargo. Vida tras vida, todas se le consagraban en ellos. En nombre de la patria cuya grandeza resumía, aceptaba esa oblación de existencias. Los labios vibraban de unción y respiraban entusiasmo. Santificábanla esas bravuras que de ofrenda le imponían en el pecho sus devotos. El cielo con sus nubes, la tierra con sus montes, componían el altar de su triunfo. El alma de tal tierra, la luz de semejante cielo. la abnegación de aquellos combatientes, subtanciarían el ser que procreado en calipedia heroica, iba a encarnar en el suyo su prez como garante de prosapias ilustres.

Frisaban la seda del corpiño los foscos bigotes. Los corazones desbordaban como vasos rebosantes en inseguras manos. Y el *¡viva la Patria!* en que se vertieron, participó del rugido y del sollozo, cuando el jefe, con brusco ademán, blandió la hoja empañada de alientos.

SERENATA

El payador de la comarca partíase a la guerra con dos amigos.

Traían mucho camino por la sierra, con bastante gazuza, y como el enemigo ocupaba todos los pasos, corríanse a su flanco de trasnochada afinando sus sigilos. Aproximábanse a la finca de su último patrón, hombre de avería en otros tiempos, firme patriota cuya frente aguantaba sin pesadumbre ochenta años más frescos que la espuma de las cascadas.

Si por probo lo querían, lo respetaban por veraz. Sus chacras y sus talegas enorgullecían a la región. Ahora escaseábanle al hombre las peonadas, pues él mismo emancipó a sus esclavos para que montonerearan, bien sabido era, costándole más de cuatro mil pesos aquella manumisión.

Así, no iban por conchabo, sino a agenciarse de cabalgaduras y de vituallas para la tentativa; pues según mentaban los expertos, en la guerra superabundaban para el hijo del país, godos y vacas ajenas.

El viejo aquél apreciaba mucho al cantor, admirándole dos cosas sobre todo: la poesía y el coraje. Daba con gusto una vaquillona de pella por una copla, y una plaza de capatz al tercio por un revés de fantasía. Fanático por la Revolución, había renunciado al *de* que ennoblecía su apellido, y acababa de arruinar, hospedando tropas, un ingenio que constituía su principal haber.

Aunque algo majadero por la edad, su alegría emparejaba con su fortaleza. Conservaba todos los dientes; no hacía talón con la lengua cuando se afeitaba. Por espacio de veinte mil noches había leído con incansable entusiasmo un sólo libro: la *Historia de Carlo Magno y de los Doce Pares de Francia*.

Sentado en su sillón de vaqueta, recogiéndose sobre las rodillas el balandrán de paño, sobresaliéndole las orejas de las botas

que tragaban su calzón de prunela, sujeto a la nuca para no mortificar la sotabarba el sereno, con el rapé y las despabiladeras al alcance — hundía entre las páginas su nariz de nobiliario fuste que la falta de bigote aun realzaba, y durante una hora rugían los añafiles; Oliveros hendía yelmos y cabezas hasta los dientes; Floripes restañaba las heridas a Guy de Borgoña; Roldán trucidaba cabezas de paganos y la giganta Amiota alardeaba sobre la puente de Mantible. Después, cuando la felonía de Ganalón ocasionaba aquel pasaje en que Roldán, agonizando, invoca a Durandal: "¡Oh espada de gran valor, la mejor que nunca fué forjada!" — invadía al anciano un sordo coraje; sus pestañas de algodón se humedecían, y con ojos que esmerilaba el llanto inquiría nuevas del ausente emperador.

Alguien le calificó una vez sus bélicos monigotes de fábulas y pasatiempos. Fué una de las raras ocasiones que lo vieron disgustarse seriamente. Retrepóse en el sillón, vibrándole empalidecida la punta de la nariz, titilando enérgicamente los hollejos de sus párpados.

Mentira el almirante Balam?... El gigante Farragús?... Mentira, no? Se figuraban que ni el más sabio de los hombres era sujeto de llenar con falsedades un libro de ese tamaño?

Enojado, astillaba con sus uñas el carey de la tabaquera; y en sus labios que las canas, con menudo brote, exasperaban como hojas de melonar, escocía el reniege favorito:

— *¡Voto a Tristas de Cartas!*

Dormían de tiempo atrás en la finca, pues ya mediaba la noche. En el cercano chiquero, las ovejas revolvíanse a ratos con sordo tragín sobre el colchón de boñigas, unas desveladas por el celo, las otras adormecidas en una beata plenitud de rumia. Como un caserón recién enlucido, el ámbito de la noche estaba lleno de luna y de silencio. La gente reposaba en el patio sobre catres y monturas. Algún perro, circulando silenciosamente al

rededor de los dormidos, olfateaba una cabecera junto a la cual se enroscaba luego. Abiertas de par en par, las puertas ahoyaban con sus vanos la sombra. Bajo la ramada, y junto al horno, vaporizaba entre exhaustos tizones la olla jabonera, saponificando con dejo alcalino sus chicharrones. Por la techumbre escurríase una comadreja en merodeo, con la suavidad de una tira de faya.

Mientras tanto un ejército de nube subía del horizonte. La humedad condensábase en motas por el cielo, donde la luna, hasta entonces quieta, marchaba ahora. Los caminantes llegaban en ese momento al guardapatio. Detuviéronse junto al pozo y deliberaron bajito. Los perros, al reconocerlos, saltaban al rededor acezan do y rabeando. Era una imprudencia despertar la gente a esa hora; mas las montoneras organizadas a gran prisa, no aguardaban.

Ocurriósele entonces una idea al payador. El patrón gustaba mucho de los versos; él traía consigo su guitarra y en su repertorio unas décimas, las favoritas de aquél. Décimas patrióticas compuestas cuando las victorias de Tucumán y Salta para glosar una epístola de Goyeneche hallada en los bagajes de Tristán, y en la cual anunciaba a éste el envío de un sable cuya vaina requería compostura. Despertarían al anciano con un rasgueo de vihuela y el primer pie de la glosa, convirtiéndola en serenata de despedida.

Aprobaron el expediente. Así sacarían caballos y bastimentos para el viaje. Entre sonrisas, bajo los alones de sus chambergos, idearon la conjuración. Desenvolvieron la guitarra que venía en un poncho, a resguardo del sereno; y acuclillándose, con dos tientos ágiles como suspiros, el mozo afinó en temple del diablo para cantar su glosa. Crujieron las clavijas, murmuró una nota que se descolgó por la cuerda como una arañita, y un momento después el payador alcanzaba la cuja donde su patrón dormía con la nobiliaria nariz vuelta hacia el firmamento.

Un gallo cantó en es momento la media noche, y por instinto los caminantes alzaron la vista para confirmarlo con la luna. Allá arriba librábase en silencio un combate entre el astro y las nubes. Profundizaban éstas sus moles con la grandiosidad de una selva, virando deslizamientos sobre resbaloso cristal. La luna flotaba en un claro que por contraste con el inmediato candor parecía un remanso negro. Desmoronó al pasar uno de aquellos rocallosos picos, descubriendo terrones de plata; se sumergió en la abundancia brumosa, develóse a medias entre turbios vahos, se hundió de nuevo y por fin corrió hacia una infinitud de vago celeste, rodando por el borde de una nube como una perla de hielo sobre el bozo de un cisne. La escena modificábase sin cesar. Las nubes, bajo la incidencia luminosa, pasaban del gris torcaz al blanco de magnesia. En ciertos bordes exaltábase el esplendor hasta un matiz azul eléctrico, opalizándose en trémulas ternuras de cuajada. A ratos la luna retraíase en una serena latitud; mas a poco regolfaban desde el horizonte vedijas pardas, que aproximándose a ella cobreábanse levemente; alcanzaban una translucidez de alumbre y verdegueaban por último hasta pasar frente al astro, iluminándose de argentina escarcha las unas, otras conservando su opacidad entre espejeos de lóbrego azogue.

Aludes sin eco rodaban por las planicies celestes; copas de robles fantásticos se retorcían. Sobrepujaban a los promontorios sombrías eflorescencias de tapioca, casi instantáneamente ahogadas en la expansión de grandes borrones cuya movilidad engendraba aquella orografía negra, aquel derrumbe de árboles prodigiosos y cargas de nieve que algún desnivel de los cielos amontonaba en el camino de la luna.

Luego, toda esa inmensidad declivó al horizonte. Como bajeles desancorados, con lentitud majestuosa, las nubes partieron esmaltándose de plenilunio o proteizando sobre la marcha sus siluetas. En copos desflocados, en lanosas gibas, fraccionóse su deleznable grandeza. La luna bogaba en su soledad magnífica por

una confluencia de luminosos piélagos, vulnerando en parábola de quimérico proyectil aquella fantasmagoría que el horizonte enterraba como una fosa.

El cantor, siempre a gatas, llegó por fin junto al lecho del anciano; enderezóse colocando su pie izquierdo junto al cabezal, y a vuelta del ademán con que se empinó el chambergo sobre la nuca, el canto empezó:

Ahi te mando, primo, el sable:

No va como yo quisiera:

De Tucumán es la vaina

Y de Salta la contera.

Dulcemente, el dormido abrió los ojos; sonrió a la copla que aleteaba en torno de su cabeza, y permaneció cruzadas las manos, subrayada la nariz por una sonrisa. Las sombras de las nubes pasaban sobre su rostro como telarañas. En las habitaciones, tras las puertas entornadas ahora, parpadeaba un candil; crugían enaguas, oíase trastornos de menaje, cuchicheos de las mujeres que se arreglaban preparando a la vez el mate, con cautelas premiosas. Mientras, el payador proseguía:

Cercado de desventuras

Desdichas y desaciertos,

No distingo sino muertos,

No veo sino amarguras.

Los hijos de estas llanuras

Tienen valor admirable;

Belgrano, grande y amable,

A mí me ha juramentado,

Y pues todo está acabado

Ahi te mando, primo, el sable.

Ahora se veía bien la faz del cantor — picada de peste, oblicuos los ojos, ralo el bigote de mestizo. Su camisa arremangada descubría los venudos brazos; y el calzoncillo, muy corto, desnudaba desde la escamosa rodilla al pie. Varias cicatrices bordaban aquel semblante. Rastros de turbulentas payadas en que el vencido dejó por los suelos fama y tripas; rúbricas de empresas célebres para birlarle la manceba a un corregidor, o distraerle los cuñados a una adúltera pintona, o sacar del cepo algún cristiano que por una ratería se descuartizaba en los maderos judiciales. Un costurón en la nariz fechaba su más picante aventura.

Como en la alcoba de las muchachas no había más puerta que la medianil con la de los mayores, gateaba por una de éstas aproximándose al nido de su cortejo, en la obscuridad, tan caviloso de que lo apernara algún perro, que se llevó de narices un travesaño de la mesa. Al estropicio, la vieja se enderezó.

Momento de angustia. Mas, sobreponiéndose valeroso, al tiro concibió la salida. Con los dedos apeñuscados se rascó a golpecitos tangenciales sobre el temporal, y tras un breve silencio, la vieja, engañada gruñó un *fuera perro!* y se durmió. La guitarra reía anchurosamente la segunda décima:

Cada jefe, testimonio

Dió de ser un adalid;

Díaz Vélez más que el Cid,

Rodríguez como un demonio;

Aráoz por patrimonio

Tiene la índole guerrera:

De Figueroa, a carrera

Me libré, si no me mata …

Estoy ya de mala data;

No va como yo quisiera.

Y qué pico de oro el condenado! Al cura su tutor, le ayudaba a misa en latín y le descifraba los libros de letra chica. De esto se le pegaron como suyas las picardías de Pedro Urdemalas cuya historia leía asiduo. Sabía de memoria varias novenas; y así, mascullando gozos y letanías, se aficionó a la parranda y a los versos, hasta que se desgració por una moza rompiéndole la guitarra en la frente al entenado del alcalde, y abandonando la tutela parroquial para bribar en chacota perpetua. Excelente músico, no ignoraba uno de los cinco tonos para temple de vihuela. Por derecho para canciones, por falso para yaravíes, por el del diablo para *gauchas;* y hasta los de tresillo y por música, difíciles entre todos. En los fogones contaba vidas de santos y remedaba a la perfección el lenguaje de los presentes. A guapo y galán nadie le competía, pues cabriolaba lo mismo un zapateado que un zafarrancho a puñal. En los velorios, seguro que se aparecía de botarga, espantando gente; o que desleía sen en las pavas, sobre todo cuando se excedía en el trago; pero era muy servidor, eso sí, aunque de bebida cargosa. Los préstamos y lo convites lo tenían de la cuarta al pértigo; mas, queriéndolo las muchachas, con chichisveos se resarcía. Nadie como él para argumentarle a una celosa o asediar a una ingrata.

Forest, Superi y Dorrego,

Perdriel, Alvarez y Pico,

Zelaya, en laureles rico,

Y Balcarce, brotan fuego.

Arévalo, de ira ciego.

Su patriotismo no amaina;

Me han cebado una polaina

Los tales oficialitos,

Y ahora dicen los malditos:

De Tucumán es la vaina.

Las nubes, reteniendo su carrera, soldábanse en témpanos blanquecinos a través de los cuales amortajaba el paisaje, como leve ceniza, la vislumbre lunar. Una agravación de silencio coincidió con esa atonía gris. La cara del viejo, inmóvil en su éxtasis, tomaba la misma lividez del firmamento; y en la serenidad de cien leguas que rodeaba el paraje, la glosa concluía petulando travesuras, al compás del bordoneo que se desgranaba denso y mate como una gotera de agua hirviendo sobre un reseco piso:

Por fin ese regimiento

Llamado número uno,

Con un valor importuno

Me ha dado duro escarmiento.

Y es tanto mi sentimiento

Que ya existir no quisiera,

Pues la fama vocinglera

Publicará hasta Lovaina,

Que es de Tucumán la vaina

Y de Salta la contera.

Con el último verso, el anciano apartó sus colchas tendiendo una mano al mozo. Pedía sus prendas: las botas… el balandrán… su sillón…

Orden de no dormir en la estancia. Mate y cigarrillos para los huéspedes; y al alba, caballos, que así marchaban con la fresca. Caballos de su marca, eh? … la marca de parrilla, con sólo dos barrotes y un martillo.

Confusos, ponderaban ellos tanta generosidad, agradeciéndola. Valdría cada uno dos, en esos caballos. Bien conocían la marca — una greca de seis líneas, las tres perpendiculares más largas que las transversales, y dos barrotes internos paralelos a éstas; cada hijo del patrón añadía uno; y su nuera viuda, como ya no ca-

bían más, pues sumaban ocho, había agregado otro martillo. Pero como famosa, la del viejo, la primera. ¿Parrilla con dos barrotes y un martillo?… Enfrenar a ojos cerrados! Para qué se molestaba el patrón! Podía auxiliarlos con cualquier cosa, no más…

— No, no; qué le aspaventeaban tres mancarrones! La patria merecía mucho más, pero cada uno daba según sus posibles. Bien que lo motejaban de tacaño los vecinos. Se equivocaban. El sabía sus cosas. Gastaba el peso como medio cuando se debía, y de no, cicateaba el medio como peso.

Todavía se recordaba su boda entre la gente de edad. Hasta volatines había costeado de Potosí. En la plaza del pueblo, durante una semana, la gente bailó y comió hasta empacharse. Se cantó una misa a san Isidro, con ceremonial de rango y procesión en la que dos bailarines, disfrazados de bueyes, deleitaron a la concurrencia. Tres hermanos suyos condujeron el guión como alféreces de la misa. Tiróse manchancha de reales cuando terminó el casorio.

A la cabeza del cortejo nupcial, enancados en un rosillo, cuyos escarceos contenía a guisa de gamarra una cadena de plata maciza, los novios partieron al galope, mientras el acompañamiento prorrumpía en vítores agitando ponchos y pañolones, y desplumando gallos vivos en conjuro de la infidelidad…

La novia recibió como presente de sus cuñados una esclavita, y el novio le compró un *Don* al mulato bastonero de los fandangos.

Ahora, viejo ya, recordaba con gusto esas glorias de los tiempos de antes y no le economizaba a un jolgorio. Así, cuando Dios lo llamara a cuentas y le preguntara: Florencio, te regalaste? podría responderle: Sí, mi Dios, sí me regalé.

— Pero la gente con sus habladurías! No más un hombre acomodado desamparaba a cualquier botarate, ya le negó una sed de agua al pobre y no comió huevos por no tirar la cáscaras.

Los pasajeros asentían con vagos monosílabos que espoleaban aquella trasnochada elocuencia.

— A la guerra, no?... Bien hecho! El varón precisaba aguerrirse, amadrinándose con el peligro. Ah, una llapa de mocedad para largarse lanza en ristre por esas punas, con tanto buen americano! Plata... Caballos... Todo, hasta los zarcillos de su mujer donaría.

Y palmeando el sillón, como si lo obsedieran sus evocaciones catedrales, empalmó en el tema caballeresco. ¿No osaron negarle como una ficción sus Doce Pares y su Emperante? Y no estaban hirviendo esos pagos de Oliveros y Roldanes? Cabal! cabal! Bien lo había pensado una vez: Si este *Roldán* parece criollo hasta por el apellido!

En aquel momento las nubes ralearon, y una cumbre repentinamente bañada de luna sonrió á lo lejos.

Iba a aviarlos con vituallas, un amasijo que leudaba adentro, quesos cuya adelantada caseación perfumaba desde el zarzo. Por el momento, una copita de aguardiente añejo. Nada lo embebecía á él tanto como el valor. Al hombre valiente lo sufría hasta ladrón. Era la primer virtud. El arzobispo Turpin, velay, cortaba cabezas de moro tan bien como Ricarte de Normandía...

Los montoneros, beborroteando su aguardiente, oían aquellos nombres un tanto sorprendidos; mas, comprendiendo que se trataba de algunos coroneles antiguos, relaciones del patrón, bajaban la cabeza respetuosamente.

El viejo, implicando cada vez más un aplauso en la aquiescencia, pues ni admitía duda sobre tan precipuas historias, proseguía, ya entrenado en la narración caballeresca, tajando escudos y desguarneciendo arneses.

Veneración y silencio de los oyentes. A miles de leguas, mediando toda la anchura del mar y todo un abismo de historia, *Durandal* resucitaba en esa chifladura los legendarios desafíos.

Quedaba todavía una credulidad para las descomunales pajarotas de la caballería andante; y ella se comunicaba por instinto a aquel poeta insurgente, que paladeaba, junto con el relato, una acritud de brava herrumbre en esos apelativos de paladines.

— Sería ridículo, pero de ningún modo imposible. ¡Mentira los doce Pares! A él con ésas, y los patriotas venciendo en cada recodo á los vencedores de Roldán. ¿Mentira los Doce Pares?… Gauchos y todo — ¡aquí te quisiera ver Carlomagno!

Con el frescor matutino desvanecíanse los vapores. La luna descendía acompañada por una estrella, y el alargamiento de las sombras imprimía algo de fúnebre á los objetos.

Preguntados por su arsenal, los forasteros enseñaron sus cuchillos. El viejo sonrió, fuése callado á dentro, y volvió poco después con un regalo para el cantor, según dijo. Los hombres supusieron un pichel de guarapo, dadas la forma y dimensiones del objeto; pero se engañaban. Lo que había enfundado allí era un trabuco de bronee cuyo gatillo agriaba crujidos bajo el pulgar de su dueño. Y con el arma un chifle de pólvora. Para mixto servía el pedernal del yesquero, y á falta de plomo se cargaba con piedras. No como esas tercerolas delicadas de paladar, que solo aguantaban cartuchos…

Aquel naranjero veterano, con su carraspera de herrumbre en el gañote y una bizma de pita en la culata, escupía á lo demonio cuando llegaba el caso. Poco esbelto era, sin duda; pero ladraba la muerte como un cachorro de cañón. Temblaban entonces los caballos en diez cuadras á la redonda. Tres vidas de hombre cabían en el fulminante abanico de su disparo. Cuando joven, relumbraba en las trifulcas como una alhaja; chasqueaba limpiamente su colmillo de hierro al montarse sobre la cazoleta, y al regar su pólvora sobre el peligro, parecía un florero de metal coronado por un tulipán de fuego.

Decrépito ahora, sus regüeldos terrificaban aún. Tenía nombre como un perro, se llamaba *el Ñato*. No se trataba de un naranjero cualquiera; éste no pateaba, y de celoso no sufría una pulga en el oído. Descargado, servía de cachiporra; cebado, era como si llevase uno a la cintura el infierno en una píldora.

Confiábalo al payador, pues no de vicio lo conocía por ladino y aseado de conciencia. Pero no se contentaba con esto, y deseando una despedida digna de su fineza, le regalaría también unos confites de los que solían gulusmear los Doce Pares.

Tosió una risita coja, frunciendo los párpados con la malicia de su traspensamiento; una guiñada le corrió desde el labio a la ceja como un buscapiés, y entre la asombrada gratitud del mozo, hasta la boca le colmó el sombrero de doblones.

DESPEDIDA

Borneándose sobre su caballo cayó á la cancha el viejito.

Desde que los chapetones ocuparon Jujuy, se encariñó con ellos. Vuelta á vuelta prodigaba consuelos á los descorazonados, recetas á los enfermos, un informe al oficial de servicio y risueñas bellaquerías á todos. Cuando al aproximarse el ejército los vecinos emigraron á Salta, él, un tanto por sus achaques y otro por afición al rey, se quedó en su choza suburbana, arrumbado como un cachivache. Un día sí, otro no, se arromadizaba horriblemente, exagerando un poco, tal vez, su caducidad; pero insistiendo tanto en ello, que no resistían creerle. En caso de duda, descubríase silencioso; y ante sus canas enmudecía toda objeción.

Montaba á caballo doliéndose con desafinados gargajeos. Y cómo no! — si hasta choznos contaba ya. En sus mocedades había hecho del platero, acreditando unos mates cuyos mangos remataban en cresta de perdiz. Cierto es que no le confiaban prendas sin peros y refunfuños, porque solía desplatarlas; y aunque las devolvía bien parejas, á los primeros frotes se les notaba ya la liga. Cosas de maldicientes, afirmaba él.

Inepto ya, industriaba en cucharillas de cuerno y escudillas, ó apunchaba peines. Su respeto rayaba en timidez. Que los otros se amotinaran, prefiriendo los generales porteños á su Sacra Real Majestad, se le daba á él un comino. A él no lo sacaban de sus casillas á dos tirones. Y aunque — para qué mentir — lo afectaba tanta devastación entre sus paisanos, ¡bien se les empleara por metidos á empresarios de grandezas!

Tánto lindo mozo pudriéndose panza arriba por esos peñascales! Tánto parejero deszocándose al botón! Tánta siembra desperdiciada, y lo peor: tánto valiente comprometido en aquella lucha con perdularios hijos de mala madre! … De modo que le

asistía razón para sus protestas y detracciones contra esos mocosos, emperrados con la patria como si algo les hubiese de dar. Y que les menearan sable de lo lindo. Ya que no á las buenas, á las malas se les asentaría el juicio!

Estos propósitos demostraban su sensatez y lealtad, aunque en ocasiones lo asaltaran intermitencias de estupidez. A su polítropo palabreo sucedía el mutismo. La vena metafórica daba en seco. Mas estas viarazas concluían pronto, interpretándose entre sus camaradas por manía ó mal humor. Su fisonomía compuesta de una barba en escobillón que le pululaba los pómulos, una epidermis de cordobán y dos ojazos perrunos, nada decía en su tranquilidad astuta. Y sólo se le notaba la devoción realista desde que prevaricó por el rey.

Figuraba como sargento de los maturrangos un traidor á la montonera. Muy distinguido por sus jefes, gozaba también las predilecciones del viejo cuyo proceder análogo absolvía su infracción; pero aquél conocía su nombre y su culpa, y desde el primer momento le cobró una tirria mortal. El le adeudaba todos los sinsabores de que su espionaje — objeto de su permanencia en la ciudad — adolecía.

No sin costo habíanlo inducido á aquella misión, pues codiciaba como los demás su parte en la presa goda; pero su perspicacia y sus socaliñas señaláronle aquel otro destino. Entonces, por disciplina, se sometió.

Preferíanlo por exacto en el cumplimiento de las órdenes; pues á tanto llegaba su estrictez, que la más mínima omisión exponía con él á serios equívocos. Referíase un incidente á propósito:

Al estallar la guerra, merodeaba como cabo de una partida. Cierta vez el jefe partió, encargándole para el día siguiente la ejecución de un reo. Quedaron con él tres hombres, uno de los cua-

les, que era amigo del condenado, abogaba en su favor. La fuga parecía imposible, pues el cabo vigilaba en persona; las súplicas volvíanse inútiles con aquel viejo que se incrustaba como en cal y canto en la consigna. Era necesario, entonces, sacar partido de aquella misma rectitud.

El soldado pidió conferenciar con su jefe á solas para consultar un asunto de conciencia.

— No bien amaneciera ajusticiarían al prójimo ése; era claro. Pero aquí empezaba la dificultad. El jefe había ordenado bien claramente *fusilarlo,* lo cual significaba ejecución á fusil. Y cómo lo iban á efectuar, si no tenían más que tercerolas? …

El cabo miró vagamente por sobre los árboles, estiró el labio inferior, rascando al mismo tiempo su cigarro con el meñique. Su perplejidad fingida, tradújose durante un rato en apagadizos pestañeos. ¿A que lo fusilaba ahí mismo para que no fuesen camanduleros y se burlaran así? …

Al fin, simulando que se aclaraba, en un definitivo encogimiento de hombros:

— Tiene razón, dijo; eso sería *tercerolearlo*.

Dos horas después, un chasque ganaba momentos para solicitar del jefe la interpretación; y esa misma noche el prisionero fué indultado, ratificándose en semejante forma aquel verbo tan original.

A favor de su rigidez un poco tozuda, el hombre ocultaba sagaces amaños. Su duendesco sombrerote agregábale algo de bonachón que en presencia del tránsfuga crecía aún; pues abominando de él, así lo amansaba. Los bigotazos que distinguían entre todas aquella faz, multiplicaban su encono. Y con qué prolijidad los acariciaba el maldito! Y cómo los cuidaba! Semejante puerilidad llegó á embargarlo de tal modo, que todas sus inquinas localizáronse al fin en ese mostacho.

El ejército iba á marchar cuanto volvieran los destacamentos que procuraban víveres; su comisión concluía entonces, y aprovechando la ocasión quería despedirse de él con una broma memorable.

Al cabo de laboriosas rumias, llegó á elaborarla su malignidad. Había descubierto un tahur en el felón y cultivaba hábilmente en él nostalgias de juego. Remembró parejeros como luz, que corrían dos cuadras en un credo; otros que en tiro de una legua se venían sobre el freno hasta la raya. ¿No consentiría el jefe una carrerita de á cuatro reales por despuntar el vicio? Él, en su picazo, se animaba; pues con dolencias y todo el solaz lo remozaría. Además, un picazo tan mancarrón, quizá ni galopara. Con cualquier mostrenco del parque se lo igualaría.

Las condiciones? … Eso se arreglaba fácilmente. No incomodándolo en los remesones, quizá se desempeñara. De lo contrario, se divertían á sus expensas y esto le agradaba también. Al fin los viejos no servían para más, y adónde irá el buey que no are!

No había rastro de insurgente por los contornos; mas, para no arriesgarse, podrían correr en la Tablada, hacia el norte, es decir cuesta abajo como carrera de pollinos. Los parejeros no daban para más.

Metió parola de tal modo, que el tránsfuga se tentó. Candongueando mucho, arrancaron la licencia. El viejo, transfigurándose en la propaganda, entusiasmó á los soldados, aduló á los jefes con su facundia pintoresca.

Todo el mundo iba á jugar; y él, por su parte, si le ayudaba el apóstol Santiago, patrón de las carreras …

Con el traidor, sobre todo, derretíase de marrullero, mimándolo entre jocosas jactancias. Le ganaría cortando á luz y sin rebenque. Ni soñase igualarlo con un matungo como ese tordillo que eligió.

Efectivamente, los parejeros justificaban cualquier chiste; y el picazo con sus orejas peludas, su cerdeada cola, sus largas cernejas, presentaba la catadura más deplorable. Sin embargo, su reciente pelecha, bien que empañada de polvo adrede; la vivacidad de sus ojos, la delgadez firme de su barriga, acusaban una adulteración; pero los maturrangos no entendían jota de aquéllo, y el bribón del viejo lo explotaba.

Aquel caballo era "su crédito", y con él se había quedado para estar pronto á cualquier evento. Rápido, de aguante, y con vasadura negra que resistía mejor las asperezas. Día por día lo afeaba diestramente, y hasta lo contramarcó, aplicándole caldeada la argolla de la cincha sobre un lienzo enjabonado, para convertirle la marca de media luna en rodela; pero al mismo tiempo compartía con él fraternalmente su maíz y su algarroba; y si en realidad no cenversaban, entendíanse á respingos é interjecciones.

Todas las tardes se efectuaba aquella comunión de afectos. El hombre llegaba al palenque, pienso y balde en mano. Empinadas las orejas, estremecido por breves crispaciones su eréctil belfo, el caballo saludaba con relinchitos sordos. Y mientras á la luz del cielo grisáceo donde lucía una desamparada estrella, acompasábase la masticación del cereal, el viejo, apoyada la mejilla en sus brazos puestos sobre la cruz de la bestia, se abismaba en sus recuerdos. La melancolía crepuscular, como una hebra de humo, lentamente ascendía en su alma; y sus ideas adormíanse al forrajeo de suculencias que roznaba en el morral. Por los maizales erraba un chispeo de luciérnagas. La sequedad revenida del pesebre trocábase en un vaho sedativo, apenas sombreado por ligera acedía. El agua del balde, reflejando la vislumbre estelar, se arrugaba cual un sombrío argentpel. La Vía Láctea difundía en las alturas su lloradero de manantial; y á medida que el hombre aglomeraba pensamientos las lomas vecinas llenábanse de noche.

Rememorando estas cosas tranqueaba el viejo en su picazo. La tarde se amodorraba en una calurosa luminosidad, cianurando el

cielo. Frondosas eminencias encajonaban la llanura á cuyo fondo erguíase la sierra como una mole de hierro fundido. Una nube inclinábase hacia el sol, adquiriendo en su descenso espesores de ova. Sobre una pared distante, algún cacharro concentraba la luz en un punto ardentísimo, especie de llaga ustoria hormigueada de agujas. Los soldados concurrían al esparcimiento improvisando tiendas con sus capotes.

El viejo desafiábalos al pasar con sátiras ineisivas como puyazos. Qué, no arriesgaban siquiera una onza? … Y ofrecía empeñar su poncho calamaco que acarralaba profusamente la vejez. No fueran collones! A ver dónde estaban esos reales!

Los soldados muequeaban acerbas sonrisas. Jugar? … Si ya ni aliento les quedaba!

Qué diferencia entre aquella diversión y las fiestas de otros tiempos.

El insurgente recordaba carreras en tardes así, centelleadas de sol.

Mientras llegaban los parejeros, la concurrencia bullía. Los más nerviosos no se apeaban; iban de grupo en grupo tomando lenguas; recibían y encomendaban recuerdos. Otros, bajo algún carretón empinado para armar pulpería á su sombra, parrandeaban con las pulperas al doble crepitar de las bordonas y del sebo rabioso de las frituras. Más allá una tabeada:

Al que tira! … Al que espera! … Pago!

Perfilándose en guardia, semiflexas las rodillas, sosteniendo con la mano izquierda el poncho y sompesando la taba con la derecha en pronación, el que tiraba resistía impasible el bullicio, mientras uno de su bando se comedía á aplanar el sitio que el astrágalo marcaría al caer con su rastro de carnícol. Al fin las apuestas concluían. El jugador enjugaba su diestra en el polvo; empinaba su chambergo; encogía un poco las piernas … y despedía el chirimbolo. Si éste sorteaba, los comentarios; las discu-

siones si hacía pinitos; si perdía, las disculpas: Claro! Quien iba á jugar con tabas culeras? … Y cuando arribaban los parejeros, cuánto alboroto en la pista! Cuánta apuesta instando á ultranza con puñados de patacones! …

Qué distancia de esas reuniones á tan deslucida jugarreta! …

El del tordillo presentábase á su vez. Sin trámites ni requilorios desensillaron. Aquél se descalzó en un santiamén, ajustó su faja, y tras una caricia á sus lozanos bigotes, saltó á caballo. El viejo ultimaba idénticos preparativos con desesperante pachorra. Invirtió varios minutos en abrochar las pihuelas de su espolín de hierro. Una sonrisa socarrona le enjaretaba las mejillas en el pregusto de su lograda morisqueta. Agachado, chacoteaba al traidor.

— Por qué montaba en yegua! El que lo hacía, nunca llegaba á juez. Cuanto á la carrera … Bah! La llevaba á la fija, y rifaba su pingo en cinco onzas una vez concluído el lance.

El contrario atusaba nerviosamente su bigote, sin responder. Por último el insurrecto montó.

Los rayeros, dos cabos formales que sabían algo de la cosa, ocupaban su sitio, cuadrados militarmente y muy poseídos de su papel. Lerdeando deshacíanse los grupos. Varios oficiales asestaban sobre la pareja sus anteojos. Un coronel fumaba, enhiesto en su mula. En la cinta de la cancha erguíanse á ratos minúsculas trombas. Algunas matas de pasto medraban sobre el andarivel.

Decreciendo el bochorno, estridulaban ya por las arboledas algunas cigarras. En el horizonte segmentábase el disco solar; y la nube, al rasar su borde se cobreaba ardientemente, exaltándose después en lobregueces de ocre dorado y de colcótar como un pámpano otoñal.

Los corredores, enderezando sus caballos á la pista, aflojaron un poco. Un breve trueno, una polvareda … La primera partida. Estas se sucedieron, pues el del tordillo, percibiendo la ventaja

de su rival, mañereaba. Al fin lo cansaría con sus galopes infructuosos.

El viejo daba changüí de buen grado. Rejuveneciendo en la pugna, ya no clarineaba catarros al montar ni se alebronaba con miserias de lisiado. Después de cada partida, desmontaba para refrescar su caballo; y sin esfuerzo, agilitándose con alborozado brinco, se encaramaba una y otra vez.

Recogidas las cervices, devorando la pista en sus remesones, los caballos partían de nuevo. Y el hombre de la patria, reavivado su instinto de horda al poder de esa vibrante estructura cuyos transportes regía, perforaba con sus ojos la selva propicia á los ardides y descomponía su cachaciento envés, sorbiendo á tragos aquellos aires de país libre que arboledas y cerros le mandaban con los hálitos de la tarde.

Sus dedos envarábanse de impaciencia entre las bridas; arrebatábanlo presuras de victoriosa carrera á toda la furia del animal, por los campos abiertos, en desfilada á su flanco los montes. La nube roja, desde las alturas, pregonaba degüellos. Arriba, en pulpas de tomate, rielaba sobre oropeles su bermellón; degradábase al encarnado, luego; y ya en la base, rutilando escarlatas al confundirse con el astro, deflagraba como en una apoteosis sus estruendos de color.

Frente á frente con el hombre, la serranía ofertaba su trinchera. Allá el gauchaje concluía la mensura de la patria á punta de chuzo y patas de caballo; allá residían las indiadas fieles, con sus hileras de ojos vigilantes, sus pedradas tremebundas y su artillería de estaño. Y el corazón le cabestreaba para allá con un angustioso dolorcito de calambre.

Continuaban las partidas. Desde la raya, los espectadores molestos con tanta dilación, pedían que largaran. El viejo aventuró un reproche, pues su caballo pintaba ya en sudor. Ese fraude infringía lo convenido, prorrogando excesivamente la cosa.

Por fin igualaron los animales. Partieron al galope, a media rienda, equidistando siempre, casi sobre las crines la mejilla, altos los rebenques cuyas lonjas ondulaban en el aire.

A un tiempo castigaron. Fué como un gran relámpago negro.

Pasaron entre una polvareda y un raudo redoble de jarretes, afinándose como navajas los brutos en el estirón de la arrancada.

Llegaron ante los rayeros, paleteando el tordillo entre vociferaciones de triunfo, cuando el patriota arremetiéndolo con imprevisto empuje, lo asobinó de un puntapié. Bajo la pelotera rayó el suyo; corrió al sitio donde el traidor hozara la tierra, y tras un alarido de éste ahorcajóse otra vez reemprendiendo la fuga, y enseñando entre sus dedos un mazo de bigotes.

Los realistas, perplejos, socorrían al camarada. Apoyándose en su cabalgadura, el miserable revolvía despavoridos ojos. Su rebanada boca burbujeaba arroyos de sangre; y como el tajo le descubría los dientes, en el mismo horror del castigo que lo mutilaba, reía sangrientamente su inabolible risa.

En tanto, una minúscula polvareda delataba allá por las lomas la fuga del insurgente, cuyo sombrero escarapelaron desde ese día los bigotes del traidor.

CASTIGO

Esperábase de un momento a otro un cuerpo realista, que convoyando un arreo esquilmado á las más distantes poblaciones patriotas, en la frontera misma del Chaco, retrogradaba sobre la aldea muy dificultado por la sierra y por las lluvias.

Arriscábase aquélla hasta lo inexpugnable en las cercanías del pueblito; inundaban éstas los próximos campos, lamiendo ya su progresivo embalse las rancherías del suburbio, sin que nada las retuviese. Esa tarde acababa de diluviar con borrasca deshecha, persistiendo un calor de mal augurio.

Los dos vecinos más encopetados del lugar, el cura y un cabildante potosino que regenteaba desde allá sus ingenios, contrariábanse sobre todo con aquel temporal; pues adjudicándose la representación del rey a quien profesaban culto idéntico, mantenían prisioneros en la capilla parroquial a seis viejos patriotas impedidos por sus achaques de ingresar en la montonera. Esta, cooperando á la campaña por su lado, merodeaba lejos según se deducía de un parte recibido la tarde anterior; pero dada su rapidez proverbial, podía plantárseles cualquier día en la puerta, premiando su fidelidad con un par de raciones de horca.

El chasque aquél era el único sobreviviente de cierto exterminio efectuado la semana anterior en la vanguardia de la fuerza invasora. Internada ésta al azar de su correría, algunos indios capturados en los bosques le mencionaron una gran concentración de vacas que los patriotas tenían no lejos de allí, casi desguarnecida en el seguro del secreto y de la distancia. Pero no había camino; menester era navegar aguas arriba de un río próximo, para lo cual se ofrecían á remar en sus piraguas. Sin confrontar mucho la narración, el jefe a cuyos ojos se hermoseaba con rasgos de leyenda, infringió toda disciplina lanzándose a la aventura.

Viajaban de día solamente, pues el río fuera de madre uníase á extensos pantanos cuyo peligro abultaban las tinieblas. Ya la primera noche, uno de los remeros, saltando de rama en rama, había procurado escamondar los árboles secos; mas desapareció entre chapaleos alarmantes, devorado al decir de sus camaradas por los caimanes que infestaban el estero.

Como proejaban, remolcando a la vez una balsa con sus bagajes, adelantaban poco; pero muy luego se infiltró en sus ánimos la sospecha de que los guías trampeaban el juego. Deteníanse á cada momento para pes car, en previsión, decían, de posibles retardos; ventilaban en su lengua prolongadas cuestiones, perjudicando la celeridad de la maniobra; y cuando se los conminaba á explicarse, omitían una respuesta categórica. Maltratarlos, habría comprometido todo en un combate ó en una deserción; y así el jefe, aunque muy alarmado, resolvió vigilar durante la noche, absteniéndose de darse por entendido del asunto.

El tercer día, al caer la tarde, las sospechas arreciaron. Ensotábanse con toda evidencia entre ensena das inextricables, fuera de todo cauce ya, bajo el silencio casi fúnebre de la selva inundada. Solamente un pájaro de trino melancólico gorgeaba a intervalos irregulares, allá lejos en la fronda negra. El agua, al empuje de los remos, burbujeaba con murmullo triste; mangas de mosquitos acaloraban la sangre hasta el furor, y un vaho de ahilada tibieza, contaminando fiebres con su desabor de hongo, maceraba las carnes en una flaccidez de putrefacción. Así vino la noche y así fondearon, reprimiendo apenas torvas intenciones, como sepultados por la temerosa enormidad del bosque que la noche espesaba y la parálisis tórrida del ambiente; cuidadosos de no mostrarse miedo bajo la respectiva capa de impasibilidad salvaje y de castellana altivez, en una roedora tensión de nervios y de voluntades.

Mas, de allí a poco, el cacique, interpelado decididamente, condescendió por primera vez á una respuesta. Sí, desviaban un

poco el rumbo, mas para vadear cuanto antes las aguas aprovechando su mismo desborde. Conservaban la buena dirección, y al otro día, temprano aún, tocarían cerca del real patriota. Dicho esto revistó con una mirada a sus hombres, acurrucóse en el fondo de su canoa y se durmió.

Su ejemplo no influyó, á pesar de la seguridad relativa que dimanaba de su discurso; y pasaron la noche en vela, si bien forzados no poco por los vampiros cuyo vuelo rozaba sus cabezas desflocándose en espeluznante vellosidad.

El día amaneció serenísimo, coloreándose fogosamente de aurora. Puestos al remo los indios, el cacique reiteró sus seguridades con sonrisas de vaga ambigüedad, cuyo efecto retratábase instantáneamente en el rostro de sus compañeros que redoblaban el empuje. Semejantes signos auguraban al parecer el prometido fin, y una vislumbre de alegría flotó sobre la fosca lividez de los navegantes.

Reviviendo pesadamente al fresco del alba, sus ojos escaldados de insomnio contemplaron en silencioso estupor la imponente pompa del amanecer sobre las aguas.

Ensanchábase la selva hasta el horizonte en una especie de golfo salvajemente solitario, que confinaban arboledas lúgubres en su impenetrabilidad. Ni una arruga disgregaba su cristal sombrío, sobre el cual erguíase único, acentuando la tristeza del paisaje, el ampo de una garza. La superficie, en tersura de lastra especular, azogábase con una interna coloración de teja fundida, exaltada á púrpura de mortecina escoria que luego se clarificaba en cárdeno gris. Culminó al oriente un banco de niebla lóbrega franjeado por una orla rojiza que herrumbraba con su reflejo las aguas del confín. El cielo se inflamó hasta el cénit en una translucidez de cereza. Sobre la estela de la almadía cabrillearon las aguas de un oleoso muaré; empañó un vago lila la transparencia

obscura del pantano, y bruscamente el sol emergió entero, carminando la bruma en una humareda rosa de fuego de Bengala.

En ese momento, el pájaro de la tarde anterior gorjeó otra vez; pero no ya en el ramaje, sino en la canoa misma; y al trino semejante con que le respondieron de la arboleda, antes que la certeza de la traición se coordinase con acto alguno de los realistas, una nube de dardos partió del bosque. Y sobre los árboles unos, otros al pie con el agua a la cintura, brotaron guerreros en clamoroso enjambre. Pintarrajeados en guerra, enflechaban sus arcos ó revoleaban sus cachiporras, pirueteando y riendo con carcajadas crueles que el cristal cuarzoso de los bezotes deformaba en brillos siniestros, mientras llovían sin tregua sobre las víctimas los casquillos emponzoñados.

Fué una cacería entre las aguas, al azar de la macana ó de la flecha, y el sobreviviente que trajo la noticia confirmaba su narración con un codo triturado en la refriega.

Instigados á mayor severidad por ese relato, el cura y su amigo revisaban con rencoroso ahinco, día y noche, los grillos de sus prisioneros, infligiéndoles torturas en resguardo de una cavilada conjuración. Porque seguramente se confabulaban para libertarse cometiendo quien sabe qué horrores; y como las lluvias iban derrubiando los adobes de la capilla, complicábase la cosa con un nuevo temor.

En vano predicaba el cura á los reclusos y más inútilmente los denostaba el otro. Abroquelándose en su taimada vejez, los gauchos enflaquecían, torvos, sin disentir con una queja …

Frecuentábanse ambos carceleros, pues sus heredades lindaban, componiendo una pareja inseparable, bien que asaz desunida ante la opinión; pues si al cura le dispensaban su realismo en gracia de su estado y de cierta campechana popularidad, abominaban cordialmente al otro.

Misántropo y fanfarrón, hacíase envidiar hasta la ojeriza tanto como escandalizaba con su lujo. Traficaba en esclavos enviándolos al Perú en recuas de cuatro y quinientos; ó arrendándolos según sus oficios á los potentados del contorno, cuando no servían en los talleres de su mansión donde se explotaba todo — desde la sastrería a la horticultura; y su crueldad tiranizaba á aquellos pobres, no adiestrándolos sino á dieta y á lazo. Tostarles los pies ó salarles las heridas contaban entre los castigos comunes. Más de uno fué herrado con la marca de los bueyes. Las negritas, apenas púberes, se corrompían en su lecho.

Pues blasonaba de apuesto galán, no obstante sus patillas barbirrucias y sus dientes escomidos de neguijón. La peluca y el cabello despeluzado sobre las sienes, mal disimulaban los corneros de su calvicie; pero zanjábalo todo con un tricornio que remataba vistosa pluma. Usaba de diario su traje oficial, insultando las pelambres lugareñas con su chupetín y sus calzones de terciopelo ajustados á la rodilla por ancho broche de plata, sus zapatos con hebillas de topacio y sus profusas guirindolas. Mas á pesar de tanta riqueza, su tacañería le concitaba el desprecio. Acatábase su autoridad, pero refunfuñando.

Platicaba aquella tarde con el cura, muy fastidiados por la tardanza de la tropa, frente á la casa solariega en cuya esquina su bridón enjaezado de plata y terciopelo, befaba impaciente la argentina barbada.

Montonera y realismo entumíanse al influjo de la misma escasez depulsora; pero sin que cejara el entusiasmo patriota. Fanatismo, rencores, fatalidad, todo contribuía á semejante maldición.

No sonaba un paso en los alrededores ni se veía un alma en las calles. La capilla, plaza por medio, exhalaba olores de muladar que la tibieza húmeda del aire les traía con mayor agudeza. Dos esclavos guarnecían la entrada, tercerola al hombro. Algunos

rostros de viejos, impasibles en su gravedad barbuda, aparecían, amarilleando sus pómulos como talones de difunto en la obscuridad de caverna que profundizaba el templo; y una voz cascada, voz de prisionero en que se condolían irreparables ingratitudes, endechaba de adentro una tonada montañesa, percutiendo á guisa de triángulo los grillos que asonaban tristemente con el cantar.

Como esos eran todos, ve? como esos de duros. Y el eclesiástico refirió que aquella mañana, como anduviera por la ranchería circunstante en distribución de consuelos á la gente damnificada por el temporal, halló á la vieja Gertrudis, quien oficiaba á la vez de bruja y de médica, guisando sabía Dios qué manjares en su tugurio barnizado de hollín; y que al invocar la Iglesia y al mentar el infierno por ver si libraba de Satanás alma tan perdida, se puso a blasfemar cosas horribles, castañeteándole de rabia sus cuatro dientes y accionando como una endemoniada. Amenazó á todo realista con feroces conjuros sobre dos lagartos secos que pendían del tirante, y deprecó por la patria en un diabólico frenesí. Así era como se pervertía el paisanaje. Tolerar semejantes cosas valía tanto como criar cuervos …

En ese instante retumbaron sobre la vereda los golpes de un bastón, y la vieja, como brotaba del suelo, apareció ante sus ojos.

Bajo la harapienta falda estremecíanse con sanguinolenta hinchazón sus piernas que la hidropesía abotagaba; un rebozo apolillado al parecer por larvas de sepulcro, cubría sus hombros y su cabeza, solapándose en un griñón del cual se escapaba una mecha sórdida. Doblada enteramente en dos, sus manos fofas de batracio se aferraban al garrote; y regoldaba más que decía, con un leleo de niño, palabras sueltas, caducando en repugnante decrepitud.

— Quién los veía … tan paquetes! Y los pobrecitos viejos de la patria encarcelados como ladrones, y los negritos de la patria

alquilados como animales. Ella venía á mendigarles la libertad — eran hombres como todos, no ofendían á nadie — y si no la otorgaban, se querellaría al mismo Dios de los cielos. No profanasen mas el templo convertido ya en establo. ¿Que no los horrorizaba el aspecto de esas nubes cargadas de fuego, con que la Providencia podía decretarles alguna tremenda expiación? …

Verdaderamente, el cielo se enfoscaba otra vez. Llenaba el ámbito de la tarde una silenciosa claridad bogada por nubes de oro. Otras surgían, sobreponiéndose como cargas de bálago, y el sol poniente que aclaraba su horizonte con un matiz de hiel, traslucía en ópalo la nevada cúspide del picacho vecino. Por las quebradas obscuras, la blanca floridez de la arboleda se enguirnaldaba en encajes. Un álamo próximo al grupo, tiritaba con el susurrante rehilo de su follaje revuelto en loriga de plata, y no había otro movimiento en la inmensa quietud.

El silencio la sucedía. Solamente la vieja continuaba agorando su exorcismo, entre súplica y diatriba:

— Quién los veía tan paquetes!

Finchados para la recepción, los amigos lucían, en efecto, sus trajes de gala. Chaleco de tisú de oro, frac, capotillo de anafaya verde y sublime corbatín el cabildante; el párroco sotana de raso y un manteo cuyo paño acipado denunciaba cuotidiano desuso.

Roncó un trueno sordamente, azuleó en las nubes más bajas una vislumbre de cuarzos estregados.

— …Quién los veía! Allá bajaba á extirparlos el fuego de Dios, como ya lo hizo con el tirano Tacón en Moxocoya; con los barriles de pólvora de Potosí que volaron un cuartel entero; con los tres godos de Tarija …

Un incisivo relámpago latigueó las nubes, y el sacerdote abrochándose el manteo en brusco repullo, se estremeció.

De dónde sacaba tales cosas ese espectro? Cosas que sólo sabían ellos en comunicación reservadísima del día anterior?

La vieja lloraba ahora, lloraba un llanto cristalino cuya pródiga abundancia veníale de quién sabe qué cavernas. Su voz de torpeza pueril entonaba una jaculatoria salvaje, entre cuyas palabras quichuas el nombre de la *Pacha Mama* predecía malignas adjuraciones.

Pero la calma había vuelto. El nevado relumbraba con su opalino matiz, estremecíase débilmente el álamo, y entre el nubarrón cenital se ovalaba una gran bahía celeste.

La vieja imploraba aún; pero el cabildante, concomiéndose fastidiado, se encasquetó el tricornio con movimiento decisivo. Chocheaba demasiado ya esa carlancona. ¡Largo de ahí con su matraqueo y sus agüerias! Y refregándola contra la pared de un empellón, le enseñó la calle.

Alejóse ella, tentaleando en silencio; mas cuando llegó á la esquina, se volvió de pronto; y un grito, horrendo grito de maldición, desgarrósele como un vómito de entrañas:

—Godos malditos! Bostezos del infierno! Rayos y centellas les partan el alma!

Muy lejos, entre las lomas, el clarín realista vibró al fin su deseado toque; pero en el mismo instante, un rayo ardió con lumbre irresistible sobre la casa goda; perforó los aires el estallido en un descuajamiento de catástrofe; y cuando el cura se repuso, contempló a su amigo muerto junto al caballo muerto sobre el cual se desprendía una rama de álamo.

El rayo de Dios y de la Patria, realizando el conjuro, castigaba la impiedad del enemigo y marchaba á guisa de sable predecesor, con sus batallones de nubes y su artillería de aerolitos, á huracán desplegado y trueno batiente, en un deslumbramiento de porvenir; y certificando la intervención misteriosa, el cadáver se pudrió aquella misma noche con tal premura, que lo enterraron al amanecer sin despojarlo siquiera de sus adornos, sobre los cuales supuraba con hedor funesto la ponzoña de la maldición.

CARGA

... debiendo usted contener esa columna á todo trance.

Dios gde. á usted.

La sombra de un arrayán gigantesco obscurecía aquel párrafo. Transcurrió un silencio que sólo turbaba con su respiración el caballo del chasque. El lector, deletreando un poco, gruñó la firma en tono siniestro: *Martín Güemes*. Luego arrugando el papel con violencia y seguido por el otro, se perdió entre los follajes.

Habíanse encontrado en la boca de una quebrada que caía a un valle entre dos cumbres. Al fondo una nube montaba el horizontee color de grafito que festoneaban rizos de luz. En su centro anchos colores desleídos como lavazas de tintorero, revelaban al sol. La base revertía una florescencia de copos que rodaban perezosamente soldándose á manera de lurtes. Una esfumación azul marcaba depresiones entre esos relieves, iluminados por vividas platas y cítricos lustres sobre los cuales pestañeaban descoloridos relampagueos. Poco duraron semejantes visos, pues el sol poníase ya. Los vapores engrosaban de abajo, fundiéndose en una inflación de algodones. Por un momento el cúmulo, crenado como un artificio arquitectónico, fantaseó en el horizonte un espejismo de inmensos mármoles.

La cinta cerúlea del crepúsculo espadañábase como la cola de un pavo real sobre el firmamento enternecido de rosa, por el cual subía la nube avivando su relampegueo. Semejante tormenta pesaba en la atmósfera como un derrumbe de pirámides. Fermentado polen trascendía la fronda. Una exasperación de vida la encantaba, aturdiendo con el chisporroteo de sus cigarras y haciendo ganguear a los sapos en los fangales.

Así que anochecía, iba amarilleando la nube, ardido su seno por leves fogonazos. Casi absorbida ya en el crepúsculo, invadié-

ronla tonos morados, y la masa entera livideció al resaltar aquéllos en heces de añil. Sombreóse todavía; adivino a plúmbea. Brotó de atrás un nuevo copo, culminando sobre su opacidad como un grumo. Más y más desvanecíanse los relieves, que sólo algún relámpago destacaba con fugaz iluminación. El silencio aumentaba al pardear las tinieblas que los árboles absorbían como enormes esponjas. El cénit pintábase de nubarrones, titilando entre ellos sobre una opacidad de aluminio, como gotas de agua las estrellas. Una lechuza pasó chistando. Y á poco la tormenta se fundió del todo en la noche.

Los montoneros habían atisbado por la quebrada el arribo de una fuerza española que acampó en el valle. Rodeada de centinelas, ni encendía fuego ni disponía sus carpas á pesar de la tormenta próxima, preparándose á la tempestuosa velada con una zozobra que no trataba de ocultar.

Noche más ó menos, al fin regresaban. Desde que dejaron Jujuy en un continuo combate, no correspondían con su cuartel general. Muchos sucumbieron; mas los restantes volvían con algún ganado conforme a su misión. Su único objetivo lo constituía la ciudad, pues las partidas en incansable ejercicio les espigaban los flancos. Poco antes de llegar a ese campamento, la hostilidad habíase multiplicado. Fuera de las emboscadas con su repentes á sable y lazo, de golpe se les declaraba el desierto.

Recorrían leguas y leguas sin oir un rumor humano. Las noches transcurrían en la mayor quietud; pero al amanecer, no bien emprendían su jornada, bajo el talón del último hombre prendía un incendio. Por el frente operaba la misma invisible tenacidad. Pedrones derrumbados cerraban las angosturas. Falsas pistas llevaban a engañosos prados dosde el garbancillo envenenaba a las bestias. Carroñas de animales y aun de hombres inficionaban las aguadas; los manantiales cavados adrede, cegaban a su paso, viéndose obligados a practicar cacimbas en sus arenas para beber

sin peligro. Cierta noche voló una carreta de pólvora, incendiando el parque. Explorada la campiña, sólo descubrieron un brazo quemado que el consejo de guerra condenó a la horca como un reo.

Mas, fuera de los rebeldes, batallaba con su exuberancia el bosque. Ya eran las parásitas de traidora profusión, ya las telarañas que obstruían el camino columpiando tarántulas como bellotas. Y semejante opulencia aun los embelesaba. Las "tripas de fraile" alegraban tuberculosos leños con sus auriculares espiras pintadas a la acuarela. Tal soto profundizaba intimidades de salón en frescuras de vergel. Oíase a ratos el golpeteo de las nueces que los monos cascaban; bruscamente enmudecía todo, y momentos después una alharaca inmensa se propagaba por la fronda.

Volaban entonces damasquinados loros, urracas de terciopelo celeste y crema, carpinteros de moño carmesí que tijereteaban el aire á grandes aletadas; y á pesar de vida tan profusa, aquellos bosques amenazaban con la sed. Las jornadas transcurrían sin un manantial. Al principio, cabe las sierras nevadas, los carámbanos de plata azulosa ó de sacarino blancor, suministraban arroyos; pero después, trenzados estos en ríos, faltaba todo recurso. Desesperábanlos al par cáfilas de bichos. Piques que excavaban en los pies enconosas pústulas, garrapatas cuyos escozores enfurecían hasta la demencia. Y después de todo aquel martirio, las tercianas, acrecentando la calamidad, filtraban en las carnes su consuntivo estrago. Aquella derrota tantalizaba la muerte con la pertinacia de un suicido.

Muchos hombres llevaban por todo uniforme la gorra, pues la chamarasca se comía calzado y traje. Cadaverizábalos la penuria con rictus macabros. Los semblantes componíanse de una barba hirsuta y un trozo de atezado pellejo que agujereaban dos ojos semejantes á cisternas. Sus almas, como árboles enterrados, se

mineralizaban de hastío. El silencio constituía la dignidad de su contraste.

Luego, abundaban otra vez las partidas, siempre gambeteando asechanzas a deshora y al desparramo. Sólo que ya se advertía su escasez de pólvora, pues la correría aniquilábalas también. Flaqueaban los caballos visiblemente y esto era lo que amohinaba más. La escasez de pertrechos no era cosa, pues la suplían peñascos y garrotes; pero la de caballos paralizaba todo, a pesar de cualquier decisión. Los chasques corrían a pie avituallándose de coca; para la sed conocían ojos de agua ocultos y las raíces de yacán la suministraban; mas la movilidad de aquel juego que demolía el español sin combatir, reclamaba á la continua caballos de refresco. Tan lo comprendía el enemigo, que se llevaba de trofeo sus patas.

Como las herraduras no iban sino de Tucumán, daban lo despeado por perdido. Los lomos cavados de mataduras no sufrían ni las jergas; los corvejones plagados de alifafes se doblaban con dolorida impotencia. Casi a pie, llevando la tropa enancada, acababan de abastecerlos con una yeguada arisca y un oficio patriótico en que se les encarecía el amor a la libertad …

Pero ni mansos bastaban aquellos seiscientos animales a las partidas concentradas allí Apremiaban su acción remitiéndoles baguales y reiterando la consabida postdata: “á todo trance”. Bonita situación! Con seiscientos animales no alcanzaban a montar ochenta hombres. Para mejor, por no denunciarse con las humaredas, habían ayunado. Decidióse un consejo de guerra y los jefes entablaron la discusión, previa orden de que nadie fumase.

La noche, entre tanto, sobrealzaba sus enormes paredes. De cuando en cuando un relámpago abrazaba en su amplitud oscilante los lindes del panorama. Cerros y bosques traslucían en la sulfúrea iluminación, oyéndose un rato después rumor de tráfagos enormes.

Más se acidulaba el falsete de los grillos. Una ráfaga perdida difluyó tibiezas. En la cima del cúmulo palpitaba sin cortarse, una azulosa luminosidad, indicando viento. Abajo, la nube se empreñaba, transparentando, como un tumor sus venas, guías de fuego; mientras su cima reptaba con lentitud vermicular. Los relámpagos se desteñían, vigorizando las siluetas en una flotación visionaria. Después la noche, como un portón que bruscamente empujado reacciona en sus goznes, cerrábase de nuevo.

Todavía brillaba al opuesto lado una estrella. Si antes de salir la luna, los nubarrones cenitales se unían, aguacero seguro. No en balde la víspera aulló tanto el aguará …

Sobre un descampado no distante del boquete donde se hallaban, los caballos, presintiendo la lluvia, tranqueaban despacito, olían el suelo juntas las cabezas, como hablándose. A algunos relumbrábanles los ojos con la extraviada tranquilidad de una llamita bajo el agua. Sesenta jinetes al paso, rondaban el rodeo. Distribuídos en parejas, marchaban incesantemente, a la inversa unos de otros, hasta sus respectivos puntos de partida, haciendo ronda cruzada por lo tormentoso de la noche. Pena de la vida si se escapaba un animal, pues el enemigo dormía allá cerca. Los otros, al abrigo de las matas, en voz baja discurrían.

Los caballos cubiertos de ludias y esparavanes sucumbían a rodo, esto era lo cierto. Como que algunos llevaban más de dos años de soba. Quién los vió y quién los veía! Un lobuno bragado en el que se boleaba avestruces bajo el freno; un peceño frontino, un ruano limpito como un niña…

Recordaban las hierras con sus calenturas de combate, las domas con sus lujos de vigor y sus corcovos cortando el aliento como zampaduras en agua fría. Y en la pelea — los buenos animales — cómo les placía la pólvora y qué lindo se armaban: el ojo de avizora furia, de azogada vivacidad la oreja; como tronera de hornaza las narices, el freno nadando en espuma; tremulantes los

encuentros, la enjuta canilla imanada en brío, y todo su ser en potencia de expansión entre las espuelas.

Acobardaba verlos cuando caían heridos y los despenaban degollándolos por economía de pólvora. Contaban de una yegua a la cual se le cayeron las lágrimas, claritas como de niño…

Medio ceceando secreteaban aquello á la noche. La sombra creciente les empuñaba el corazón. Enumeraban las prendas de los animales con fraternal orgullo, describiendo al menudeo sus manchas, sus pelajes, como quien recuerda el último traje doméstico de una hermana recién casada. Y los defectos: tal espantadizo, cual lunanco; uno de vasadura caldeada, otro arisco de abajo y corcoveaba por un soplo en la verija… Y los servicios: trasnochadas por adelantársele al lucero con una serenata; cruzadas de frontera procurando suerte, lejos de la autoridad hostil, apeándose á la tardecita en la raya del pago para lagrimear inclementes desconsuelos.

Aquellas reflexiones prolongaban el relato de una tragedia. Distinguíase vagamente los ademanes del protagonista que narraba. Mató en buena ley, lo proscribieron y aislóse matrereando por las travesías, llegando a las poblaciones para oir voz de gente cada cuatro ó seis semanas. La soledad lo depravó inveterándole el arregosto de la sangre. Por una libra de yerba llegó a degollar pasajeros; y si esquivó las persecuciones, lo debía a su caballo, un cojudo pangaré enseñado como una persona, que lo despertaba a relinchos y lo escudaba con su cuerpo. Desenfrenado, dirigíalo a palmadas y con las piernas. Un grito lo desbocaba, otro lo contenía, y aunque goloso de aguardiente desde una vez que estando bebido lo hizo probar, se conservaba modelo.

El en persona lo tusaba con su facón, no mezquinándole atavíos; él habíalo adiestrado á usanza toba, cabalgándolo sólo por la derecha, de modo que no se dejaba por la otra mano. Desde luego, á nadie más servía; y esto, en caso de sorpresa, lo salvaba.

Casi con reverencia atendían al narrador, porque lo consideraban el más baqueano durante las noches sobre todo. Nictálope por lo payo, este albinismo realzaba sus condiciones. Así sus manos pecosas cuya epidermis de afrecho blanqueaba en las tinieblas, iban redondeando la narración con movimientos autoritarios.

La plática seguía. Ya con todo deshecho, los hombres sin comer, los caballos no comiendo sino espuela y rebenque, no valía la pena sacrificarse. A esto llegaban! Con el enemigo á discreción y ellos en la impotencia. Mejor era acabar de una vez, despenar toda la mancarronada. Así había que pagarles ¡infelices! cuando cada uno merecía por lo menos un despacho de sargento!…

Grandes relámpagos lavaban el horizonte. Un trueno reventó con claridad insólita su rotundo borbollón de erres y eles. Abajo, como si lo repercutiera, farfulló un iracundo palabreo. Los jefes altercaban. El hombre de por la tarde divergía, pringando de juramentos su discurso. Replicaban los otros con la carestía de menes. teres, y el cuchicheo gargarizaba gruñidos.

— Sin caballos!…

— …ni pólvora…

— ¡Estamos…

Tronó por segunda vez, y el nasardo del trueno completó la frase barbotando una blasfemia. Muy lejos, en el fin del río de sombra que era la quebrada, se oyó el alerta sucesivo de las escuchas españolas. La tormenta se descolgaba pantalleando sus resplandores; y urgía una solución, pues con los truenos desasosegábanse mucho los animales, y el pavor de las yeguas paridas aumentaba la inquietud. Por dos veces ya, la caballada habíase aprontado a la fuga, dando el anca al viento, los padrillos al frente, las yeguas viejas detrás; y los hombres, dominados, tuvieron que ceder un poco, estirando la ronda, aunque el rodeo remolineaba más y más, y difícilmente le doblarían la punta por tercera

vez. Si los animales blancos atraían con su pelaje alguna centella, se armaría la gorda.

Precisamente acababa de convenirse que el primer rayo diera la señal. Cesó el chirrío de los insectos, indicando la inminencia de la borrasca. Un picante frescor adelgazaba el ambiente y empezaba ya a gotear. Los baguales tumulteaban con mayor violencia, mas esto convenía ahora. Pronunciábase en huracán el viento; y apenas pasó en un remolino su primer polvareda, cuando en la llamarada de un rayo el aire se rasgó como una recia gasa.

Restalló un chubasco de azotes, dos mil cuatrocientos cascos partieron, y entre silbos flagelantes y clamores que los insurrectos palmeándose la boca trocaban en ululatos, precipitóse la manada rajando la tierra, anudando en el boquete su torbellino.

Entró así en la noche, se volvió nube, fantasma á poco, rodó cuesta abajo hacia la muerte, peinándole las crines el ventarrón de la fuga, corcoveándole encima la tempestad, mientras el griterío azuzaba á los animales enloquecidos de horror ante ese abismo que les aullaba a la grupa. Estrechados por los taludes del desfiladero, monteando al azar la res goda, laceradas sus costillas por los tremendos zarpazos del matorral y dominado a trechos su oleaje de lomos por la erección de potentes cogotes — huían resoplando por sus ollares un alma obscura, arisqueando en la carrera cuyo esfuerzo descuajaba sus cuadriles, acollarados en el ímpetu común que como vena de bronce los enhebraba.

La noche abría ante ellos un abismante brecha; rebotábales el suelo sus pedernales, cañoneaba sus ecos la sierra, y sobre el tropel de los cascos que atabaleaban trabajando la ruína, el trueno rodaba su badajo en la campana negra del cielo.

Embarazada por el estupor de un despertar entre relámpagos, la tropa apenas se apercibía, cuando el desfiladero vomitó su huracán. Como una grande ala avanzó aquello, desviado sobre la

hacienda por los tiros que al tanteo estallaron, hendió á inmensas coces, tumbó centinelas y bagajes, aventó el ganado en su barredura que atronaba al unísono con el vendaval. La falta de vocerío aumentaba el espanto, pues eso rodaba con la fatalidad de un bloque. Pasó nublándose de polvaredas ante el enceguecido vivac, temblando el suelo bajo su aluvión de patas, se sumergió en la noche…

Sólo quedaban al enemigo, en sobresaltado grupo, las mulas de la artillería.

Pavorosas clarinadas, órdenes, truenos, carreras de sombras, tiroteos que reventaban en la obscuridad, componían aquel trágico desenlace. Y á la luz de un relámpago que flotó sobre los árboles como una gran sábana, los godos contemplaron una imprevista peripecia.

La masa se encabritó allá en el fondo contra las colinas que cerraban el valle; giró, reemprendiendo la embestida entre costaladas y desmelenamientos indómitos. A través del aguacero que arreciaba, hubiérase dicho una lanzadera tejiendo el desastre en la urdimbre de la lluvia. Las descargas, regulares ahora, salteáronla en grupos; pero las mulas restantes huyeron con ellos.

Y recién notaron que de ese alboroto no surgía una orden, que ni un brazo culminaba sobre esa uniformidad, que ningún albedrío la gobernaba. La tierra salpicada de bultos negros, sudaba sangre. Sobre el campo aun removido de trotes, cerníase el olor flavo de las bestias dominando al de la pólvora.

A MUERTE

Los insurgentes, desparramándose, diseminaban el escuadrón que los perseguía. Unos y otros perdieron hombres, pero engolosinados ya, continuaban sin recogerlos. Y así, en un desorden de tiros que disminuían, el combate se alejó.

Un joven montonero yacía bajo los árboles, supinado por un cimbrón agónico, boqueando. En sus mejillas morenas embarbecía vigorosamente un bozo rubial. Su chiripá de merino azul y su chapona negra acusaban lujo. A ratos un anhélito, cavándole el vientre, tronchaba también su cuello; y entonces veíase contrastar en blanco la frente con el tostado rostro que marmorizaba la agonía. Perlaba el sudor en su cejas y en su labio; sobre sus párpados espaciábase una sombra y la comisura de sus labios se angustiaba.

La tarde recogía en el occidente su crisolampo tul. Allá, en campo de oro mate, resaltaban sombrías arboledas. Untadas de oro á trechos ó sopadas en bermellón, aflojando madejas ahora, luego escardando hilazas, desenvolvíanse las nubes con desperezamientos de enormes gatos. Derivaban atraídas al horizonte por un ondeado nubarrón cuyas imbricaciones rezumaban sangre. A algunos cerros verdeábales la punta cuando ya sus faldas ahumábanse de azul. Diluían por el aire un tónico perfume tomillos y poleos.

El paisaje se contagió con el padecimiento del hombre que agonizaba; respiró su congoja empañando las nubes. La nitidez turquí del cénit aumentaba. Un postrer destello incendió en fugaz flamescencia el bosque. La nube se agrietó abajo como una pared en cuyos calcinados adobes se ampollaban cenizas. Columbróse por la abertura un fondo de llama que abortó en la neutralidad de la noche cadente, dejando por resto un celaje colorado, al fin deshecho en doradas pavesas. La melancolía del crepúsculo

flotaba como un espíritu, desahuciando esperanzas; y con mayor presura iba invadiendo el gris, cuando por tras de los árboles una vislumbre trocólo en flotante palidez, vigorizando las siluetas y opalizando con aguadas leches el cielo zafíreo. Era la luna que salía.

A ese tiempo, y aprovechando aquella conjunción de luces que aclaraba el campo con nitidez anormal, una mujer, precedida por un perro, apareció cerca del herido. El animal, hundida la cabeza en los pastizales, dudó un poco, pasó, volvió de nuevo. Lanzóse al sitio, casi junto con lo que brotaba un estertor, seguido por su ama, la cual se arrodilló unida con la del animal su cabeza; y durante un rato no se oyó más que sollozos.

Moraba allá cerca, solitaria en la libertad de sus verdes años. Huérfana antes de la Revolución, su único hermano cayó en Ayohuma; y como el mujerío emigrara al invadir los chapetones, el jefe de la partida local habíale aconsejado igual temperamento. Ella respondió solicitando plaza en las filas y motilándose para concurrir, porque sus trenzas no cabían ni en un morrión; presentóse trajeada de hombre, los ojos llenos de marcial donaire — un gauchito precioso que desecharon con pesar. Y de aquel sacrificio sólo sacó un apodo: los montoneros, piropeando, llamábanle *lamochita*.

Quedóse, eso sí, en su choza, de enfermera á veces, de cocinera á la continua, administrando con maña hacendosa su pasar; y aunque le sobraban comedidos, sola esquilaba sus ovejas. Por las señaladas anuales, únicamente, concedía un jolgorio en honor de San Juan, patrón de los corderos; y hasta que le embadurnaran el rostro, según costumbre, con la sangre de las orejas en que se labraba su señal: — muesca de un lado y horqueta del otro. Tiñendo á la rústica sus labores, se ataviaba; y un vestidito moteado con cualquier tierra de color, bastaba para embellecerla hasta la delicia. Su choza le sobraba en su brevedad de nido, y un jardi-

nito florecíale todas las tardes cleveles rojos que nadie veía morir …

Sonroseaban sus mejillas una media luz sobre su hermosura cálidamente morena. Semejante á un efluvio de sueño, su mirada difluía en languidez el fuego negro de sus ojos. Entre sus labios de bermejor desbordante, los dientes, como granos de choclo tierno, nacaraban la sonrisa; y siendo un poco separados, y la barbilla corta, el aspecto de la joven sugería algo infantil, desmentido sólo por la cadencia del andar y la petulancia trémula del seno.

Pero de poco tiempo atrás, una palidez opiló sus hechizos. Si sus mejillas perdieron frescor, y lozanía su garganta, casi á blanco advino su cutis y pulióse más su cintura. La brevedad viril de la crencha motilona, no aminoró su donosura; pero el recuerdo de semejante cabellera preocupó á más de uno. Qué tórrido esplendor cuando se abría con reflejos de grama, envolviendo á la joven en su tibieza pluvial! Qué lujosa galanura cuando las borlitas punzó que acollaraban de las puntas sus trenzas, rozaban el suelo á cada paso!

Nadie averiguó su paradero, así notaran en su dueña un gran cambio consiguiente. Ya no corría, cascabeleando carcajadas; y sus párpados al alzarse suponían extáticas indolencias. Vestía ahora el hábito franciscano, como buena patriota, al decir de algunos; pero otros creían ver en lo tal un voto inconfeso. Continuamente hallábanla distraída, frío ya el mate en su regazo, contándole a la soledad queridas angustias; y enamorada la juzgaron, porque al anochecer se sentaba en el umbral, destacándose sobre el vano tenebroso mientras canturreaba villancicos de Navidad:

Ahí viene la vaca

Por el callejón,

Trayendo la leche

Tal posición acrecía efectos de crepúsculo en su tez como espiritualizada por remotos albores. Sus ojos adquirían una histérica inmensidad; la adumbración del rancho abolíale medio rostro, mientras en la nariz, en un punto del mentón, en la prominencia del pómulo, sombreábase un indeciso alabastro. La obscuridad cubría de vagas sepias sus espaldas reemplazando la cabellera; y alargándose para sostener la rodilla en los enclavijados dedos, blanqueaban sus brazos, trasluciendo las sangrías natas ligeras.

Si alguno llegaba pidiendo noticias ó albergue, respondíale como en sueños, embebecida durante un rato. No lo sospecharon en balde; si no ¿para qué llevaba siempre consigo una piedra imán! …

Garifa con sus vigores montañeses, no la inquietaron los tiroteos que desde algunos días antes reventaban en la espesura; pero esa tarde, mientras se atainaba en un rapacejo, tras la loma y a campo traviesa propagóse el combate. Luego las fugas sobresaltaron al bosque; desmelenados jinetes pasaron a raja cincha perdiéndose en el fuego de la tarde; y habíanla torturado mortales zozobras, pensamientos que la soledad convirtió en certeza. Maquinalmente, arregazándose por entre el pencal, trasmontó el otero, como volátil en la absorción del gris vespertino, con su perro adelante. Acababa de oir por primera vez, objetivada en disparos, la voz de la muerte.

El perro rastreaba, precisando la concisión de su pista. Imitaban los árboles fúnebres plumeros. Las vizcachas á la puerta de sus cuevas refunfuñaban gruñidos. Y la muchacha más se sumergía en su inquietud. Aquella espesura sembrada quizas de cadáveres, la confundía. Vagamente advirtió el orto de la luna.

Los alientos del moribundo volvíanse estertores y el sereno pasmaba riesgosamente sus heridas. La mujer alzóse, titubeando,

miró la loma que se erguía al frente y de golpe recordó. Allí existía una caverna de fácil acceso y á menor distancia que la choza; pero aquer refugio era según los decires un habitáculo de brujas.

De allí Salía para la noche de san Bartolomé, el *farol,* la llama indicadora de tesoros ocultos, prendiéndose á las grupas de los transeuntes; y adentro solía hallarse tejas con imágenes de serpientes ó ídolos del viejo culto: unos de gesto nefando y ótidas cejas; otros de expresión cogitativa, como si la piedra de tanto asumir una efigie humana hubiese aprendido á pensar. Y la joven recordó, amilanándose, las narraciones de una médica tía suya; los exorcismos del amor, los talismanes y sortilegios para enriquecer; así como su horror secreto cuando la requerían para despenar agonizantes fracturándoles las vértebras ...

El silencio argentado de luna favorecía aquellas remembranzas. No quedaba, sin embargo, otro abrige que ese socavón, pues el hombre expiraba. Tanteando al azar, sus manos retraíanse prietas de dolor, ocultos los pulgares bajo los otros dedos. Y el peligro superó á los terrores. Espuelas, daga, tirador, cuanto pesaba quedó en el sitio.

La muchacha levantó en peso al agonizante. Puntuando con sangre sus huellas iban los novios lamentables. Soplos de viento mezclaban sus cabelleras, removiendo en profunda palpitación la masa del bosque. No daba más de diez pasos seguidos la triste, pues el cansancio entumecía y acalambraba á la vez sus miembros, tanto como martirizaban los guijarros sus pies. Y á cada estación, el miraje de sus amores se precisaba rasgo por rasgo, más en contraste con el tétrico abandono.

Cuando la ayudaba en su telar, un día que le aprehendió la mano entre los lizos. Cuando recién la festejaba, una vez que, cenando juntos, carnavalearon con el corazón de una sandía. Cuando ella se improvisaba collares con las guinditas del chal-

chal, para que él se las comiera á besos glotones en su misma garganta …

Punjían en su seno como cilicios esas trivialidades del ayer feliz. No pensaba siquiera en el enemigo causante de su desgracia. El agonizante constituía su mundo de pena. En vano le hablaba. No respondía, no, á su reclamo. Ni un suspiro, ni uno de aquellos suspiros que mientras la enlabiaba se estremecían, queriendo y no, como pichones arriesgados á la orilla del nido; ó aplacaban á modo de lenitiva mistela sus vehemencias de enamorada.

Otro paso, otra angustia … otro paso, otra angustia … El perro seguía tristísimo aquel tránsito doloroso. Por momentos, su dueña desatábase en llanto con un ¡ay! agudo y él aullaba. Otro paso, otra angustia …

— Agua! … imploró el herido con una queja de agonía á flor de labios.

Dudó la joven un segundo, poniéndolo después dulcemente en tierra; y explorando ligeramente las hierbas, dió con la kirusiya que buscaba. Exprimió el agrio jugo de la hierba en la amada boca que apenas se atrevía a besar, y continuó su peregrinaje.

Pulseras de dolor lancinaban sus extremidades. Con las caderas derribadas por los enviones, partido de ansia el pecho, porfió á cierra ojos en una suprema resolución, envuelta su cara en lágrimas y cabellos. Entre su seno y su brazo yacía la del moribundo.

Delicadas nubecillas, aborregándose en una nevada de luz, encarrujaban por el firmamento livianas muselinas. Y la floresta distinguíase al esplendor del plenilunio, nadando en plata sobre el horizonte, como una miniatura en el cuenco de una valva. Ya salían de la selva los pregrinos, á pocos pasos de la cueva. Atrás, la espesura acababa de golpe diseñando una geografía de golfos y de cabos; y por el contorno, los cerros alisábanse profundamente

obscuros, en una transparencia de anegación. Una rana por allá cerca escondida, cacareaba anunciando lluvia.

Los aromas desfallecían en una casi sepulcral frescura de viejo aljibe. Aquella noche espaciaba en la eternidad la etérea excelsitud de sus esplendores. Una desolación surgía de su impavidez luminosa que algodonaban brumas. Su claridad enlenzaba los troncos secos evocando mortuorias paces. Pero no lo reparaba la joven ni eso la aterraba como al partir. Llegar! Llegar! gritaba la sangre en sus sienes. Los mismos espectros se apiadarían de tal miseria, y el espíritu de los Tatas antiguos la acogería en su bondad.

Himpló una puma en la dirección del rancho, al propio tiempo que balaron las ovejas, y el perro se disparó ladrando en aquella dirección.

La joven llegaba á la cueva en ese momento, coincidiendo su entrada con aquel aumento de soledad.

Untuoso aroma de helechos llenaba la caverna. Un murciélago volóse despavorido, manchando fugazmente la blancura lunar. Tres pasos todavía, y el lúgubre grupo dió con el fondo de la cripta. Ella, lanzando un quejido, reclinóse sobre el pecho de su amante …

Sintió entonces á través de las ropas la cadavérica rigidez. Tocó la boca, ya no alentaba; el corazón, ya no latía. Desprendió como en un sueño la chapona, y tentando una suavidad de cabellos, adivinó la crencha con que su amor lo premiara en contrarresto de alguna pasión falaz. Su boca abríase ya para el lamento que semejante desenlace le arrancaba, cuando cerca del muerto, en la obscuridad, sonó un gemido.

Una manotada de miedo repelió su sollozo, y soldándose al difunto en suprema crispación, el síncope suspendió sus potencias.

Cuando reaccionó, ya la luna alumbraba adentro.

Enderezóse á gatas, lleno de murmullos el cráneo como un caracol, descuartizándose en dolores. Y sus ojos vieron sin sorpresa, atrofiada toda emoción por el exceso de sus terrores, en lugar de uno dos cuerpos boca abajo. El otro llevaba uniforme enemigo.

Asiólo de una pierna, pues nada temía ya. Sus ojos eran dos agujeros de delirio; su cuerpo, un pellejo ajado, pues las horas de dolor le habían comido toda la carne. La magia siniestra realizábase en ese antro donde la mujer sollozaba aún. Desvestida por las breñas, ensangrentada bárbaramente por el muerto, rodillas y codos llagados por la escofina de la roca, sus cabellos derramados sobre la faz, sentía como si cada sollozo le desarraigara un árbol del corazón.

Vió la trenza sobre el pecho del insurgente, aquella fúnebre seda de su cuerpo que á tal costo rescataba, y el rencor cual un áspero cordial la vigorizó. Un furioso prurito contrajo sus mandíbulas. Allá al alcance de su encono, agonizaba un chapetón malvado. ¡Ah, exprimir hiel sobre su agonía, ahitarse con su desesperación, triturarle los huesos loca de rabia! de rabia! de rabia! …

Entonces, representándose á la curandera que despenaba moribundos, atrájolo de un tirón. Contúvose todavía un instante, anegada de fruición ante esa efigie que la luna galvanizaba. Entre sus piernas lo incorporó después, apoyándole la nuca sobre su pecho; hasta le sopló los ojos, que el infeliz abrió, reanimado vagamente. Aferrólo por los hombros al fin, y mordiéndose los labios para no rugirle el alma al rostro, le trozó — *¡crac!* — el espinazo en una sola retracción.

MILAGRO

Con anuencia del jefe local, una fuerza realista acampó á la vera del lugarcillo para hospedar allí algunos enfermos. Esa hospitalidad equivalía á una prisión, pues la columna cercada de guerrillas se preparaba al viaje, soportando desde la víspera un temporal.

Las mujeres habían consentido ese recargo, repartiéndose de á dos y tres los chapetones, aunque ellas también apenas vivían, sin hornear ni probar carne desde muchas semanas antes, convertido en arambeles su precario ajuar.

Amargaban la agonía del español los filtros palúdicos del bosque, consumiéndolo de chucho. Hambrientos y entecados hasta lo espectral por la carestía; quemados en la altiplanicie por la causticidad de los cierzos, cribado de tiros su reposo, aniquilábanse más todavía bajo el mal que maduraba en sus carnes. La montonera aliada con el hambre y la sed, complicaba su arsenal con la fiebre.

Los de esa división volvían de su merodeo sin una vaca, rechazados por aquel país que sólo como cadáveres los recibía, á veces con la bayoneta calada y en cuadro durante noches enteras. Unos que ya minados al partir, arrastraban sombríamente su derrota á retaguardia, cayeron la tarde anterior bajo la lluvia; y en torno suyo acamparon, no sin sonoras protestas de las carabinas insurgentes. Mientras el cielo amortajábalos en garúa, algunos ladridos indicaron el lugar que recibió los enfermos al siguiente día: —catorce soldados y un sargento. Acomodados en la población, los camilleros regresaron; y poco después la columna, acribillada de tiroteos apenas emprendió viaje, se internó bajo las arboledas lúgubres.

Llovía y llovía …

Como la luna hizo con agua, no cambiaría el tiempo hasta el cuarto creciente. Cuatro días después seguía lo mismo, encenegándose todo, enronqueciendo cada vez más sus gárgaras las avenidas.

Las paisanas, puestas á la obra, reparaban su pandilla de esqueletos, curando aquí una herida y consolando allá un pesar. Plagados de úlceras, latigueados por escalofríos que les fruncían el pellejo como pespuntes, atemorizaba su palidez barbuda; y como eran vencidos, sanaban más difícilmente que los enfermos de la insurección.

Llovía y llovía ...

Por el cielo plúmbeo rodaban las tormentas, una tras otra, sus densidades fuliginosas. Algún trueno propagaba retumbos. Incesantemente cerníase la garúa convertida vuelta á vuelta en cerrazones y chubascos. Sobre el azul casi lóbrego de la sierra, flotaban nubarrones de cuyo seno descolgábase á veces una centella visible á lo lejos, como una linterna por un cordón. Temprano anochecía, trocándose presto en noche el gris; y mucho si hacia el poniente amagaba pasajera rubicundez. Los árboles como que se desparramaban, sin un gorgeo, sin un susurro. El pajizo fleco de las techumbres lloraba gotas tristísimas, y apenas algún perro mohino cruzaba al trote de un rancho á otro.

La noche suscitaba en los pantanos lúgubres gangueos. Sólo maslos había por todo combustible, y aun los economizaban, reservándose el sebo de los candiles para friegas y poleadas de afrecho, su única comida. Así la obscuridad enconaba con su espanto los dolores. Bajo el cañizo de las chozas ayeaba la desesperación. Soplos malsanos traspasaban el medio desleído revoque. Tras los bastidores de cuero de las puertas, la soledad sitiaba; y en el silencio de aquellas noches, el clamor de los enfermos rugía á Dios cosas tremendas.

Repicaban los dientes, crujían las coyunturas como bisagras al acceso de frío. El enfermo, montando el rifle entre sus pulgares torcidos, exigía las frazadas, los ponchos, aun las sayas, desde su lío de trapos. Las criaturas, gemían, anudadas con la madre en la sombra. Luego venía la sed, el urente daño de la terciana; y desabrigándose de sus cobertores, rompían á tajos las puertas, á golpes los cántaros ya vacíos, cruzaban la noche á gatas, refrigerándose con cieno. El día llegaba por fin, señalando fúnebres desenlaces. Supurábanles viejas pústulas, la menor intemperie los constipaba. Esos cuatro días transcurrieron, conmemorado cada uno con un cadáver.

Los once sobrevivientes, ya con el sepulcro hasta la cintura, consumíanse en nostalgias funestas, más fastidiadas por hastíos devoradores. Desde el fondo de la cabeza sus ojos relampagueaban delirios. Como salivajos afrentaban sus pullas á las mujeres, sin excluir tal desmesura lascivias macabras. Olfateaban traiciones, más perdidos por la vida cuanto la notaban más imposible. Llovía y llovía …

Una de las mujeres atendía á los rezagados, tan indomables que inutilizaban sus mejores curas tratándola al estricote. ¡Cuando excecraban con improperios hasta los fomentos y los sudoríficos, cuánto más no era con las medicinas acerbas! El alcoholizado menjurge de corteza de naranja agria y pimienta, antídoto de la fiebre, suponíanlo veneno; y qué sarcasmos si oían por remate de algún conjuro medicinal, la jaculatoria de la *Pacha Mama:*

Pacha Mama,

Pacha Canca,

Pacha luntu,

Señora Santa Ana …

La tarde del quinto día declinaba ahogándose en garúa. De los once realistas, sólo el sargento había asomado un instante su bi-

gote bandido, ejecutando en la puerta dos molinetes con su bordón á manera de roborante esgrima.

Al anochecer cesó la lluvia, y las mujeres aprovecharon la tregua para reunirse en casa de la médica, constituyendo una lana por hilarse el atractivo de su menguada diversión.

Ya provectas, parecían adultos lampiños, masculinizándolas más sus burdos chambergos. La médica ostentaba en su flacura un talante más femenino, á pesar de sus muñecas y sus manos toscas como balancines de collera. Por el corpiño entreabierto veíase su garganta de hojaldre y su aproado esternón.

Sobre groseras alfombras, mientras bailaban los husos y la pava hervía por costumbre, no más, divertíanse pareando porotos discolores ó ensayando otras eutrapelias monótonas, al paso que deploraban los pasados tiempos. Esa pobre minga recordábales algunas, de hiladas, también, ó de amasijo, que transcurrían en jarana perpetua. Mate y anisado por las noches; y al último, hasta baile con ambigú.

Entre frase y frase acomodaban sus cigarros en las negligentes comisuras de la boca. Las sayas hechas harnero encarecían el comentario de su miseria. ¡Ni maíz para una chicha, ni una peseta para la más triste báciga! …

Al cabo de largos meses, el gobierno hacía á los hombres una buena cuenta que mucho si tocaba á real por soldado; y éstos dilapidaban su jornal irrisorio el mismo día, á un tiro de tabas, en cualquier sombra. "Al fin no tenían el cuero para negocio" …

Felices los que atrojaron con tiempo alguna parva de algarroba; pues el afrecho de sus meriendas, servía igualmente de cataplasmas!

Una virgen ante cuyo nicho rojo alumbraba el candil, ocupaba el fondo de la habitación.

Al frente, había sobre el estrado una tinaja cuya sombra panzuda ascendía hasta el tirante, y un rollo de colchas vareteado á

gayas multicolores. En el aposento contiguo roncaban los enfermos.

La médica seguía, meditabunda, el baile de los husos. Ah, esas mingas de otros tiempos, esas rifas á cuatro reales la vuelta de pandorga! … Ese pasado de viuda rica que le costeaba á su virgen misas suntuosas con tercia y música de violín y de bombo! …

Alta como un niño de tres años, la imagen radiaba en su compostura. Su traje era de blanco tabí galoneado de oro. El cabello, en tirabuzones que enrubió la legía, derramaba por sus mofletes lustrosos aladares. Resaltaban entre sus abalorios el collar, la corona de plata piña y las arracadas — dos perlas que le colgaban muy abajo, como mamellas. Abrían perpetuamente sus manos una acogedora bendición; sus pupilas inmovilizaban candorosos estupores, y la fijeza hierática de su sonrisa cordiforme iluminaba su rostro sin fisonomía. Aun recordaban al imaginero que la esculpió á cuchillo en un trozo de taraca: —un mestizo cuzqueño, tan bebedor como tunante. A la viuda le costó dos yuntas de bueyes y toda la chafalonía del finado. Pero bien empleado le estaba, pues aquella imagen era sumamente milagrosa. No necesitaba rigor como san Antonio — ¡santo tan renitente! — ni que como á él la colgaran de los pies, ni que la retaran. Siempre concedía de á buenas.

Cuando para su festividad llevábanla á la capilla del curato, ni la senda fragosa ni el bochorno les impedía cargar las andas con su baldaquino rojo y sus ramilletes que policromaba toda la tintorería aborigen. Y la entrada á la población, festejábase á trabucazos.

El nicho trascendía una vaguedad de estoraque, ostentando á la parte interior de su doble puerta una estampa de san José y otra de san Roque. Enguirnaldábanlo por fuera sartas de huevecillos silvestres, desde los verdes y morados de las perdices, hasta

los del hornero crispidos de blanco en rosa, y los grises del chalchalero ó los minúsculos del colibrí. La miseria limitaba á ésto los obsequios, sin disminuir la veneración, pues aquella imagen lo era de la Merced, es decir virgen patriota. Ya esta circunstancia había ocasionado más de un refunfuño á los enfermos, devotos de Nuestra Señora del Milagro, que era goda.

La imagen y un loro tan parlero que se rezaba el rosario de una pieza, constituían ahora todo el haber de la viuda; y aquel contraste entre época y época, tanto como los recuerdos que acababa de evocar, la enfurecieron. Condensábase en sus ojos una siniestra lobreguez, y en las oquedades de sus clavículas palpitaban sollozos.

Habló, recordando al detalle el suplicio de dos perjuros del año doce, encorados en la piel fresca de un novillo. Cual si ese relato de torturas aliviara su pesadumbre, lo alargaba con apartes y risitas .

— Un cuero barroso, cuero del cogote fué. Al principio, lo que se vieron enfundados en aquellos chalecos al ras de la carne, reían. Mas, á eso del medio día, el tabardillo los fulminó. Sus caras vueltas al cielo, sinapisáronse de ardores delirantes. Una sed voraz, en la que desvariaban asfixias, exorbitó sus ojos El más joven pedía sollozando que lo despenaran. El otro, en silencio, rebullía su estertor con borborigmos de degolladura, bajo el sol enorme que anulaba su sér en un arrebato de espirales. Desbordaban entre los labios las infladas lenguas, alampando con ansia bestial. Por las narices que expelían caliginosos flatos, entraban y salían moscas …

Poco después, sobre los rostros lustrosamente cárdenos como riñones, ya sólo se distinguía los ojales sanguinolentos de los párpados. ¡Y eso duró un día, un día entero!

Aquella narración, excitando á su autora, acababa con dicterios. La ira contra esos moribundos que les puteaban sus madres,

insultó:

— Sarracenos pícaros! … Godos rancios! … Guay! … Así los tragara la tierra con rey y todo!

La puerta medianil dió entonces paso al sargento. Habíalas acechado mientras departían, hasta que esa maldición contra el rey lo indujo á entrar. Surgió como despegado de la sombra, envuelta en trapos su cabeza, oliendo á sepulcro. Su presencia refrenó todo aspaviento en una inmensa demudación. La llama del candil se estremecía como una pluma que escribe. Una de las hilanderas devanaba con movimiento maquinal. El hombre, apartando con sus piernas las anquilosadas rodillas, asió de los cabellos a la blasfema:

—*¡Viva el rey!*

Ella, en pie ahora ante ese grito que comportaba un vituperio, encaró al realista, coriácea y vibrante como una verga; y toda la hostilidad de la lluvia y de la noche, todo el ímpetu de las partidas que barreaban el país, replicó por su boca:

—*¡Viva la Patria!*

No bien amaneció, congregáronse las mujeres en casa de la médica. Los hilos á medio aovillar, el candil que chorreaba aún con su moco erizado de morcellas; la pava ya fría y ladeada en su tiesto, aludían depredaciones. El loro, todavía soñoliento, balanceábase en su aro suspendido del corredor. Su dueña yacía en el corral, condenada á pena de azotes.

Próximos á aquel cercado, ante un fogón, los chapetones preparaban las varillas del castigo, que el sargento iba garbando cuidadoso.

Los bultos, negros á la luz tardía, relevábanse poco á poco en gris. Bajo rebozos y capuchas lividecía el óvalo de los semblantes. Persistía el mal tiempo, pues no trinaba un pájaro; y en la insólita raridad del aire, amagaba un poco de frío. Las lomas azu-

les, la humedad olorosa, los árboles cairelados por la lluvia, pregonaban benignidades.

En hombros de sus devotas salió la virgen para el sitio donde la víctima aguardaba su ejecución. Temblábanle sobre la cabeza las flores de plata de su corona, y sus manitas en las que flotaba el escapulario, dominaban el eclógico paisaje con familiar bendición.

Aplacábase ya la hoguera, y dentro del corral percibíase, semejante a un picoteo, el chasquido de los azotes que los soldados aplicaban, turnándose a cada docena. En la puerta misma del cerco pararon las procesionarias. El sargento volvió la cabeza, percibió en el aire la sonrosada faz, y a un tiempo con sus hombres trazó la venia militar. Luego ambos grupos se contemplaron, sin que una palabra dirimiese el dilema mortal de aquella mirada. Ese aparato en tal momento, lo explicaba todo.

Enfardelado en un lienzo veíase el bulto de la castigada. Por las roturas de aquel prematuro sudario, asomaba un mechón de cabellos, y en otro punto un pie con las uñas exangües, espantosamente crispado. No se distinguía más, pero algunas pintas rojas salpicaban el trapo.

La fiebre postraba á los verdugos. Sus envejecidos capotes cubríanlos de polvo al parecer. La lividez dilucular ahilaba sus ariscos bigotes. Bajo las viseras ardían sus ojos, devorando la restante vida. Trepidaban como cadáveres electrizados; y tal se esforzaban en reprimirse, que un trasudor les venía. El sargento, helgado como una calavera, presentaba la catadura más feroz, desahuciando desde luego toda esperanza.

Sus criterios rectificados á cartabón por la disciplina, no toleraban otra cosa que la adoración del rey, inmolándose en su nombre y escarmentando en el mismo á la contumaz que *Le* ultrajó. Este pensamiento manteníalos en pie, como empalándolos.

Algo quizá les remordió la conciencia ante esa mujer que con tanta solicitud se esmeraba por ellos, ó ante la actitud compasible de sus amigas. Mas ¿a qué se desacató contra Su Majestad? Si la propia madre fuera, á la propia madre la flagelaran!

Bajo el sacudón de las toses, algunos escupían sangre. La vida flotaba en torno de cada cuerpo como un arambel amarrado á un poste. Y la imagen les sonreía bienaventuranzas con el arrebol de sus mofletes floridos.

El sargento, al verla, hubo de titubear desconcertado por esa visita cuyo significado no se le escapaba; pero el Rey y la Virgen, ¿no eran, acaso, un poco parientes? Virgen patriota, si querían; mas los rebeldes, al fin de cuentas, eran todos herejes puesto que blasfemaban del rey.

Tal idea determinóse pronto en un ademán. La varilla operó de nuevo, y como las mujeres, agotadas por la emoción no se movieran, las amenazó con su báculo. Entonces, ante la fanática estupidez de esos espectros que castigaban en nombre del rey, abandonaron el recinto. Detrás fustigaba el chicote la segunda centena …

Enteleridas de horror, apiñáronse bajo el dosel de nubes. Un pincelazo de sol abríalas en ese instante como una aspillera de Paraíso, á la catarata de arcángeles que iba á aventar, sin duda, sobre el sacrilegio su prorrupción de trompetas. Y en la mancha de sol que alumbró á la imagen, sus devotas la desconocieron. Lacerada por milagrosa transfixión, la virgen había palidecido.

VADO

En la tarde colorada, el río. Tres paredes de montaña, una violeta, otra índigo, otra azul, escalonadas en el horizonte; una arboleda hacia el fondo del valle, y sobre la barranca acurrucado un hombre.

La pequeña tropa realista puso en aquel cuadro el movimiento de su marcha. Componíanla diez jinetes extraviados en la derrota y que procuraban orientarse por esos campos.

Había sido una treta del gauchaje. Al monte los condujo sin un rumor, sin un tris de hojarasca, tendido entre las espinas ó pegado á la bifurcación de los árboles. Recordaban la peripecia desde cuando se metieron por el ramaje. Primero, manchas de bosque entrecortadas por claros que incitaban á la travesía; pero aquél, halagando de ese modo, se enzarzaba imperceptiblemente, y dos horas después perdieron el rumbo.

Con las mulas de la rienda, iban abriendo á sable la canasta de selva que vigorosamente se abovedaba detrás. Los esteros mentían firmeza con su piel de lama; y sólo el bufido de las bestias, predecía, no siempre á tiempo, el tembladal. A más de un soldado lo engulló hasta las corvas la succión del fango. La humedad cintareaba las carnes, dolía en las cinturas el cansancio y en las lenguas amarilleaba la fiebre.

Arriba, un dulcísono vientecillo; abajo, una calma apenas interrumpida de tarde en tarde por arrullos de tórtola. Publicaba algún entendido las leyendas del monte. Meleros que en los altos ramajes, desde un columpio improvisado con sus cinchones, escarzaban á hachazos las colmenas; no pocos perdían pie, y prendidos de los sobacos sucumbían á veinte metros en el aire. Decían de las plantas á cuya sombra sarpullía el cuerpo; de los estrumosos sapos, de las víboras. En ciertos ríos había caimanes …

Seguían á veces, encorvados, el dedo en el gatillo, las galerías abiertas por las antas entre el malezal como túneles cilíndricos donde verdegueaba crepuscular media luz; y en tanto, otros piloteaban encima, cimbrándose sobre hamacas de enredaderas. Si caían al fondo, el zarzo de follaje los sepultaba en remolinos de ola.

Daban á veces con algún limpión donde un par de corzuelas botaba en ímpetu elástico al sentirlos, presto, sobre las matas; y el bosque, después de fingirles aquel término, recomenzaba otra vez. Jornadas de diez horas terminaban en el punto de partida; pues faltándoles horizonte, inclinábanse continuamente sobre la derecha al andar. Y siempre el rumoreo de la fronda! Siempre la hostilidad del monte! Aquellos brazos de leña multiplicaban cada vez más su constricción; y cada vez más apremiaba la travesía para dar con los ganados inhallables.

En ciertas espesuras arruaban siniestramente los jabalíes. La maravilla floral de la vegetación ofendía. Chorreras de jazmines destrenzábanse en amariposados cardúmenes. Rozaban los rostros corolas de una seda tan ténue, que la ennegrecía el aliento; y toda esa pompa de otoño en la que predominaban ternuras lilas, efluviaba tósigos bajo su elegante fragilidad.

Horrible fué la postrer jornada. El colchón de hojas que alfombraba el piso, mullíase con progresiva humedad. Los helechos esparcían su capciosa frescura. Enhetrábase la masiega en un amuchigamiento capilar cuyos tallos vertían al romperse urticantes aguas y leches corrosivas. Tangilizábase el hálito del bosque, remojando la piel con viscosidades de linaza. No lejos, un arroyo componía su gárrulo diálogo de agua y piedra.

La tropa detúvose agobiada de fatiga y de soledad. Ni un ruído en esas últimas horas; ni un loro que croara, ni un zorro que se deslizara entre las hierbas. Apenas, electrizados de ardores, los colibríes, orfebrándose al sol …

Pero junto con el ocaso, salió un tiro de los matorrales; y como si una mazorca de balas se desgranase, brotaron éstas del suelo y de los gajos, tan cercanas algunas, que al herir, la pólvora tatuaba como un beso vampiro. Sin atinar con la defensa, fugaban al azar del contraste. Trabados por la raigambre algunos caían y un proyectil los clavaba contra el suelo; otros, despedidos por un tropezón de la cabalgadura ó abofeteados por una rama, mordían el polvo. Las mulas, á través de la arboleda, despatarraban galopes. En la penumbra conmovida de estruendos, ascendían como garzas los copos de humo. Y ni una carabina goda respondió.

Los salvos, desde sus escondites, escucharon el degüello con que se despenaba á los caídos. Todavía sucumbieron tres ó cuatro bajo la garra de la montonera. El resto salía por fin del monte, sahornado ferozmente en la marcha y plagado de cadillos hasta las cejas, junto á un río sobre cuya barranca un hombre acucurrado se aparecía.

Al percibirlo, rumbearon en su dirección. Buscaban un vado precisamente, necesitando con tal objeto hombres del país; pues un turbio caudal aplayábase en aquel álveo cuya profundidad desconocían. Además los criollos, duchos con los animales, sabían las dereceras para lanzarlos mejor y guiarlos en la corriente. En eso consistía el problema, pues ellos nadarían.

El hombre no daba señal de verlos, inmóvil siempre en su cuclillas. Su cara de feto y su cráneo mínimo, hacían presumir acto contínuo al opa; pero no importaba. Cuerdo ó cretino, á sable entendería. Y para empezar, de un cintarazo en la nuca lo auparon. El imbécil se enderezó, todo flacucho entre sus pingajos, lastimosamente chamorro. Reía, y su rostro congelado por la mueca, semejaba un higo en el cual revolvía su mucosa la jeta. Sacudíalo un temblorcillo de congoja, humedeciéndose á la vez sus lagañosos párpados. Hedía como un niño sucio, á costras lácteas y pringue dermal. Primero, sólo contestó con aquella risa;

luego, ante la insinuación de algunos pinchazos, gimoteó su farfulla emulsionada en una papilla de *eles*.

Cóleras negras sublevaban á los soldados. Ese lenguaje baboso, adulteraba quizá importantes revelaciones. Gritaron amenazas, blasfemias; pero atemorizándose entonces, el cretino se restituyó á su risa.

Habláronle de nuevo, lentamente, silabeando sus preguntas ycompletándolas con ademanes. *El río … La creciente … Las mulas … Los sables … El rey …*

Una niebla veló el rostro del imbécil; la risa se le sumió en la garganta, y acaso por vez primera un pensamiento lo iluminó. Aquella cara, de grotesca se tornó horrorosa, como si el embotado pensamiento enmascarara de bronce su fealdad. Hesitó todavía un instante; su ademán divagó hacia el río, montaron los hombres, y el grupo, guiado por él, tranqueó.

Cerca de aquel sitio, en una tapera, percibíase á veces retumbos de yunque, ácidos chirríos de amolador, bufidos de fuelle, y por la noche torbellinos de chispas. Tratábase de un taller patriota que un indio viejo y el cretino maniobraban. Unas ovejas los nutrían; y aprovechando el fresco, trabajaban de noche.

El fuelle construído con una panza de buey, alentaba sobre el hogar; y el muchacho exhibía risibles transportes cuando en la obscuridad, desnudo hasta la cintura, con los lomos rusientes de calor y medio rostro hacheado por las surgencias de la llama que esparcía sobre sus carnes como un afeite de solimán, activaba con el surtidor de chispas el baile de sombras en que los objetos, reduplicando su ser, se desdoblaban. En tanto el maestro lo aplaudía. Poco á poco, el hierro iba coloreándose con matices de bermellón sombrío, de clara sangre, hasta el flavo de la miel campestre; y acababan por encariñarse con esa ascua como con una carne, transfundiéndole una especie de obscuro numen.

Otras veces, mientras el fuelle dormía, repujahan las prendas valiosas haciéndolas florecer en sólidas rosáceas; ó grataban sangrientas herrumbres; ó fundían en rústicos crisoles de barro y lana, vaciando la pella en hoyos ahuecados para moldes …

La guerra, no obstante, perjudicaba aquella industria. No se veía sino por excepción tal cual virola ó vasija de plata; y lo que es oro, ni pizca. Hierro, no más, desde en las espuelas descuajadas hasta en las argollas luídas. Y del bizarro arsenal salían, rejuveneciéndose para ojalar cuero godo otra vez, ó para piropear la muerte por esos cerros, las tercerolas, "flamantes como doncellas", decía el maestro, los chuzos despidiendo rayos de mirada.

Del contacto con tales herramientas, así como de las conversaciones que á su patrón y á los montoneros oía, despuntó en el idiota una aversión. *Godos … Maturrangos …*

Estas palabras equivalían á un espolazo en su instinto; algo como la interjección con que se azuza a un animal de presa.

Por la tarde, cuando el maestro suspendía la obra para coquear un poco, recorría él los circunstantes alcores con su honda en bandolera ó con su zampoña. Servíanle de blanco, ora las lagartijas que se solazaban por ahí, ora sus ovejas al estabularlas. Antes, al marrar un tiro, reía; ahora se apuñeaba el pecho, furioso. Sucedíale igual cuando fisgaba los peces; y como si al calor de la ira se desligara su conciencia de la ganga de su idiocia, las viarazas concluían con un ensueño.

Durante las noches tétricas, más lo encrespaban tales enojos. Orillas del río, entre los matorrales, ayeaba con los *mayuatos* que allá vivían, quejas de criatura extraviada. Pasado aquel trance, permanecía las horas en algún hueco, embobado ante las sierpecillas de azogue que con el reflejo de las estrellas cabrilleaban en la onda. Pero elegía con más frecuencia la barranca, por la tarde.

Aquella pared erguíase á pico sobre el lecho, estriada por las erosiones en forma de astillas de canela. Abajo, la asoleada super-

ficie segregaba un mundo de moléculas luminosas. Largas titilaciones rameaban de oro los remansos. Más lejos, sobre alguna piedra, la corriente jaquelaba sus cristales. Un retazo de planicie verde seguía; después el bosque en una descolorida neutralidad; y sobre el último plano la serranía, inflamándose toda en rosa al ponerse el sol.

Eso, si bien reducía sus ímpetus, no desterraba sus inquinas. El espíritu de la comarca en guerra iba penetrándolo. Y aunque en idiomas sólo sabía el de los arreos, formado por silbidos: breves para los yeguarizos, melancólicamente prolongados para los vacunos, sus ojillos se taimaban cuando oía relatos de combate. Los montoneros, con afección compasiva, lo apodaron *el Tontito de la Patria*.

Urgía á los maturrangos la incorporación con su columna que barruntaban próxima. El muchacho trotaba por la ribera, cantando con voz bajita, aunque muy dulce, una tonada del país. El silencio de la tarde se imponía. Apenas sonaba el chacoloteo de una herradura en los guijarros, el choque de una vaina, el rumor del río que repuntaba, equivalente por lo monótono á silencio. A ratos un pez, con repentina cabriola, emergía en un lampo breve. El olor anisado de los juncos, pimentábase con la creciente frescura. El limo vaporizaba su humedad en vahos de freza. Desde la distancia, un trino de pájaro se extravió en el ambiente.

En eso, oyóse por allá cerca un balido. El idiota se detuvo, variando en la dirección de donde salía; hurgó las yerbas un instante, y poco después se irguió con un corderito en los brazos. A poco trecho seguíalo la madre. La cara del muchacho se atortojó de risa, mientras prohijaba al recental; pues no obstante las rabietas cuotidianas, distribuía entre sus ovejas un amor rebañego que se parecía mucho al cariño familiar. Una era su mujer, sus hermanas las otras; y si bien durante el multiplicio bregaba á morir con caranchos y zorros, bien le retribuían su quehacer los reto-

zos de los pequeños, como garapiñados por su lana reciente; su expresión al lamerle las manos, la docilidad con que se entregaban á su protección. Hasta en el seno resguardaba á los más enclenques; y en el rebaño se avezó á la lucha, sojuzgando en pendencia singular á los carneros que le amorecían su borrega.

Los soldados no perdieron esa ocasión de avituallarse, degollando en un tris oveja y cría. Al capturar ésta, el pastor, plegándose cual si le pateasen el estómago, berreó su tortura con verdaderos baladros; pero contundentes amonestaciones se lo prohibieron, y su trote recomenzó.

Algunas huellas indicaban el esguazo. Quizá el río no se explayara mucho allá, existiendo pasos mejores; mas los hombres se impacientaban. Una humareda á lo lejos, antojábaseles el vivac. Después, ya no quedaba en el horizonte sino media vara de sol.

El imbécil despojóse de sus lienzos; y su mirada, arrumbándose al albergue donde el maestro lo esperaría á esa hora, enturbió el panorama con la neblina de una tristeza. Giró luego sobre los soldados, las reses, las mulas …

Desensilladas éstas, iban tarascando las matas ávidamente. Los ginetes alistaban una almadía para sus efectos.

La mitad pasó, trabajando mucho, pues la remolcaban con los dientes. Llegaba el turno de la inmersión para los otros y las mulas.

A gritos y ademanes las enguizgaban. Vibrantes las narices, olfateando la profundidad, remoloneaban. *Flic! flac!* — llovían lonjazos sobre sus ancas escabrosas de flacura. Chapoteando encogidas, atollábanse en el sablón. Dos volvieron grupas de pronto, arremetieron campo afuera. Nuevos gritos, nuevos azotes. Por fin, una tras otra, sumergiéronse poco á poco, remolinearon un

momento, y ya no se vió más que una lenta desfilada de orejas obscuras como acentos sobre el renglón del río.

Con los hombres restantes, el opa chapuzó á su vez corriente abajo; y su primera ojeada al reaparecer, abarcó el paisaje como nunca magnificado por el adiós del día.

La tarde prolongaba en el occidente sus horizontales purpúreas. Una lista de sol biselaba la onda, y las chispas joyaban con dorado escalofrío de lentejuelas sobre el lustre especular. Por el sur y el naciente la sierra azulábase de lejanía; y hacia el norte una nube dilataba sus relieves en torrefacción de ocres, que iba insuflando el sol con pulverulencias de oro musivo.

Ya braceaba junto á los animales el Tontito de la Patria: adelante en la hilera de nadadores. A cada vaivén sus espaldas bronceábanse de sol. Con chasquidos de labio y silbos enderezaba a los animales; y mientras los soldados cogíanse a sus colas, él emparejaba con el más avanzado. Anhelosos resuellos araban la onda; la operación complicábase mucho allá, pero ya mediaban el trayecto.

De repente, aconteció un percance. El opa había erguido su busto sobre la superficie, sumergiendo bajo el agua, de un cachete, la cabeza de la mula que dirigía. Produjose un manoteo, un borbollón de espuma, y el animal derivó dominado por la corriente. Otro cedió también bajo su puño, y otros dos y un quinto, cuando los godos remaron en su defensa.

El muchacho se abalanzó sobre el más próximo, y exhalando un bramido gutural lo acogotó. Escarcearon las ondas rebullidas en un ombligo de espuma. Aquel nudo de miembros desapareció un instante, broto más lejos, desgarrando ahogos, sumergióse otra vez, siempre rodado sobre el riel de agua. Una pierna rígida se erigió luego. El postrer tumbo mostró un fugitivo relieve de hombro, un anca heñida por desesperado apretón. Y las dos vidas hundiéronse por fin en un vórtice, mientras los restantes

vencían afanosos la vaguada y dos mulas hacían pie en la ribera, á punto que el sol se apagaba en la inmensidad como un cañonazo sin estampido.

VIVAC

El cabo de la partida, famoso charlatán, conversaba por todos.

Al amor de la lumbre circulaba el mate, y la ceniza iba afelpándose sobre los tizones cuyo brillo decrecía en un desgranamiento de brasas. Los siete hombres, incluso el alférez, bostezando al disimulo, desacerbaban el apetito con agua caliente en aquella noche de hambre. Para peor tenían un herido. En el combate del día anterior arriesgóse demasiado el hombre, y lo convirtieron en un jigote de sable; pero desde sus jergas, inmediato al fogón, también se mezclaba á los comentarios.

Como faltaran temas de conversación al cabo de un rato, divirtiéronse en echarse adivinanzas:

Una vieja con un diente

Que llama a toda la gente …

—La campana!

Ovillejo, ovillejo.

Cara de indio viejo …

— El quirquincho!

Después se pidió al cabo que contara cuentos y éste accedió de buen grado. Mientras al ritmo de su narración desviraba una lonja, otro tostaba folículos de *tasi* para un apósito de yesca. Los demás, fumando sus cigarros que la cascarilla aromatizaba, oían meditabundos. El mate era mulso, y por esto, nada más, se sostenía su yerba relavada; pero tan oportuna circunstancia, debíanla á la casualidad. Aquella tarde, cuando abrevaban sus cabalgaduras en el charco vecino, una abeja se levantó del lodo y el cabo la siguió al vuelo. Por allá melificaban muchas, así es que dió luego, en los gajos de una tipa, con la lachiguana. Ese azúcar del bosque paliaba la insipidez de sus mates. Los cuentos se sucedían.

— La que les pasó a los maturrangos una vez!

Después de un temporal que los había ensopado durante dos días, el tercero despejó. Aprovecharon la ocasión para orearse y descansar, tendiendo sus trajes sobre las piedras y colgando su gorros en unos árboles á cuya sombra se durmieron.

En los ramajes jinglaba un pueblo de monos, alguno de los cuales, más belitre, se robó un morrión; imitaron los otros, y cuando la tropa despertó, la pandilla bellaqueaba allá arriba con los gorros triunfalmente encasquetados.

Momento de ansiedad. Un tiro habría ahuyentado aquellos animales, perdiéndose todo. Por el momento no jugaban, embebidos en el encanto de la trapacería; pero bien se conjeturaba un cambio de semejante actitud en la misma exaltación de su algazara. Por fin un soldado que conocía sus costumbres, ideó el recurso. Había conservado su gorro, y gesticulando vivamente para interesar á los rateros, se lo caló. Cesaron los bullicios; cien caritas que las viseras sombreaban, guiñaron con voluble ironía. El soldado trazó con su gorro un saludo grandioso. Imitaron los traviesos; mas como algunos ronceaban todavía, repitió. Levantó el brazo un instante, y de golpe, con iracundo ademán, arrojó la prenda. Al punto un chaparrón de gorros cayó de los árboles entre las carcajadas y palmoteos que celebraban el chasco.

Con exclamaciones que la sorna exageraba, comentaron aquel desenlace; y entre las risas y los retruques, un adagio filosofó, acogiendo la anécdota en su indemnidad burlona:

— Psh …! Más vale crer qu'ir a ver.

Durante un rato permanecieron silenciosos, mirando el resplandor de la seroja con que acababan de avivar el fuego, y pintando marcas en la ceniza: un mástil terminado por el extremo superior en doble gancho, por el otro en doble martillo, y atravesado en el medio por una ese horizontal; un cono truncado por una rodelita de la cual arrancaba hacia la derecha un marti-

llo; un óvalo irregular, con una tangente en la punta y paralelo á ésta un diámetro; un tridente cuyo acodillado mango remataba en media luna volcada …

Y como el cabo no se amostazaba por burlas, los cuentos continuaron.

Un día el tigre, acompañado por su sobrino el zorro, salteaba en los montes. A eso de las doce, fatigado ya, se durmió á orillas de una represa, encargando a aquél la vigilancia de los alrededores.

Llegó á beber una manada de ovejas; pero el tigre despreció semejante gentuza.

Vino un buey. Muy viejo; no agradaba.

Acudió un pollino. Mala carne; gusto á sandía! …

Por último, el centinela voceó:

— Tío, allá … á … á … viene un polvito …

— Qué polvito será, Juan?

— Un cojudo gordo como pá rajarlo con la uña!

El tigre, atisbando desde las matas, saltó sobre el potro y de un zarpazo lo descalabró.

Comenzaron la carneada. Primero el tío se almorzó la sangre. Luego descuartizaron la res. Juan ayudaba en silencio, esperando las achuras; mas, según dijo el tigre, la consorte de piel manchada apetecíalas mucho; por lo que, una vez acabada la faena, remuneró á su sobrino con la vejiga; y poniéndolo de atalaya otra vez, continuó su siesta.

Los ojos hilarantes del cabo se animaban. Su tino de hombre experimentado acumínábase en malicia. Brincábale sobre el pecho la barba canosa; y remolón por habilidad de cuentista, encarnizábase con una pizca de coca que había quedado en el fondo de su esearcela.

Ah, viejo! …

Tuáutem de cualesquiera jolgorios, acreditábanlo al par sus mañas y la politrofia de su vientre insaturable.

— Bueno, pues:

Juan contemplaba la hachura inservible, muerto de hambre. Por distraerse la infló, mientras combinaba proyectos de hartazgo, hasta que al fin sacó partido de su propia escacez.

Atrapó y encerró en la vejiga diez moscardones de los que la carne había atraído, atando el perendengue á la cola de su tío cuyo sueño interrumpió al grito:

— Tropel! tropel de gente! ...

El tigre pegó su oreja al suelo. Engañólo el zumbido del espantajo, y abandonando su presa se hizo humo, perseguido por la vejiga de moscardones.

Desde esa vez, cada que el zorro halla una carroña, esconde, antes de aprovecharla, una tajada en la inmediación; y no bien percibe al pariente, huye pero con la provisión asegurada.

El alférez picaba tabaco en el revés de su carona. Mordía la daga el mazo, y de tiempo en tiempo su dueño iba chaireándola sobre las piedras que en trébedes sostenían la pava. Sólo aquellas lameduras de acero turbaban el silencio. Completada la ración de vicio, el hombre la embolsó en su tabaquera ajustando la jareta gravemente. En las acartonadas tejas de la lachiguana esparcida sobre un tronco, brillaban cual ringleras de topacios los alveolillos llenos de miel.

Pidióse otro cuento al cabo, inagotable en eso. Queríanlo y respetábanlo á la vez por su capacidad, así trapaceara un pleito como cateara una mina. Ninguno era más industrioso en expedientes culinarios, desde asar envuelto en lodo el pescado para reemplazar el horno, hasta aprontar al vuelo una aloja, improvisando con un guardamonte el noque. No se desprendía de una limeta con enjundia de avestruz para las desortijaduras, y de una

lanceta que consistía en buído diente de vizcacha, para sajar ventosas. Celebrábase sus narraciones y se le oía noches enteras. Ahora redoblaba la atención, pues prometía un cuento de aparecidos.

— Un vecino de cierto lugar se murió y lo enterraron, practicándose á los ocho días el lavatorio de la viuda y los enseres del fallecido en un arroyo cercano. Y como de costumbre, lavaron también y ahorcaron á su perro.

Propalaban algunos que murió mal con la mujer — ánima bendita! — y que no había querido firmarle testamento. Sea como fuere, al año justo, una vez que oyeron misa por su descanso en el pueblo, volvieron escoltando á la viuda hasta su hogar. Esta se encerró en la alcoba, mientras su servidumbre agasajaba á los acompañantes sentados en torno de la casa, con chicha y coca, hasta que llegase la media noche y la patrona apareciese vestida de rojo, señalando á la vez el fin de su luto y el comienzo del baile con que se festejaba.

La noche era clara, aunque sin luna. En grupos cuchicheaban, unos de carreras, otros de noviazgos, otros del muerto. Las ropas de éste, planchadas como para la eternidad el día del lavatorio, usábalas ya un advenedizo; y la viuda á quien habían dado por machorra las comadres, andaba con la barriga á la boca ...

Así la comida de difuntos que esperaban tan rumbosa el próximo día de ánimas, quizá paraba en ambigú de casorio ...

En esto de las murmuraciones, los perros se echaron á ulular. Espantáronlos; mas, á poca distancia, empezaron de nuevo; y lo mismo por tercera y cuarta vez. En balde colocaron los sombreros de los concurrentes boca abajo: el conjuro no se logró. Algunos notaron entonces, que un can desconocido coreaba el lúgubre concierto; y otros que se acercaron, hubieron de reconocerlo al punto. Era el perro del finado!

Un chasquido espeluznó en ese momento á los hombres; pero el alférez, con una mirada á su bota, explicó aquello. Salía por el borde una espiga de chala, y al extraer de ella una hoja que peinaba con su puñal, había chillado …

Miráronse, sonrieron de seguridad, y el que cebaba el mate dulcificó su agua con otro poco de miel.

— …El extraño animal tomó de improviso el trote, llegó al límite del guarda-patio, y como nadie lo siguiera, repitió su trajín. Huchearon contra él á los otros perros, mas sin éxito. Entonces los mozos más guapos decidiéronse á seguirlo.

Cerca de allí quedaban unas taperas, vestigios de poblaciones que ya aun sus nombres no subsistían; y para allá se encaminaron, pero lo que pasó se ignoraba; pues cuando al rayar el día acudieron por los tales, uno sobre las piedras, otro entre las espinas, amortecidos por el insulto los hallaron. Y les quedó desde entonces un ronquido como de bestia.

¿Fué la *Pacha Mama,* fué el espíritu del difunto ó el diablo mismo aquello que los amedrentó? …

Apenas pudo averiguarse que uno de ellos, atropellando al perro-fantasma, sólo asió una especie de tul evanescente, pronto evaporado entre sus dedos. La viuda malparió esa noche; y desde la misma, el animal asustó por aquellos andurriales. Temerle era lo peor, pues se empecinaba; de no, al primer latigazo que sonaba sobre su bulto fonge, se desvanecía.

La paz del bosque profundizábase en torno del fogón. El cristal de la noche vibraba con la reverberación de las estrellas, dispersando su claridad en un gris de hierro. Vahos de canícula atufaban la temperie. En las ráfagas de aroma forestal que la resina tonificaba, disolvíanse astringencias de aserrín. Destacábanse en negro las lomas como espaldas sobre la transparencia obscura. La Vía Láctea volcando en el horizonte su curva fluvial, atordillaba

de estrellas el cielo del sur. Al naciente, la luna aparecía en el borde de una nube semejante á la película del estaño en fusión. Un buho gimió á la distancia, entre quien sabe que espesuras, y ese quejido del pájaro agravó la soledad. Impregnados de infinito, los hombres experimentaron la inquietud del silencio. Allá lejísimos, una estrella errante trazó en la inmensidad su surco de lágrima …

El herido habló á su vez. Era un negro morrudo cuyos amores, así como su risa en frecuencia eterna, proverbiaban con jocoso renombre. El sabía también, no un cuento, sino un sucedido en el que intervenía un perro.

Le aconteció en un viaje que había realizado como correo de la montonera. Un galopón tan bárbaro, que lo echó veinte días a la cama por la hinchazón de los pies.

Dirigíase á campo traviesa, rumbeando por las estrellas. Llevaba pliegos reservados cosidos en el ala de su sombrero. En las cañadas, á guisa de señales, anudaba mazos de paja que buscaría á tientas si el regreso se efectuaba de noche; y enterraba en las travesías, para asegurarse también la vuelta, odres de agua.

Cierta vez que un paso preciso de la sierra lo trajo al camino real, encontró en esa quebrada una apacheta. Aquel montón de piedras casi desaparecía bajo las mascadas de coca que depositaron encima los viajeros; pero como él no llevaba ninguna, agregó otra piedra para propiciar su viaje, y pasó, no sin advertir que un perrito flacucho, abandonando el pie del montículo, lo seguía.

Declinaba una tarde de julio, y los pájaros piaban con tristeza infinita. A través de los troncos, el poniente se diluía en sanguazas. El hombre carecía ya de provisiones, pues un poco de maíz tostado y de coca, restos del avío, formaron su último almuerzo esa mañana. Comería, si acaso, cogollos de palmera; mas esto, á lo sumo, le entretendría el hambre …

Al anochecer desensilló en una cañada y fuése pesquisando al azar, moviendo los matorrales por si levantaba presa. Regresó con las manos vacías.

Displicente hacía su cama, tironeando los cojinillos y mascullando ternos á falta de cena mejor, cuando notó un movimiento bajo la cincha. Era el perrito que se le había apegado, y que famélico sin duda, mientras recorría él los pastizales, mascó un pedazo de correa.

Su enfado se desahogó en una furiosa puerilidad contra aquel hurto. Atropelló al animalito, y envasándole el cuchillo en la garganta, lo botó de un puntapie. El bultito peloteó, gimiendo, entre las malezas, parecido á un cepellón con sus cadejos llenos de cazcarria; pero, sin tiempo para reflexionar sobre aquel acto, tal era su fatiga, el hombre se durmió arrebujado en el poncho.

Pasaron las horas. Blanqueaba en los bordes del cobertor un musgo de escarcha. El vientecillo galicinio empezaba á levantarse en agudo tiritamiento. Con elegancia melancólica palpitaba en el horizonte el ampo del lucero, avivando de tal modo su esplendor, que los objetos proyectaban sombras. El alba venía. Las constelaciones blanqueaban en la inmensidad como canteros de flores. Sobre la turgencia de las colinas apuntó el nimbo dilucular. Una vaga lividez estañaba las hojas.

De repente, el hombre sintió que le mesaban los cabellos. Irguióse sobresaltado, descolgándose el sueño de los ojos, facón en mano. Sobre la campiña, las manchas de flores claras parecían lagunas y el pajonal silbaba indecisamente. Algo debía ocurrir en esa quietud, pues el caballo, arpada la crín, bufaba furioso, sentándose en la punta de su cabestro.

Un matorral inmediato se movió; fosforecieron dos ojos en la espesura y un berrenchín de rabia atosigó al hombre: el hedor del tigre!

En un decir Jesús combinó la defensa. Sabía el método de su padre, famoso cazador á quien pagaban en las fincas doce reales por cabeza: un cojinillo en la mano izquierda, el facón bajo, la mirada fija. El animal, gruñendo, avanzaba achatado contra el cazador, que á su vez lo cubría de injurias: Canalla! … por qué no ofendía de frente!

Así transcurrió un minuto inacabable. El hombre, seca la garganta, achicado el estómago, en bocanadas de calor desahogaba la vinagrera del miedo: mas su mirada, siempre fija, seguía conteniendo la agresión, como si de su fondo de cueva brotara un brazo tendiéndose hacia el felino.

Éste se enderezó por fin, rugiendo. El caminante le echó el cojinillo á los ojos; y en tanto que atarazaba ese cuero, lo acribilló á puñaladas.

Pero entonces, pasado el riesgo, percibió junto á su cama al perrito medio degollado y se explicó todo. Habíase arrastrado hasta él cuando olfateó á la fiera; y privado de ladrar por su herida, le zamarreó los cabellos. Eso lo despertó; recordaba claramente. Y ahora, viendo su triunfo, meneaba la cola, lamía su brazo que el tigre magulló, le hablaba con los ojos, á el, su verdugo, desangrándose todavía, agonizando casi …

No era suyo, no le debía otro servicio que un tajo por una mísera pitanza — claro, de hambre qué más iba á hacer! — y sin embargo le salvaba la vida …

Un bostezo anguló la boca del cabo con exageración tan inoportuna, que á nadie engañó la procedencia del subsiguiente lagrimeo.

El otro seguía. Se puso á curar el perrito, costeándole médica cuando llegó á su lugar; y ya bueno, resultó una maravilla.

Cabrero de su majada, tanto se amaestró á regirla, que cuando se entreveraba con otra, apartaba su rodeo, llegada la hora, á dentelladas y ladridos. De noche tapaba el fuego con el hocico, sin

quemarse. Se llamaba *Cual,* chasqueando así con su nombre á los que por él preguntaban.

Un orgullo casi paternal embargaba al amo agradecido; y su risa, una risa carnuda de negro, que garbeaba alardes bonachones, devolvía á la plática su amenidad.

Llevaba consigo al animalito desde el comienzo de la campaña. Durante las peleas, metíase á esperarlo en algún hueco; y de ordinario, trepábase á la grupa, sentadito como una muchacha …

Cierto. Acordábanse de aquel cuzco barcino en el cual nadie había reparado hasta entonces, y que retozaba abocardando quiméricas guaridas, ó tuneaba con las perras del camino, muy confiado en su carlanca de tachuelas. Pero el herido hablaba otra vez.

Ahora sabrían por qué abordó con tamaño desatiento la pasada refriega. Era que cuando escaseaban los bastimentos y había combate, le mataba á su compañero un godo para desayuno.

Enderezóse sobre un codo, renovada quizá con el movimiento alguna hemorragia, porque su rostro patibulario amarilleó á pesar de la negrura; abrió el poncho que lo tapaba, y apareció el animal afiliado á él como un parvulillo. Miraba un tanto encandilado, repapilándose con dejadez de hartura una bocera de sangraza.

Su amo, escarbando bajo la cabecera, extrajo de allí un bulto liado en anchas hojas que despegó. Era un brazo medio roído, cuya mano se mantenía aun indevorada. Y al gesto nauseabundo que respingó las narices, del jefe, la bronca risotada del negro estalló justificándose:

— Qué canejo mi alférez! … A falta 'e pan güenas son tortas!

ARTILLERIA

Sitiado aquel villorio que con sus fosos y trincheras motivaba una detención de la columna, los oficiales realistas instaláronse en una estancia de la vecindad, donde se resignaban con los malos tiempos dos mujeres.

Dos mujeres solas a quienes repudiaban aristocráticos desdenes, pues no obstante su fortuna considerable eran mulatas.

Una, la mayor, desahuciada de ilusiones por su soltería, blasonaba de santurrona. La otra, fogosa morena, relegábase no sin esfuerzo a aquella vida de clausura, hollando con frecuencia el polvo hostil de la aldea donde su pulido zapato pisoteaba a la vez miserias fidalgas y nobles corazones.

Nadie como ella gustaba el mejor chocolate de Santa Cruz, ni compraba a los traficantes con mayor liberalidad tapetes y otros tejidos. Su sala era la única alfombrada, reforzando más aquel lujo una cornucopia que reverberaba como un altar. Con voluptuosidad pomposa recostábase en su coche ajando espumillas y rielando aguas de gro, para mecerse en pacíficas vectaciones al vaivén de las sopandas, con una ardiente rosa en la trenza y en los labios una sonrisa incitada al negro fuego del linaje africano, Bailaba admirablemente y en el minué, su danza favorita, saeaba el pie con más donaire que ninguna.

En la amorosa palpitación de sus narigales, en su desenvoltura un tanto mórbida, en su encanto excesivo y anterior, insolentábase la belleza de la mujer que ha pecado, malquistándola con la sociedad que la proscribió tanto por sus conquistas como por su lujo; pero su patriotismo la reconciliaba con los más en el cariño sino en la estima. Los insurgentes recurrían a su mesa y a sus cofres con desenfado fraternal, seguros de remediarse. Sus esclavos, instruidos por oficiales patriotas, compartían la suerte de la montonera; y ella en persona se dió una vez de moquetes con

cierta vecina que comadreaba su realismo, vistiendo hábito de la Purísima y peinándose a la izquierda.

A extramuros del lugarcillo en que cincuenta insurrectos bajo las órdenes de un mayor convaleciente repelían los ataques de dos batallones, ella confortaba secretamente la resistencia con sus socorros y su entusiasmo. Aposentaba, es verdad, a los realistas, y aun les coqueteaba un poco para tranquilizarlos más, espiando, no obstante todos sus movimientos.

La magnificencia del hospedaje habíale captado sus simpatías. Aquellas sobrecamas de seda franjeadas con agallones de plata; aquella mesa ante cuya suntuosidad argentina turnábanse dos esclavas, no más que para manejar un abano mosqueador; aquellas tertulias un tanto libres en las que, cortejando a la joven, pulsaban sentimentales vihuelas; aquellos obsequios, aquella confianza como señoril, corroboraban un tácito acuerdo.

Por qué no? después de todo. Desclasificada, aunque opulenta, apenas les pagaría así sus distinciones. Y con hidalguía ingenua despojáronse de toda precaución.

Cierto que a veces, altivándose en un descuido, pinchaba su mordacidad tal cual agudeza, o refrescábase con un abanico entre cuyo varillaje de oro había escrito una estrofa de la marcha de la patria, mariposeándoles al rostro aquel haz de versos prohibidos. Mas estos incidentes, raros por otra parte, no destruían la concordia.

Entre tanto la aldea, a despecho de todas las conjeturas, no pactaba. Preservándose tras zanjones y trincheras, su guarnición rehacíase con mayor tenacidad a cada asalto, artillada a la ligera con un cañón de a lomo y una carronada antigua.

Aquel armamento de la insurrección colaboraba en su obra con las más singulares piezas. Desde el tronco horadado y reforzado con abrazaderas de torzal a guisa de zunchos, hasta el cilindro de estaño que sólo tiraba de cuarto en cuarto de hora para no

fundirse, la montonera utilizaba toda suerte de sacres bastardos, sin excluir ni los falconetes de la Conquista.

Los dos cañones que disputaban al godo el acceso de la población, hallábanse en un mal momento, sin embargo. Sobrábales pólvora, pero carecían de plomo; y los maturrangos, según todos l os indicios, tentarían pronto la suerte con un nuevo ataque. Era sin duda el peor fracaso, pues no se conseguía una onza de aquel metal en toda la comarca. Cuando la protectora no había podido contratarlo en ninguna parte!…

Nada era que los chapetones expugnasen el lugar y que los defensores purgaran con la muerte su patriotismo; mas el asedio relacionábase con la montonera, que necesitando esa diversión del enemigo para obstar mejor su avance, remitióles el encargo de extremar su resistencia. Para mayor desgracia, engañándolos el día anterior una contramarcha del enemigo, cargaron con piedras el cañoncito y éste reventó.

La carronada restante, que carecía de cureña, asentábase sobre una barricada de troncos, amarrada por los muñones a un tala y servida por el jefe de la plaza en persona. De aquel mismo árbol, los artilleros, carecidos de tabaco, cosechaban la hojarasca, prendiéndola en ahilados cigarrillos.

Demostraban todos una clara despreocupación, charlando algunos a la sombra del ramaje que apacentaba como en perfecta soledad tórtolas y jilgueros; historiaban otros las peripecias de la pasada invasión, cuando desde esa atalaya familiar desafiaban la muerte escudriñando los movimientos del enemigo; o los primeros días de la patria y sus angustias, cuando el realista pisaba el ejido disputado; así como el delirante regocijo, cuando á los ojos del vigía roseaban bajo la polvareda, como un monte de durazneros, las casacas y morriones carmesíes del Escuadrón de Salteños …

Poco más allá, una pareja desguazaba dos maderos para entrampar con un torniquete la entrada de la fortificación.

Dos muchachos ejercitábanse en la flecha, una china cebaba mate algo más lejos. Sólo comprimía vagamente aquella quietud, la transitiva silueta de dos centinelas que al otro lado del foso intervalaban su paseo con pausas metódicas, para explorar por los resquicios de espinosa fajina en los cuales bisbisaba soñolencias una brisa de estío.

Fijándose bien, entonces, presenciábase en los grupos cosas singulares. Aquí un chico sin camisa, sobre cuyo moreno lomo dorábase cálidamente en pátina el sudor, cicatrizaba al sol un fresco balazo; allá el jefe de la plaza, ensalmador y artillero a la vez, bizmaba la pierna de una moza someramente disfrazada de hombre. Una sombría inedia estragaba los rostros; la angustia los entristecía, contrastando con tan desenfadada intrepidez.

En verdad no era para engordar aquel régimen. La lealtad del pueblito, equiparándolo a los mejores ante la patria, lo indisponía por de contado con el rey; y bien que siempre fiaran en su valor, nadie le compensaba sus sacrificios. La montonera invernaba en sus campos, el realista hurtaba en sus ganados; y al retirarse, éste le endosaba sus heridos, aquélla lo heredaba con sus inválidos.

Sobre ser muy sangriento, ese último sitio había ocasionado una miseria horrorosa. Almorzaban de cada tres días dos, y para cenar no alcanzaba. Ya no se veía criatura con pañales blancos; negros eran todos, pues vendaron con aquéllos a los heridos, y las madres supliéronlos con sus mantos. La muerte, como á sabiendas, escogía lo mejor de entre los jóvenes; y disminuída así la tropa, las guardias durísimas tocaban por igual a hombres y mujeres. Estas elaboraban con mañosa economía puches de afrecho como postrer recurso. Cien charquis podridos que digerían por decirlo así a bala en el constante riesgo, saciaban el hambre

menos que medianamente .Musitando canciones se sazonaba el mate insípido, "mate de enfermo", decían, pues a falta de yerba sancochaban en él tomillos campestres. Dos o tres chicos mamaban en perras. Vivaqueábase asando maslos á falta de mazorcas; y por moneda obsidional circulaban granos de ají.

No se desesperaba del triunfo, sin embargo; y la falta de plomo, antes constreñía a inventar nuevos recursos. Una especie de alegría feroz germinaba del padecimiento mismo. Aquella mañana el campamento pudo endulzar el almuerzo con mistoles recogidos campo afuera por dos voluntarios, de unos árboles que en plena zona de fuego frutaban sus guindas carnosas. Y á pesar de esa abnegación en la cual arraigaba con mayor pujanza la fraternidad del peligro; de esa miseria que nivelaba todos los orgullos; de ese trance que sembraba en los espíritus su desolación mortal, la ojeriza linajuda seguía rehusando toda consideración á la huésped de los realistas.

Con reticencias en las que escocía la suspición, aquilataban sus actos y criticaban su conducta.

¡Maiz y charqui averiado para los patriotas, mientras banqueteaba hasta hartarse con los godos! Una noticia, un socorro de cuando en cuando, paliaban ante los necios la abominación de sus conducta; pero á ellos no, no los embromaba con semejantes melindres. Mulata y desleal, todo era uno!

Bonito, no! De tertulia con los maturrangos noche á noche, correspondiendo a sus galanes sabía Dios qué requiebros en horas de amorosa disipación…

Si era tan patriota, ¿por qué no le cuadraban las penurias, allá, á su lado, dependiendo como todos del heroico azar, privándose como todos de sangre y sustento por la patria?

Los que sabían, forzados á callar, soportaban cada vez menos la injusticia. Aquellas fiestas, reblandeciendo á la oficialidad con banquetes y malas noches, lo retardaban todo; y en ese retardo

consistía el éxito. Pero ya se abusaba demasiado del silencio; y la falta de plomo, complicada por el accidente del otro cañón, fomentaba con el fracaso la malquerencia.

Entonces escribieron a la patriota, expresándole rudamente la ocurrencia y las calumnias. La agraciaban hasta con el mote de pindonga, la mulateaban, denigrándola como á perra aquellos hambrientos exasperados. Conceptuaban que era el momento de obrar.

La tarde estival languideciendo en la angustia eléctrica de su bochorno, cuajaba al sur los cúmulos de una tormenta. Sobre la seda verdácea del poniente, flameada de oro rosa, desgreñábase empapado en luz un bucle de bruma. Humeaba tranquilo el vivac realista. La defensa patriota subordinábase a su triste guardia en un murmullo de charlas decrecientes.

Por detrás de un tapial que integraba la trinchera, rechinó en eso el casquijo bajo las pisadas de un caballo. Tan despacio transitaba, que no hubo de preocuparlos sino, cuando ya encima, relinchó. Y la china que acondicionaba su mate, soltó en un hipo de asombro estas palabras:

— ¡ …La Aguedita!

Ella, en efecto, que estaba allí, linda como nunca sobre su palafrén negro, repantigándose en la jamuga forrada de terciopelo carmesí, encantándolos con su lujo de amazona.

Un disuasivo ademán prohibió toda bulla. Dos palabras los informaron del asunto.

Quejáronse de ella porque tardaba en venir? La tildaron de mulatilla y de traidora? Qué podría compararse, sin embargo, con su patriotismo y su lealtad? Los pelucones esos?… Esos de los pergaminos?…

Ahí holgaban sus godos, borrachos perdidos. Los embaucó a su guisa, escanciándoles a rodo el licor en fraudulentos brindis;

aprobando a riesgo de náusea los avances con que la codiciaban. Asquerosos! Malditos! El aguante que se requería para no escupirles al rostro con la saliva del desprecio la acritud del odio!

El raso naranja de su traje envolvíala en una especie de lóbrega llama. Relucía en su cintura un alfanje enastado en marfil. Jadeaba un poco aún en la plenitud de su voluntad orgullosa; y el alcohol libado en la francachela, tanto como el reflejo de la tarde, ruborizábanla con cálido bermejor. Y sus ojazos ligeramente oblicuos, su voluptuosa nariz, su boca cruelmente carnal, exaltándose en aquel ardor que circundaba el tenebroso vellón de su cabellera con una abundancia casi animal de hembra y de heroína, inspiraban una pasión, mezcla de brama y de coraje, que cautivaba por igual a hombres y mujeres.

Detrás de ella cabalgaba en recia mula un negrito, llevando en bandolera un atabal. Y ella peroró ahora por su crédito y por la patria.

A vindicarse venía, acantonándose con ellos, no bien supo su extremidad. Que rabiasen los maturrangos ahora! Que se encopetasen los condes rotosos del lugar! A morir todos si era menester por el honor de las armas patriotas! Una corazonada de triunfo la fortalecía, y para que no los jaquearan por falta de plomo, ahí les conducía con qué amunicionarse.

Dos defensores aligeraron a la acémila de su carga, y entonces pudieron comprobar algo magnífico. Hacinábase en aquellos cofres toda la argentería de la patriota: jarros, palanganas, mates, vastas fuentes — hasta bacines — en un montón refucilado de brillos.

Extasiados ante aquel don que tan inesperadamente los acaudalaba, coartó sus potencias una especie de miedo. Hambres, miserias, dolores, recrudecieron en un ansia de codicia; pero el mayor, que siendo de los nobles del lugar, zahería desbrazándose

con un bostezo las iras de la mulata, vociferó á la vista del tesoro:

— Munición, munición, por Cristo padre!

Aquel grito fanatizó las voluntades en un delirio de patria. El tambor del negrillo acabildó al vecindario. Los artilleros diligenciaron con una olla jabonera un crisol en qué preparar cuanto antes los proyectiles. Las mujeres elogiaban entre tanto el cañón a la hermosa jefa. Verdoso como un batracio, pavorosa la boca, con una triza de hueso por mira para apuntar de noche; uno ya con el viejo tala machucado de chasponazos, dispuesto para el ataque que esperaban al aclarar.

El murmullo de las conversaciones agrandábase en gozosa gratitud. ¡Eso era patriotismo, y querer á sus paisanos, y saber granjearse su cariño hasta la muerte!

— Despreciando esa oficialidad — toda noble ¿qué me cuenta? — y marido seguro cuando la oprobiaban tanto por su familia, no infatuarse, y preferirlos á ellos, y dilapidar en su compañía con semejante desinterés toda su plata! Y los godos lo que se recobrasen!... Le quemaban, dejuro, toda la propiedad.

Cuatro mozos, al oirlo, resolvieron trasladarse por la misma senda para asesinar a los huéspedes ebrios. Varias mujeres le besaron las manos. Y mientras ella, apoyando un pie en el tronco, echaba a su media rosa un negligente barulé, el jefe cortó de una orquídea que se enredaba en el árbol como un calamar, dos flores allí prosperadas al azar de los balazos, ofrecióselas con enternecida rudeza, titilando en sus ojos una lágrima que manó tal vez al humo incipiente de la fogata.

El arrebol del crepúsculo palidecía en una extática irrealidad. Allá lejos, por la espesura, zureaba una tórtola ... En las petacas abiertas, el tesoro ya inútit para la probidad de aquellos hambrientos, esperaba la transformación que iba a despilfarrarlo horas después en granizo de muerte sobre las filas godas. Los chi-

cos, por curiosidad, registraban con jovial despego las prendas amontonadas. Todos los vecinos acudían a la novedad, pechándose junto a la olla donde la primera fundición se licuaba poco a poco.

Y abarcando con alborozo triunfal aquel hormigueante grupo cuyos guiñapos mezclábanse cada vez más de noche naciente; vinculada por el mismo arrebato a esa generosidad que sublimizaban augurios de muerte próxima; asentando sus pies imperativos sobre el raigón-cureña, la beldad tutelar aventajaba con todo el busto las cabezas, moldeado su seno en turgencia de proa generosa bajo el raso naranja que la tarde oxidaba con su reflejo, hasta convertir en una estatua de metal flavo su hermosura dramatizada de fatalidad.

JARANA

Reñían dos gallos de fama: un guairabo tuerto y un negro mestizo de charata. La fiesta venía con motivo de un topamiento de compadres en el que figuraban dos matrimonios de la vecindad; pues los montoneros se premiaban así de la guerra, uniéndose las partidas en tal cual jolgorio, después de un combate ó cuando el enemigo abandonaba la región. Esa mañana disponían además de un novillo gordo.

Bajo los nogales solariegos, la gente concurría, trebejo en mano, al beneficio de la res, mancornada al Naciente, según la regla.

Arrollado el calzoncillo y desnudos los brazos desollaban, chaireando al pasar los cuchillos en el cuerno del animal cuyo ojo se vitrificaba con opacidades de lustrina. Junto al coágulo de su sangre que cobraba al sol oleosos matices de terciopelo, la piel extendía su revés de láctea blancura; y fruncidos de crispaciones, iban apareciendo los matambres en que se ampollaba espumoso visco. Algún cintarazo espantaba á los perros que lamían la degolladura, levantando del belfo enjambres de moscas.

Junto al fogón, en la ramada, una mujer disponía ollas para derretir la gordura. Más allá, en un mortero, otras dos á golpes alternos de maza molían la chuchoca — el maíz de lujo recogido pintón y secado así al horno para endulzarlo; pues un locro formaba el potaje del día, al par de la chanfaina y del pastel de libra.

Carne gorda arriba, ese novillo yaguané. Cimarrón pícaro, no bien lo aseguraron en la aguada, rompió el cerco y atropelló arrollando todo. Pretendíase que algunos morían de sed por no caer á la represa. Otros, los enteros, se encastillaban ahí cerquita, no más. Pasado el primer ímpetu de pavor, lo arrostraban á la brusca, irguiendo el testuz, mosqueando la oreja, como clavo de punta el ojo, prontos á venirse sobre el lazo en un bote ventaje-

ro, el morro á ras de tierra, la papada cimbrándose entre las manos.

Aquel novillo se portó maula; huyó, y lo malogran á la fija, si un concurrente no se comide. Le faltaba lazo, iba en pelo, y para colmo, estorbado por los árboles, erró su tiro de boleadoras; pero en alcanzando al animal, desnudó su cuchillo, tendióse á la paleta del caballo, y cogiéndose con la izquierda á las crines, con la otra desjarretó.

Desplomóse el vacuno con un baladro. Sus ojos se cuajaban en sangre; distribuía cornadas en torno, mientras la gente lo chungueaba recordándole sus fechorías. ¡Hijo de una tal por cual, mañero, aportillador de chacras! Una ocasión le caldearon el cuerno para quitarle esa costumbre, y desde entonces se volvió cerrero.

Allá bajo los árboles estaba ahora. Los perros se disputaban su lebrillo á pocos pasos. Más lejos, las mujeres descogían sus pingües redaños ó jamerdaban la panza semejante á un amarilloso tripe.

Charneladas de carne, las costillas formaban un buque sangriento de cuyo fondo iban saliendo las achuras.

El entripado con sus nódulos en humedades lilas y aguas de mapa; los bofes en vivo rosa de sandía; la mermelada obscura del hígado, la laja gris del bazo …

Aparecían las ancas envueltas en crasos amarillos y violáceos satines; y algún tajo descubría el profundo rojo de la masa muscular, interrumpido por tegumentos de cárdeno nácar ó cartílagos de esteárico blancor.

La sombra de los árboles envolvía en su flotante randa al grupo, sembrando el piso de moharras de oro, en tanto que afuera el bochorno bruñía furiosamente el aire, socarrando las hierbas; irritaba en los senderos pecas de talco, y profundizando el azul celeste con su soflama rosa, atersaba en impermeabilidad de cinc un trozo de horizonte.

Hubo un momento de desazón, pues al meter cuchillo por los jamones, percibieron entre el olor salinamente gordo de la carneada, un tufo viroso. Toruno puerco! Se cansó con la corrida y ahora les aguaba la fiesta. Para cerciorarse, tenderían un churrasco al rescoldo; y si la sal no se insumía en la carne, confirmaban la conjetura. Siendo así, comerían las patas y la lengua, únicas partes que no se cansan.

La operación concluía. Conforme á la ceremonia tradicional, pintaron con la sangre una cruz en la puerta de la casa y enterraron en sus esquinas un poco de bazofia para que ella "comiese". En coyundas se balanceaban suspendidas de los gajos las mayores piezas; el resto se oreaba ensartado en los adrales del carretón familiar.

Un caliginoso silencio aplanaba el paisaje. Abatidos por él, algunos matarifes dormían á la sombra. Sólo quedaban junto á los fogones las mujeres, con el cobre de sus rostros abrasado por las ascuas y el sol, mientras en la morada disponían otras la mesa del banquete. Una cigarra loca chirriaba como un chicharrón en la copa de los nogales.

Dos jueves después llegaba carnaval, y por esto ese día se topaban los compadres. Aquellos de la vecina población no tardarían, según lo estaba anunciando el sol ya adulto. En efecto, á poco sintióse tras la loma estruendo de vítores y disparos. La escena cambió instantáneamente.

Una pareja de mozos fué á arrodillarse en la playa frontera, conduciendo un arco triunfal que adornaban figulinas de orejón y rosquetes escalfados de bienmesabe. Las mujeres corrieron á casa, los hombres ajustaron las cinchas.

Ya repechaba el alto la cabalgata de los compadres, agitando por banderolas llamativos pañuelos que se abrían como tajos en la luminosidad del medio día. Palmeándose la boca se vinieron

cuesta abajo á la carrera, coronados por los gallardetes y los estampidos de sus trabucos. Entre columnas de polvo sofrenaban sus montados en regates y corvetas. Las explosiones interjectivas desgarránbanse en alaridos; y bajo la polvareda, aquel tumulto corcovaba relieves de terremoto; quebraba lustres sombríos sobre las ancas y los encuentros, revolvía encintadas colas, abigarrándose de bermellones, escaldado por el sol que fregaba virolas y cabezadas.

De la casa respondían con análogas demostraciones. Deflagraban las camaretas que armaron con cuartillas de caballo atascadas de pólvora, enterrándolas en la planicie. Un *dragoncillo infernal* de diez años, herido poco antes y que allá convalecía, cuidaba aquellos proyectiles rurales cuyo traqueo estrepitaba en ecos de catástrofe sobre los cerros.

Los grupos deteníanse, caracoleando en ala junto al arco. Los dueños de casa acudían, cada uno con una enorme rosca, muy orondos en su circunspección de aufitriones; y aunque el marido había abusado de la coea hasta idiotizarse, manteníase bastante bien, sonriendo al azar con sus labios bezos.

Admirábase en la consorte la falda de tercianela, el peinetón de carey, y entre el ojalado canequí de su escote, el hipertrófico racimo de su bocio.

La otra pareja venía en un picazo que ambleaba gallardeando moños en muserola y pretal, con un pañuelo de espumilla roja por jirel. Acicalados á la usanza coya con su mejor equipo, realizaban la visita.

El llevaba en la mano su sombrero de paja, descubriendo así un morado solideo. Poncho listado, hasta la cintura; á la espalda una beca verde y roja, y cosidas á ella semillas coloradas por amuleto; en la trenza dos borlitas verdes. Su chaqueta era azul; su escarcela para la coca, historida en seda; de bayeta escarlata sus calzones, cribados sus calzoncillos, y sus medias con un dedo pa-

ra el lazo de la ojota. En el calzón, las mangas, el rapacejo del poncho y el sombrero, resplandecían el gusanillo de plata y los entorchados.

La comadre exageraba aún aquella pompa. Su montera ostentaba, además, un copete de seda y un vivo farpado en el ala. Su collar, aros y sortijas eran de oro. Llevaba esclavina y delantal policromados en seda por bastones de tapicería; faldellín de anascote verde y una casulla de raso carmesí con capucha á la espalda, todo aderezado con lentejuelas y galones. Bajo las cuádruples enaguas de encaje, aparecía la media color patita de pichón; y completaban el atavío, á guisa de sandalias, unas palmillas de tafilete rojo y contrafuertes de paño de igual color, con tacos de filigrana.

Ambas parejas dirigiéronse al sitio donde cargaban el arco los mozos, prosternándose como ellos. Recomenzaron las carreras, flamearon las banderolas, gritos y explosiones atronaron de nuevo, mientras los compadres se coronaban mútuamente con las roscas, dándose y perdonándose á la recíproca las quejas del año. Un ósculo siguió á esta ceremonia; y al levantarse los que estaban de hinojos, la muchedumbre atropelló el arco, desvistiéndolo en un tris de sus perendengues y confituras.

La estancia bullía de relinchos y coscojeos. Los recién llegados contaban noticias. Por allá casi no se peleaba, reduciéndose los quehaceres á custodiar el ganado, tirotearse con las partidas exploradoras y vigilar los pasos. Ah! … y había ocurrido también una tragedia.

— ¿Se acordaban de aquella vecina — cómo no se habían de acordar — que capitaneaba su servidumbre organizada por ella en montonera? … Pues la hallaron cosida á bayonetazos, devorado por los cuervos el vientre, los ojos hirviendo en querezas, ahorcada por más barbarie con sus propias trenzas que eran de extraordinario largor. Pero á la siguiente noche tomaron dos

realistas, y en su honor resolvieron encorarlos. Plegándolos en una ese, los cosieron después y entregáronse á gozar la operación. No manifestaba sus rostros ninguna piedad; pues consintiendo de antemano las más feroces represalias, esto les encallecía el corazón. Luego, así vengaban á la guerrillera. Más padecería la pobre, siendo mujer …

Tampoco los maturrangos consideraban á los hijos del país; y los picaronazos aquéllos, se asfixiaron de lo lindo, mientras el cuero, pegándose á sus carnes, les desplazaba el espinazo en ajuste de torniquete.

Cuando el suplicio finalizó, rodaron hacia el río aquellos fardos, que ya sobre la ribera, un puntapié despachó á las aguas. Sumergidos un instante por el chapuzón, boyaron á la desfilada un poco, hundiéronse del todo, y la onda reemprendió su curso pellizcada de hoyuelos que la rizaban en arruguitas de cristal. De las osamentas nada más se supo.

Adentro, la vajilla de plata y un azafate de vidrio morado de Cochabamba, lucían sobre el mantel cuyo frumenticio olor difundía promesas de conforto. Bajo los árboles dominaba las conversaciones un pululante cascabeleo de frituras. Los botijos de chicha engabullaban el retozo convival, y á gritos se discutía sobre los gallos.

— El negro! … tremendo en las patas y una luz en los revuelos …

— Sí, pero el guairabo le competía. No tan diligente, aunque más salidor y con más juego, equilibraba las probabilidades. Cuanto á compostura, por ahí andaban. No despicándose ó bandeándose alguno … Así mismo emparejaban en peso; y si su dueño no llevaba alguna brujería …

Este sonrió. Andaban siempre con esas, de envidia. ¿ No solían achacarle que bajo pretexto de sompesar á los gallos les quebraba las costillas? Pero él no usaba semejantes tretas. Perdía y

ganaba por sus cabales, basándose la fe hacia su gallo, no en aceitadas de cresta ni artificios así, sino en la cría del animal y su preparación, Por todo esto, una vez llegada la hora, casi no opinaron ya.

Amontonáronse en silencio, curioseando alrededor de los animales. En dos credos se improvisó la balanza. Una varilla formó el ástil, colgando de un extremo la libra de los amasijos, y del otro un cordón cruzado en forma de ocho sobre cuya intersección ahorcajaban el gallo en vilo. El cotejo resultó según se preveía, adarmes más o menos: viéndose lo mismo en lo tocante á compostura.

Bajo las despuntadas colas aparecían el anca y los muslos implumes, en carne roja adobada por la dieta y la gimnasia. Las patas descogíanse temblorosas de vigor, y las espuelas dejaban sus forros sin una falla. Maduros para la pelea, ardía en sus crestas recortadas la sangre. Como el calor y tal cual cacareo los alteraban, sus dueños les insuflaron agua fresca bajo las alas.

Los aprontes del reñidero fenecían. La última escobada emparejó el piso del redondel improvisado con ponchos. Colocóse en la primera fila de jugadores el juez de la riña, viejo imberbe, rechoncho, de ojillos en jareta, trenzador de lazos. Ese día llevaba, excepcionalmente, chapona, aunque abierta con camisa y todo sobre su cuello arborescido de arrugas. Por si se armaba otra de la cual no lo excluyera el cargo, había acomodado una peseta en la concha de la oreja.

Llegó el momento de largar y el juez dió la orden.

Una chupada a las espuelas, todavía, un escupitajo á las crestas, y los animales cayeron al redondel.

Al principio soslayáronse de lejos, despabilados por el coraje sus ojos, picoteando la tierra, exagerando la gallardía de su andar, hasta afrontarse y plantar en guardia de pronto, con las golas erizadas y los cuellos inyectados como príapos.

Uno, dos, tres revuelos empezaron la lucha. Los adversarios se tanteaban. Pasaron uno sobre otro, cual dos llamitas. Después se patentizó la valía de ambos.

El negro peleaba en el aire, encrestándose bravamente conforme á su cría. El guairabo daba juego con salidas sobre la izquierda, conservando la visual de su único ojo. Ni un comentario; ni una exclamación. Apenas algún entusiasmo á la sordina:

—Ah, jaca viejo!

—¡Negro lindo …

—… pa un puchero!

Mas, en una de esas, los campeones, picándose á un tiempo, tiraron sin soltarse entre un torbellino de plumas. Estallaron aclamaciones. Los dos animales, heridos, encarnizábanse más. El sol declinaba; y bajo los árboles, votos y ternos predecían una crisis. Los espolonazos menudeaban.

— Cuatro reales al negro!

— Pago!

Otro golpe.

— Un peso!

— Pago!

Otro golpe.

— Doy doce á diez al negro, doce á diez, doce á … Otro golpe.

— …á seis!

Daban doble. La derrota se decidía para el guairabo cuyo dueño confiaba todavía en el puazo á la garganta, su golpe infalible. El animal, con su aperdizado plumaje en andrajos, casi no ofendía, ocultando la machucada cabeza bajo el ala de su contrario. Daban doble y ni así se tomaba ya.

Otro golpe.

— Doce á cuatro! … Doy usura! … Caigan los pijoteros!

Nadie respondía por el guairabo. Su dueño, arriesgando una audacia, gritó:

— Una onza á mi gallo!

Quién iba á topar esa parada loca! … Las fisonomías se taimaron. Y para mejor, el dragoncillo infernal, paliducho aún en los titubeos de la convalecencia, se alzó retrucando:

— Le pago dos riales, velay!

Irrumpieron carcajadas. Desde cuándo le matrerearía en las costuras del tirador esa peseta al pobre … Inicuo habría sido ganársela; pero el interpelado, caliente ya, aceptó.

Algunos notaron, entonces, que de la oreja del juez faltaba casualmente la moneda, y nuevas risotadas estallaron. Él, solemnizándose austeramente, chistó aunque sin éxito; cuando un galope vino á turbar la tranquilidad, refrigerando su escaldadura.

El sobreviviente habló sin apearse, pues traía novedad de bulto. Su perro, allá muy cerca, acababa de parar un tigre. Y como ratificando su aseveración, las ovejas, en polvoroso tropel, vinieron á acarrarse en el mismo patio.

Ultra las protestas del juez, la jugada se desorganizó. En un segundo requirieron caballos y tercerolas; mas, el noticiero ofreció una hazaña.

Como los había molestado, compensaría el yerro, sacando de su escondrijo la fiera prendida á la cola de su caballo; pero, eso sí, tenían que enlazarla no bien saliera al camino. Las lanceadas de maturrangos aburrían; y qué diablos! — día más ó menos, se daba el tumba-cabeza. Un tigre? … Bah! Si el destino lo había dispuesto, al fin un tigre se lo almorzaría.

En su flaco rostro, triangulado por la barba, sus ojos se entristecían de fatalidad; y su juventud interezaba con aquella tristura.

Al tranco marchaban, comentando el incidente. Los perros, atados en las casas, gañían presintiendo sangre.

Ya próximos al sitio, algunos caballos empezaron á recalcitrar entre respingos. Crujieron latigazos en el silencio que aumentaba progresivamente. El cazador apeóse un momento, anudó la cola de su cabalgadura, y de un brinco montó otra vez, siguiendo la marcha con su cortejo. Faltaban sólo el juez de la riña, los dueños de los gallos y el dragoncito. La pelea, en el colmo del interés, habíalos retenido.

En tanto, los otros llegaban al improvisado cubil. De un matorral brotaron rugidos sordos y hacia allá endilgó el mozo á su bayo.

Osciló la maleza, al punto que roncaba una especie de rotunda guturación, y el tufo del felino llenó el aire. Ahora lo columbraba, aculado contra unos pedrones. Erizado el dorso, la jeta rozando el suelo, húmedos los lagrimales y mortecino el ojo, alastrábase en los disimulos del acecho.

El jinete puso en ancas su caballo hacia la fiera, y volviéndose la miró en los ojos. Veinte varas apenas los dividían.

Un talonazo, una rendada, y el parejero reculó un tranco.

Con el belfo pegado a los encuentros y el ojo flamlgero, recogíase sobre sus corvejones, mientras el terror le amusgaba las orejas y le hispía la crin — retrocediendo a cada incitación. Y entre paso y paso cabía una eternidad.

El tigre atorábase de rugidos ante la proximidad del hombre que, sin pestañear, refrenaba su montado. No admiraban tanto en él los espectadores, aquella jineteada sobre ese bayo de mi flor, sino su mirada en pugna con la del tigre. Así impedía que se enhiestase, no le acaeciera lo que acontecía á cuantos la fiera despachurraba de atrás.

Disminuía el trecho peligroso. Observaban los reculones más y más renitentes del animal, la fatiga del temerario, su frente escrita de venas. A cada talonazo, un rayo del sol poniente refucilaba en las argollas de la ación.

La distancia poco excedía ya de un cuerpo de caballo. Acortóse más; y fué tal el silencio, que se oyó claramente la voz del juez:

— Peine su gallo!

Se infería el momento, cuando incitan á los gallos pellizcándoles la nuca.

En ese momento, el mozo púsose al alcance de la fiera. Tiró de las bridas… bajó los ojos…

Hendió los aires el consabido zarpazo; mas, á ese tiempo aflojáronse las riendas — *¡hip!* — y el caballo arrancó en un envión tan bien previsto, que la garra, rozándole las ancas, se enredó en la anudada cola.

Y a la rastra con su fardo salió el jinete campo afuera, pidiendo cancha.

Con el asombro, ninguno enlazó a la fiera, según lo convenido.

— Metan lazo! Metan lazo! vociferaba el cazador entre la polvareda. Metan lazo!…

Nadie!… Cuando de las casas, á toda la furia del caballo, se desprendió uno. Con dos estirones entró en escena, revoleando su lazo; y al abrirse el telón de polvo, el tigre agonizaba ya, contrayándose como un churrasco que se soasa.

A su lado el cazador y el dragoncillo se sonreian. Los demás iban llegando al galopito.

Ese chico resultaba el más varón, á pesar de su hombro baleado. El cazador le agradecía, mientras él, muy turbado, escarbaba con el pie, y tanteaba su contusión resentida por el esfuerzo. El sol prolongaba las siluetas sobre el piso como una palizada. De entre un grupo de mujeres los patrones interrogaban á gritos…

Por supuesto, nadie se acordaba de la riña, pues hasta sus dueños habíanla abandonado al desenlazarse la cacería. Sólo el juez

permaneció en su puesto, llegando último junto al felino.

Sin aguardar su sentencia, pues dudaban de su imparcialidad, de común acuerdo dieron la riña por tablas.

Rabieta del avaro; guachapear de blasfemias discordantes en su tragadero. El muchacho lo advirtió, y ya con el pie al estribo:

— Perdone, tata viejo; jué una viarada…

El aludido lo cintareó con un visaje:

— Guacho sonso… Una peseta por un tigre!…

TACTICA

— El norte …

— El poniente…

— El sur…

Sordamente finalizaba aquel diálogo en que se discutía el horizonte.

Por momentos, subrayando las palabras, un gesto resumía el paisaje: miles de leguas, el país sublevado, los incendios. La guerra ocupando los caminos; un escenario de humaredas y galopes; tiroteos, alaridos, trompetazos. Nada de sueño.

Todo el mundo sobreentendía las dos únicas órdenes: ataque y dispersión. Una pandilla que se lanzaba de improviso, incrustándose en el enemigo. Dos minutos de hachear y revolverse entre un revoleo de lazos y de sables. Tumbos, bayonetazos… Al fin una descarga, y bajo la humareda el puñado de jinetes desmigajándose en galopes.

El que olvidaba una consigna, se rascaba la nuca un poco; y persignándose, acometía á cuerpo perdido. Si la suerte lo ayudaba, sucumbía. Si no, prisionero, lo ejecutaban.

Con frecuencia carecían de bastimentos y de vicios. Fumaban de á tres en un cigarro, pasándose sucesivamente el humo de boca a boca. Cuando todo faltaba, recorrían sus monturas, dentellaban saetas, amadrinaban sus caballos. El jefe ejemplificaba, sobrio cual ninguno, abotonando su manea ó sobando una lonja. Alguno preparaba con cenizas de quinua, *llicta* para sazonar la coca,. Explicaba ése cábulas de juego; éste enjabonaba su camisa con frutas de pacará…

Encontraban en ocasiones algún mañoso, royendo a escondidas tal trozo de charqui que ocultó en el seno durante la marcha. El hombre cedía, afrontando con ladinos retruques las bromas.

Encarnizábanse las mandíbulas sobre esa vitualla que trascendía el tufo de su pecho; y como de fijo aparecía una vihuela, aunque ensordecida por los balazos y bastante incierta porque no la templaban durante días, cantaban de alusivo postre el *Cielito de los Charquis* ó el *Triunfo de los Cochabambinos* …

Aquellas diversiones acababan mal con frecuencia. Alguna partida española daba con el vivac. Querían prisioneros para averiguar de los ganados; y si capturaban alguno, ni las promesas ni los tormentos ablandaban su mutismo, viéndose obligados á fusilarlo en silencio. Cuando era un agonizante, por ahorrar pólvora, lo ahorcaban.

La montonera respondía a su turno. A un oficial realista que gritaba desde el banquillo: "Sois salvajes!… No dais cuartel!" el gefe gaucho le respondía sencillamente: "No lo tenemos".

Dormían en cavernas y matorrales, cuando no lo hacían montados. Los eriales aumentaban. El desierto, como una corrosiva mordedura, comíase la tierra feraz, que ellos mismos agostaban a rigor de incendio. Lóbregas chamiceras tragaban en ceniza los pasos de la invasión. Los rastrojos se ensilvecían. Ni una vaca, ni un caballo cerca. Tufos de pólvora sulfuraban el aire. El desamparo ennegrecía las almas. Sentíanse feroces de soledad.

Por su parte el caudillo gaucho, ocupado en otros preparativos de resistencia contra la invasión que desmoronaba con su progresivo empuje la vanguardia de montoneras, desatendía aquellos puntos. Faltaba la pólvora, las piedras de chispa, el dinero; mas nadie cejaba, acreciendo por el contrario en osadía y en ingenio.

El ejército español, agobiado también por aquella ofensiva tentacular, que como una telaraña remanecía por todos los intersticios, sin oponer decisiva resistencia, ceñía a la desesperada sus nudos disciplinarios. La selva aspillerada en todas direcciones por fortuitos disparos, desfondábase como una jaula insegura. Las noches ofrecían, más que un refugio, un peligro. Tropeles

inopinados rodaban de pronto por el flanco de las columnas. La alarma extinguía los fuegos; y así esperaban el día, acurrucados en sus capotes, mascando el frío.

Cuanto más se metían, las montoneras multiplicaban su temeridad, si bien con ataques más silenciosos también. En los tumultos hablaban muy pocas carabinas. Una noche esa decreciente algazara cesó también. Ya no había pólvora.

Al otro día, amanecieron los maturrangos junto a un río entre cumbres; y éstas se despertaron bajo apremiante vibración de dianas, pues los invasores, no encontrando coyuntura mejor para desperezarse, clarineaban sus desahogos. Además, la música desafiaba con su sonoro adrede. Pero ni el bosque ni la montaña dieron señales de vida.

Tres cuerpos, dos de dragones, uno de húsares, componían la columna, custodiando dos compañías el forrajeo de sus acémilas. Por más que interrogaban al paisaje, nada advertían; pero los acechaban, sin embargo, y aun hablaban de ellos muy cerca en un aguardo del monte.

Dos voces. Dos murmullos. Pocas palabras.

Una voz objetaba, la otra insistía farfullando ternos.

¡Todo el día en discusión; a dos pasos del enemigo… Escasas fuerzas…

Pocas?… Quinientos hombres! Armas?… Veintidós carabinas!

Tentaba, pues, la ocasión. Aglomerados allá los chapetones, sin rumbo en la deformada campiña. Fácil era fortificarse con rocas y troncos si ellos vencían, y después quedaba el efugio de la noche. Algunas camaretas confiscadas en un pueblo, permitían dos tiros por tercerola. Dos descargas… De sobra para apoyar el encuentro.

La tarde enternecía su levedad de rosa. Un profundo violeta aterciopelaba la serranía. Anegaciones de sombra allanaban sus

pliegues. En la cumbre, el sol rompía aún sus flechas. Una admirable serenidad extasiaba el paisaje. Algunas perdices silbaban…

Por el costado de las lomas, efundíanse nieblas bajo la blancura del cielo altísimo.

Ni una nube. En torno del campamento crecía la inmovilidad. A espaldas de los dos interlocutores el crepúsculo comenzaba.

El escenario era sencillo. Un valle casi redondo, apedreado de rocas. Empañado por la tarde como una cinta de magnesio, el río. Después el vivac con sus pálidos fogones, dominado a trechos por las orejas de las mulas que rebuznaban a la querencia distante. Al rededor, murallas de bosque y piedra, fundiéndose con la esfumación crepuscular en la transparencia de tenebroso azul que aceraba el cielo. La exhalación de un trebolar sedaba el ambiente. Las púrpuras del ocaso iban trocándose en rubias linfas; decayeron hasta el pajizo, aguáronse del todo, y la tarde adquirió en su blancor una fijeza de estanque helado.

Fué en ese momento cuando las voces, tramando una sorpresa, dijéronse rumbos. El murmullo creció, pues acababa de terciar otro personaje.

— Tengo el plan.

Aquella frase cayó en la creciente sombra, como una piedra. Separáronse las ramas un poco y la luz dió sobre tres caras.

Una lampiña; la segunda con un bigote gris; la tercera con negro cerco de barbas. Grandes sombreros recortábanlas sobre las cejas.

El hombre de la barba era sumamente alto y anguloso; recio el del bigote; el lampiño como un tercio de yerba en el cual arraigaran miembros. Su semblante vacilaba en una vaguedad de esbozo; y a la par del barbado, formaba con el una *h*.

Aquéllos mandaban partidas, pero él una brigada; costeándose semejante honor a tanto precio, que de las diez mil ovejas de su patrimonio, no quedaba ya una sola. Cacique, acudía por centé-

sima vez con la flor de sus súbditos que llevaban cinco años de guerra, sin haber visto en ese lapso un arma de fuego.

Llegaron en grupitos, a pie, casi juntos con los gauchos, sin un rumor. Esas marchas parecidas a deslizamientos, constituían una habilidad de la montonera.

Así, la exploración con que los godos, antes de forrajear, escudriñaron los alrededores del campamento, no reveló novedad por la mañana; mas poco después, sigilándose en las peñas, por cañadas y derrumbaderos, en deshiladas y pelotones, ingeniando cautelas, los insurgentes se habían puesto sobre la columna. Agazapados tras de una loma se mantenían, dormitando los más, otros conversando; y uno, de bruces sobre el pasto, al aire los talones y en las manos el rostro, finalizaba en cantilena la relación para coquear:

....

No coqueo por el vicio

Ni tampoco por el juicio

Sino por el beneficio …

Más allá discutían los jefes. El cacique exponía. Sus dos camaradas, á través de la fronda, interesábanse por las cumbres que bosquejaba con el dedo. Este se detuvo, indicó en el valle una brecha, un congosto bien conocido, sin duda, pues los tres hombres, después de consultarlo, persuadiéronse gravemente.

Luego, bienquistos con todos aquellos picachos, y previendo entre sonrisas el desenlace, volvieron á desaparecer en las malezas. El diluvio de sombra ascendía por los flancos de la montaña. Una hebra de frío cruzó el crepúsculo. La noche, poco á poco, amurallaba el descampado. Sus tinieblas eran un preparativo. Sitiaban.

De repente, hacia el flanco izquierdo de la columna, entre los matorrales ya ennegrecidos de crepúsculo, hubo un endereza-

miento. Grupos de hombres se levantaron con un alarido, blandiendo garrotes. Sonó una descarga, y en el retumbo que rebotó sobre los cerros, zumbaron rociadas de honda. Encrespóse el entrevero bajo el humo y la polvareda. Arrollados al primer choque, los godos rehiciéronse pronto, uniformando su mosquetería. Pero ya varios cuerpos sembraban el campo; pues macanas y chuzos trabajaban de punta y revés, echando el resto.

Cien jinetes dirigidos por el del bigote gris, arrebataron en un repelón casi todas las mulas, internándose al bosque.

Pero ante la tropa regular, los asaltantes, al fin, cedían. Contenta de hallarlos a pie, aguijoneándola la previsión del triunfo y al par la reacción del percance, hundía como un tridente sus tres regimientos en la hueste patriota. No valoraba casi la pérdida de sus cabalgaduras, improvisando con las restantes un escuadrón, y el combate se dilataba en las primeras sombras, convirtiendo el valle en volcán.

La línea gaucha retrocedía sin deshacerse, replegándose más bien. Entonces los realistas despejaron su frente a cañón. Un trueno dominó la crepitación del tiroteo; y a poco, estrepitosas griterías festejaron el rasgón de lienzo con que la bala hendió la masa rebelde.

Ante tal peripecia que decidía el combate, ésta se detuvo. Sus veintidós carabineros, mandados por el hombre de la barba, alineáronse como protegiendo. Retumbó otro cañonazo. *Fuego!* gritó el hombre; ardió la pólvora, y veintidós listas de llama rayaron la obscuridad.

Entonces la montonera cedió, se quebró como una viga. El desbande trocóla de muro en cuña; y sableada y ametrallada sin piedad, atropelló al boquete que el cacique proponía de objetivo. Triunfales algarabías espoleaban la fuga. A su guisa tajaban los sables, irrumpían las clarinadas en truncos alborozos. Ya llegaban al antro que se abría dentado de pedrones como una mandíbula

monstruosa. Y en él se metieron, más interpolados todavía por la estrechura. El combate desenlazábase en carnicería; y para rematarlo mejor, tocaron la calacuerda.

Pero no hubo tiempo. Un crujido corrió por los peñascos superiores. Enormemente, bajo la claridad de la noche estrellada, todas aquellas cumbres se movieron. Y tambaleando al empuje de brazos invisibles que apalancaban desde la obscuridad, rodaron con estupendo traquido las crestas de la serranía descoronada.

Desde arriba aulló entonces la victoria con vasto clamoreo. La mole se desmoronó en catarata al hoyo colmado de cuerpos y de noche, sofocando con su polvareda en que flotaba un nitroso olor, colaborando asl al designio de aquellos sepultureros de batallones.

Abajo, entre una desesperación de agonizantes, descalabros, fracturas gigantescas, nudos de miembros, escombros. Trozos de cerros y de regimientos.

Fugitivos bultos despavorían sus carreras de espectros, y aquello complicábase aún. La caballería gaucha acababa de intervenir, encortinando de fuego la ardua salida; y el incendio rizó sobre la catástrofe su alazana crin.

A esa luz, la tumba entreveró su madeja de esparrancados miembros. Sableados por las llamas, enfurecían los rostros de los cadáveres; trocábanse en aullidos los lamentos de los moribundos, deliraban en el aire flamígero los anhélitos de esa invasión enterrada.

Un semblante asomó en la cima sobre los raigones del peñasco, olfateó voluptuosamente el desastre …

Sonó en la obscuridad una orden. Por segunda vez encabritáronse las rocas, otro derrumbamiento rapó los taludes, y el tremendo baque de las galgas fué como una decisiva convulsión. Repercutió á lo lejos. Se extinguió á la distancia …

Y sólo quedó un poco de humo lúgubre flotando en la sole-
dad.

AL RASTRO

Trasmontaba el repecho, al caer la tarde, un jinete pensativo. En el descenso, sus hombros nivelábanse paulatinamente con la loma, casi tapados por las alas del chambergo. Así se lo veía de espaldas; mas por el fren te, descubríase á un gaucho que regresaba, sin duda, de algún cercano carnaval. El almidón sahumado con albahaca, que las mozas le arrojaron, blanqueaba en su sombrero; y en su golilla roja, trizas de los huevos cargados con agua de olor.

Repercutiendo iban en su oído el eco de los tamboriles con que los jugadores acompañaron sus vidalitas, el son de los *elkenchos* con que las cornetearon; y éstas escurríanse entre sus bigotes, traducidas por un silbo que poco á poco se transformaba en cantinela.

Blanditos sentía aún en la cintura los brazos de la muchacha con la cual, enancada en su overo, saltó por gala y mejor que los otros la tranquera del guarda-patio. Linda parranda con chicha y manoseo a discreción.

A la mojadura del carnaval cuyos rastros antruejaban su poncho, uníase la descarga de un chaparrón que lo sorprendiera en el faldeo, retardándolo; pues como la nube braveaba y el galope suele atraer centellas, mientras llovía tranqueó.

Pero, aunque nada le impedía ya apresurarse, continuaba con lentitud el descenso. Su mirada seguía las curvas de la senda, pegada al suelo como una hilera de hormigas. Y á cada paso redoblaba su atencion. A su espalda, la nube, cubriendo el sol, envolvía los cerros en una sombra cerúlea. Por la derecha, una quebrada llena de granizo imitaba fugaz ventisquero.

El hombre, muy echado siempre sobre el arzón, exploraba la cuesta. El aguacero no la había alcanzado, y quizá sus riscos pre-

servarían algo de lo en que se preocupaba.

Aquellas cavilaciones acabaron con una sonrisa de evidencia que indicaba profesional orgullo. Huellas de mulas, y de mulas montadas á juzgar por la limpieza con que se imprimieron las lumbres de los cascos, abrían una rastrillada en dirección opuesta á la suya.

Coligiendo el número y el paso de las bestias, avanzaba, todavía más sonriente; pues si antes encontró el rastro, ahora lo hallaba, infiriendo de esto una probabilidad. Durante un rato desapareció tras la loma en el valle que la separaba del collado vecino. El maliciaba ahora algo de eso. Diez rastros distintos implicaban diez mulas diferentes. Nadie poseía por allá ese número; no se trataba de peones, pues. Tampoco eran de sus contertulios, porque ese camino quedaba á trasmano y ellos no pasaban de seis. Seis, y diez las mulas …

Inútil pensar en una arria; éstas preferían el camino real. Luego, no las sacaba él por mulas cargueras, sino montadas, como lo decían claro la rectitud y la equidistancia de sus huellas.

El caballo cabeceaba con ese aspecto sonámbulo que toman las bestias mansas cuando se apriscan en el erepúsculo. Su baba desprendíase en hebras sobre la rastrillada de los misteriosos caminantes.

Van de dos en fondo … gruñía sordamente el rastreador, hablando en presente como si pasaran por allí. *Aquí se paran* … *Aquí trotean* …

A ratos, la vibración de un trueno se propagaba por la tierra, sordamente, como una palabra enorme.

— Y no eran de las mulas del pago las huellas, pues bien que las conocía en cien leguas á la redonda.

Una idea salió de entre sus cabellos, enturbió la tarde convertida en sospecha. Esos jinetes ahora ocultos por las montañas que se erguían detrás, empezaban á alarmarlo.

En un limpión habían desensillado. Patente estaba donde se revolcó una bestia: — como planchado el piso. Para mejor, resaltaban allá huellas de pies descalzos, y no de indio, pues los rastros se cortaban entre los dedos y el talón …

Más lejos, tiritaban algunos pelos en una rama; indicio de que los caminantes no llevaban guardamontes. El animal que los dejó era cebruno; y el más delantero, macho; porque en su huella, la ranilla dibujaba una media luna en vez de una horqueta …

Esto, nada añadía á la investigación, pero confirmaba su exactitud.

Más atento cada vez, el transeunte ascendía ahora por el collado frontero, mientras una frase definía su suspición:

— *Los maturrangos!*

La sierra elevada detrás de su soliloquio, lo sabía; y hacia ella volvió su caballo, ya en la cumbre de la eminencia.

Tras los cerros surcados por cándidas neblinas, la nube formaba un telón de seda malva donde efundía la luz pulverizaciones de azafrán. Encima, exornando menudos pliegues, desflocábanse copitos de oro claro. Una amarillez sulfurosa entibió aquel matiz. Bajo haces de luz grisácea, un escalón de montaña apareció aterciopelado de tierno verde.

Enrareciéronse más los vapores; simularon sus reflejos, al cambiar sucesivamente de viso, lentos relámpagos. El matiz, primero violeta, refrescóse en azulado; neutralizó en blancuras levemente iluminadas de lila, y enfrióse de pronto en una cárdena lividez. El seno de la tormenta coaguló después, semejando hialina carne de uva, delicuescencias de carmín que concentraban, arriba, lóbregas púrpuras. Sesgas barras de sol se desdoraron sobre el valle. Volvió a amoratarse aquel mortecino fuego, y tórridas rubicundeces escaldaron el nubarrón. Una arboleda reavivaba el coloreado ambiente con su masa, en el fondo. La loma de índigo torna-

solaba como un buche de paloma, y el horizonte fingía una profundidad de río rosado.

El rastreador, con una mano sobre las cejas, revisó las cumbres. Muy lejos, un grupo de guanacos huía de peña en peña, y este incidente advertía. Por allá andaba gente. Los de la rastrillada, fuera de duda. Esta certidumbre, bruscamente, lo animó. Aquella tropa llevaba buen paso é imposibilitaría su alcance si él se ponía á citar la montonera. Entonces, era claro, iría sólo. Portándose ardidoso, uno conta diez bien podía …

Instantáneamente se decidió. Recogidas las riendas, los talones entreabiertos, calculó todavía la distancia, el mejor camino para ganarles el frente, cortando campo. Y ante el crepúsculo apareció terrible.

Abollada la nariz, su faz recordaba una calavera. Sus ojos zarcos de potrillo, asaz separados, adquirían nublosa humedad. El chambergo lo nimbaba. Las borlitas de su barboquejo, pasado por el vómer, erizábanle el bigotillo ruano.

Una postrer mirada agujereó la serranía cuyo negro zafiro se aligeraba en una translucidez de vidrio espeso. Imitando obscuro cortinaje, algún chaparrón lejano caía de la nube. El hombre hesitó un momento aún, taloneó el caballo, acomodó contra el carrillo la mascada de coca y se puso á marchar sobre el rastro. Las vidalitas del carnaval continuaban:

Qué lindo es ver una moza

— La luna y el sol —

Cuando la están pretendiendo

— Alégrate corazón —

Se agacha y quiebra palitos

— La luna y el sol —

Señal que ya está queriendo.

— Alégrate corazón —

Los estribillos indefinían quejumbres, sugiriendo quimeras de libertad infinita en el desamparo de esclavitudes sin término; ruegos de algún amor convaleciente de grandes infortunios, congojas de la ausencia, desahucios de la nostalgia …

El cielo, delicado cual una cutis, transparentaba un rosa diáfano, mientras de realce el lucero lo sensibilizaba con su leve palpitación.

Miren allá viene l'agua

— La pura verdá —

Alegando con la arena,

— Vamos, vidita, bajo el nogal —

Así han de alegar por mí

— La pura verdá —

Cuando me pongan cadena.

— Vamos, vidita, bajo el nogal —

A través de la tarde, el caballo acompasaba soñolientamente la molicie de su trote.

El destacamento realista, engrosado por la junción de otros cinco, halló el vivac de su regimiento al caer la tarde. Extraviado por su guía, que emprendió la fuga apenas entraron al fondo del monte, regresaba, después de haberlo fusilado, sin indicios de las provisiones cuya pista buscaban al azar.

Los restantes, salvo uno que traía media res de llama, corrieron la misma suerte. Ninguno halló enemigos ni poblaciones. La montonera descuidaba por lo visto aquellos parajes, concentrada, quizá, sobre el grueso de la columna. Dormirían tranquilos, siquiera, merendando sueño para mitigar el fracaso.

Hostigaban su cansancio cuatro noches de vela. Sus mulas harto sobajadas, lo requerían también. Desde la altiplanicie venían, firmes en su tozuda mansedumbre, pero ahiladas por la pe-

nuria, desangradas por los vampiros del bosque, enarbolando la melancolía de sus orejas sobre la rabia lúgubre del ejército endilgado en el brete de los cerros inacabables. Ya no contaban sino con muy pocas, y una vez cansadas se las comían. Viajaban sobre su almuerzo, mas tal circunstancia suponía punzadora aprensión. Esa noche, seguros de la soledad, no obstante, durmiéronse sin mayor inquietud.

Junto á un peñasco que cobijaban molles, el rastreador, de bruces, esperaba. A su lado, cuatro hombres en la misma posición, dirigíanse de rato en rato palabras imperceptibles.

Los invasores pernoctaban á poco trecho, en torno de los fusiles empabellonados que descubría con su vislumbre la luna, muy delgada aún y ya próxima al horizonte. Más adelante el montón de las bestias se movía confusamente; y otra masa inmóvil en el centro de la tropa dormida, denunciaba un carretón que formaba el parque. Los centinelas, vencidos sin duda por el sueño, no erigían en el contorno su avizora silueta.

Uno de los insurrectos se enderezó hacia su caballo que empezaba á olfatear, envolvióle la cabeza en el poncho para prevenir incautos relinchos; otro improvisó al suyo, inquieto también, un acial con la manija de su rebenque. Tendiéronse otra vez, llaparon sus mascadas de coca y acomodaron de nuevo los puñales en la vaina, el filo para abajo, de modo que salieran cortando cuando saliesen. Cual más, cual menos, imitaron los otros, y pronto reimperó la inmovilidad. La campaña dormía bajo sus vientres.

Pasó una hora. La luna entróse por fin, y un soplo de aire cosquilleó las nucas de los guerrilleros. Lo esperaban. Era el viento que sopla cuando se pone la luna, y que acudía puntual al reclamo de sus silbidos.

Al primer soplo sucedió uno más sostenido, y otro, y otros. Los árboles murmuraron entre sueños. Rápidamente acentuáronse las vibraciones de la atmósfera, prolongando susurros en

los matorrales. La brisa desplegaba del todo su cinta sonora, acelerábase el guiño de las estrellas y una especie de habla vagorosa levantábase de los campos ...

Cinco sombras se escurrieron hacia el real, doblemente encapuchado por la modorra y los capotes; y poco después flotaron en torno vagas humaredas que el aire difundía á ras de tierra. Algunas chispas corrieron entre los pastizales; surgieron llamitas temblonas, alzándose un jeme del suelo, brotando más allá ... Y como en ese instante se hinchara el viento, reventó en la noche una erupción de fogatas.

Y con el resplandor, á toda la furia de sus caballos arremetieron los insurgentes, palmeándose la boca, alto el rebenque sobre las maltrechas pelambres de las mulas que coceando al fuego se desbandaron.

El incendio avanzaba contra el carretón del parque, amabaga con la borla de chispas de su penacho al tremendo combustible. Los ocho ó diez rubíes de la abrasada sortija que acorralaba á los chapetones, fundíanse en un solo cráter. Adelgazadas por el fulgor, saltaban figuras tenebrosas bajo el humo, é hincándose en pelotones fusilaban sin saber lo qué.

Un piquete se tendió azoradamente en guerrilla. Hombres medio desnudos arrastraban á brazo el polvorín. Clamoreaban voces de mando, juramentos de cólera desesperada, súplicas, imprecaciones. Un clarín loco estalló en dianas.

Rubias pavesas llovían sobre la techumbre del vehículo. El incendio mordía los matorrales á la raíz, aleteando con el estrépito de una lona que flamea, congestionando los rostros su tufo urente, avinagrando los ojos su cáustico humo. Los árboles respondieron con silbos y batacazos al tiroteo de la encandilada tropa. En rizos de azulada luz prendíanse los vástagos secos, en plúmulas de llama que se retorcían al aire como esquilados rulos. Le-

vantábanse del monte pájaros temerosos, corrían alimañas por el suelo como una dispersión de ovillos obscuros.

Golpes de aire rompían á intervalos la ígnea malla y abatían la humareda, descubriendo palpitantes alfombras de ascuas. La columna retrocedía ante esa irrupción de los batallones del fuego que los insurgentes desataban á su paso, semicirculaba sobre el costado de la quemazón; pero las llamas erizaban porfiadamente su trémula crestería, azotábanla en flecos sobre los ramajes tan ardidos que parecían de cristal, desahogaban en el ámbito de la noche los jadeos de su pulmón. De la columna alzábanse bayonetas y espadas, negras sobre la iluminación que enrojecía el ámbito en surgencias bruscas como cachetazos, avivando marchitos galones y desvaídas franjas.

Aquellos soldados maniobraban tácticamente bajo el dosel de fuego, con tan heroica temeridad, que los cerros lejanos decían *¡bien!* bajo sus embozos de nieve.

El incendio les cocía las ancas, pegando á sus trajes chispas encarnizadas como tábanos; y mientras unos arrastraban la carreta, otros iban contrafogueando más adelante para quitar pábulo á la llama. La salvación dependía quizá de ese atajadizo que salvaron por fin; pero el viento se encaprichó. Aspirado por el horno que la combustión cavaba, rodó la hoguera sobre aquel baluarte. Las llamas tendiéronse como brazos, prendieron en la parte opuesta y el combate recomenzó.

Los regimientos de la llama invadían con sus meandros las tinieblas, encharcándolas de líquidos carbunclos.

Trasgueaban primero guerrillas de saltarines duendes; detrás rutilaba más alto el revoleo de espadas rosas y flamígeros gallardetes de la dragonada; después, entre chisporroteos que reventaban en el aire crespas mazorcas, venían empenachados por densos plumajes, más altos, más altos, los coraceros de ocre; y en el último término, los árboles que erguían el doble tizón de su hor-

queta en la obscuridad, eran, más altos aún, los granaderos colorados con sus cotas de escama reverberante.

Crepitaba en los gajos verdes profusa mosquetería. Sordos cohetes trazaban por el aire su punto y coma. Las cortezas deshacíanse en virutas candentes. Y sobre esa trifulca de resplandores y de humos que el paso de la tropa espesaba aún con su polvareda, el ronquido de las llamas sobresalía.

La retirada convirtióse en escapatoria. Desfilaban hacia lo desconocido, arrastrando su derrota en las soledades, aplastados por un techo de humo tan bajo, que las cabezas metíanse en él á veces. Y de la soledad surgió un nuevo obstáculo. Una pirca les barreó el camino, y ante tan inesperada trinchera sus albedríos clandicaron. Semejante colaboración de azares, sobrentendía conjuraciones misteriosas.

El extravío de las catástrofes colectivas los enloqueció. Algunos acomodaron sus fusiles con suprema decisión bajo los mentones. Las navajas comenzaron á abrir paso. Uno apareció sobre la pirca, de pie, los brazos abiertos, y le gritaron ¡canalla! de todas partes …

Mas el clarín pronunció entonces su palabra de obediencia y de muerte. Pirueteando volteos para escalar aquella pared, fueron pasando todos; y apenas seguros tras ese obstáculo que los salvaba, no obstante, un recuerdo los asaltó: la carreta!

No bien lo dijieron, cuando sobrevino la explosión. Y enterrados aún por el fardo de humo que les dió encima, una cosa formidable pasó entre ellos sembrando la muerte. Aquello atravesó la humareda, se perdió en la distancia aullando. Sintióse que arrancaba nuevamente de la sombra, lanzándose en otra arremetida …

Ahora lo divisaban. Sable en mano, un jinete, uno sólo, precipitábase sobre ellos. Muchos calaron bayoneta; pero enceguecí-

dos todavía, no evitaron la carga. El temerario cruzó entre una vorágine de sablazos y de aullidos.

Una exclamación …

… Un silencio …

…Otro galope.

En el boquete con que la explosión abriera la pirca, apareció otra vez. Cerró contra las filas. Dió en la punta de las bayonetas. La descarga tumbó su caballo, mas él salió ileso, en cuclillas, ante los soldados atónitos; corrió hacia el cerco gambeteando para esquivar la red de punterías con que lo acosaban, y respaldado allá, esperó.

Los realistas atropellaron, y un haz de sables levantóse sobre él. Al canto ardía un matorral, de modo que la lucha se destacó sobre ese foco. Los sables alzados cayeron, y al levantarse otra vez, el combatiente de la patria apareció todo de púrpura.

Pero él atacaba también, multiplicando pases y fintas, ya quebrado en imprevistos esguinces, ya echado al suelo un instante para distenderse mejor en el resorte de sus tabas. Tan apretados se le iban, que imposibilitaban los balazos.

Codiciosos de ese pellejo disputado con tal bravura, rugían su concupiscencia en ternos, amortiguadas las mandíbulas por la dentera estridente del coraje. Aquel gaucho representaba en persona al incendio vituperándoles su derrota; mostraba ¡en fin! al alcance un poco de carne rebelde. Existía tal seguridad de matarlo, que ni le intimaron rendición.

Su machete fraseaba siempre. Tejía á quites una reja en torno de su desnudez escarlata. Su cabeza parecía una albóndiga cruda. Ya no le quedaban facciones, eliminadas en su propio carmín como el disco de un sol de otoño.

Un instante desapareció, pero todavía volvió á intentar otro ataque. No lo dejaron. Veinte filos mordieron su carne, un fusil lanzado por detrás del cerco le golpeó la cabeza …

Todavía una manotada … un grito … El silencio después …

En ese momento, alguien ordenó de la sombra:

— No le maten!

Bajo unos árboles, el coronel rodeado de sus oficiales observaba al herido con cejijunto encaro. Un torzal de pábilo fijo en el fusil del centinela de vista, hacía de antorcha. La luz soslayaba con bruscos mariposeos sobre los semblantes. El reo, sentado en una piedra, hilo á hilo se desangraba.

Desnudo de la cintura arriba, cruzado el pecho de ojales en los que se aglutinaba con sangre el vello, resollaba á bufidos. En su hombro derecho, distinguíase un sablazo, como una presilla. Desbordaba de sus cejas la sangre. Sangrientos mechones remendaban su frente. El brazo izquierdo era un picadillo á cuyo extremo la mano, rebanada al través, vertía sangre sobre la rodilla en que se apoyaba. Por detrás, veíase las prominencias de sus lomos geminados como ancas de caballo, y entre aborrascadas mechas el sudado bronce de la nuca. Las rayas de tizne que lo cebraban, parecían otros tajos.

Sin médico ni recursos, no podían socorrerlo. Tampoco quiso acostarse en el capote que le ofrecieron. Y con un estupor semejante al miedo, se habían puesto á verlo agonizar.

Ese herido deoía bien en qué carnaduras arraigaba aquella insurrección cuya falanges de cerros escondían tales cordilleras de hombres. No era en verdad más que uno, y sin embargo empequeñecíanse al rededor de su cintura. Por sobre todo, él resultaba vencedor, y su fortaleza de árbol parecía jactarse de ello ante la muerte.

A la distancia, el reflejo de la quemazón coronaba una loma. Una nube completamente rosa como el ala del flamenco, ocupaba el cénit, profundizando por contraste la obscuridad. El silen-

cio sucedía á los alborotos de la fuga. Transpiraba de las tinieblas un vaho de tierra cocida en las ráfagas.

Poco á poco, la efigie que veían á su frente, penetrábalos de admiración. El gaucho se desangraba siempre. Rehollaba ya en un charco. El jefe, cohibido por lo anómalo de la situación ante ese hombre espantoso que infundía á la vez ira y piedad, aventuró reflexiones, encarándose al parecer con la sombra:

— …No saben lo que hacen. Entronizan caudillos que los roban y los indisponen con la autoridad, y luego se matan unos á otros … No piensan que las armas del rey triunfarán …

El hombre esputó de lado una flema roja.

— …triunfarán al fin; que no ha de amnistiarlos entonces …

— ¡Coronel, qué horas me manda ajusilar? — interrumpió el herido.

Miráronse de rabo de ojo los circunstantes, y el jefe, como si nada advirtiera, preguntó al rebelde:

— Cuántos érais?

— Cinco. Vea, yo iba en derecera'e mi rancho, no? y devisé las güellas. Po'aqui va España, le dije á mi flete. Endenantes han pasao. Y ya rumbié tamién. Me toparon cuatro mozos amigos míos y me acompañaron. Ya cerró la noche. Ya no víamos … Po'el olor más juerte'e los poleos pisotiaos, sacaba la rastrillada. Yo creiba qu'eran diez justos … Y cuando vide qu'eran unos más, ya'no me quise volver …

Unos más, sumaban ciento y tantos; pero la aritmética del hombre concluía en sus pulgares.

— Me dentraron unas ganas de peliar! … Ustedes vayansé con las mulas, les dije á los otros. Yo me quedo á ver la chamusquina pa contarles. Me saqué la camisa y la guardé. Asina somos los pobres, coronel. El cuero sana; pero el lienzo …

Espectoró otra vez, escarbándose las narices con su mano restante, al paso que tramaba el relato de su complot.

— Güeno; esperamos tiraos de barriga en el pastizal hasta que se dentró la luna. Y redepente … 'jo ' e pucha! les metimos juego á esos campos … Y acabe usté el cuento, coronel!

Le chantó al jefe en la cara su risa gangosa de ñato, empapada en sangre. La jactancia de aquella heroica chiripa afeólo de tal modo, que el jefe tiritó vagamente.

— ¡Entonces, tú sólo …

— Solito, coronel.

— No mientas!

Los hilos rojos que corrían por su frente trocáronse en dos cascaditas; sus costillares se combaron, y sin hallar respuesta se amorró, gruñendo entre la sangre un *viva la patria*.

Nadie alzaba tampoco la cabeza. El reo movía distraído sus pies, por entre cuyos dedos regurgitaba un sangriento lodo. Ahora nauseaba un poco, y vagos escalofríos sacudíanle las quijadas. El jefe, casi en secreto, y sin advertir que ya no lo tuteaba, reprochó:

— Qué sabe Vd. de patria! …

El herido lo miró en silencio. Tendió el brazo hacia el horizonte, y bajo su dedo quedaron las montañas — los campos — los ríos — el país que la montonera atrincheraba con sus pechos — el mar tal vez — un trozo de noche … El dedo se levantó en seguida, apuntó á las alturas, permaneció así, recto bajo una estrella …

Las miradas atenebráronse. Entraron las barbas en los cuellos de los capotes.

El silencio agrandábase más y más, casi hasta la angustia. La antorcha improvisada se consumía.

Un abejeo de ideas llenó la cabeza del jefe que entrecerró los ojos. Esa patria con su fatalidad colérica se le imponía. ¿A virtud de qué suscitaba semejantes denuedos? Las vidas de esos hombres exhalábanse ante ella como un fúnebre incienso, y en nada la podían los ídolos seculares: —Dios, España, el Rey …

En ese momento uno de los oficiales se aproximó suavemente:

— Coronel …

El jefe se estremeció.

— … parece que ha muerto, concluyó el oficial.

Y apagó el torzal de pábilo.

CHASQUE

El viento que acababa de cellisquear con la noche por esas cumbres, disminuía sobre el páramo. Un solcito macilento como una vela, nacía sobre la inmensidad ecuórea de los ventisqueros; y más abajo, abríase en hoyo de arena un valle.

Serpenteaba hacia éste el sendero, descolgándose más bien entre los taludes, ó escalonándose como una gradería sobre rasantes lajas. No se oía un gorjeo, no se veía un rastro de vegetación, como no fuesen dos ó tres piquillines medrados á la mitad del camino, entre las rocas, y cuyas escarlatinas cuentas semejaban gotitas de sangre sobre el cilicio del matorral.

Cercaban el valle inmensos paredones en cuya aridez de cráter las sombras recortaban netamente, como cuencas de calaveras, hoyos y tajos. Sobre la rampa oriental, muy sombría, quedaban los rastros de la nevasca nocturna, salpicados en manchas de clarión sobre torvo zafiro. Al lado opuesto, el sol desollaba la roca en crudezas multicolores como la carne de una res.

Traslapábanse las estratificaciones á modo de un tejado, en vetas de ladrillo y venenosos verdes. Amarillos de tártaro, moradas sulfuraciones de mercurio jaspeaban las areniscas. En exfoliaciones de arginosa escoriaba el liquen las peñas; llagábalas el salitre con su untuosa caspa, y la salumbre resplandecía con titilaciones de agua á los lejos. Al borde de las grietas que el fuego antiguo hollinó cual lúgubres cicatrices, afloraba el cuarzo en drusas; y dos ó tres lagartijas correteaban en paz á la resolana.

Desde arriba, un piquete español dominaba ese paisaje con agria severidad. La paralización del viento imponía al conjunto una serenidad austera, que con la luz de petróleo del sol escuálido, parecía retardar la noche en los rostros de los realistas.

Irritaba aún sus párpados la desazón de un insomnio en peligro durante la noche anterior, tapiados por la cellisca y con el desesperante bramido del vendaval eterno, acerbándoles las horas en infinitudes de desamparo y soledad.

Traían media semana de repecho, calcinados por el sol, de día; disecados de noche por las escarchas, y zamarreándolos siempre — por Dios santo! — siempre, siempre, con la aspereza de un cuchillo que escama ó con el pululante ardor de un sinapismo; ora jadeando en acezos de mastín, ora alborotándose en ímpetus de máquina desgobernada; afinándose con flajelaciones de varilla, cacheteando con brutalidad de manopla; ciclón á veces, que retorcía en furibunda espiral su embudo de arena; á veces cierzo que tullía con dolores de cintarazo; duro y diáfano como el vidrio, lóbrego de bruma cual frenético harapo; entretenido en empujar durante un día entero, hacia un mismo punto, para sobresaltarse de repente con ímpetus de loco y estrellarse contra la montaña haciéndola temblar con pavor tremendo; ó encaprichado en serenar de pronto extensiones que paralizaba un hielo mortal, como si se hubiera destapado alguna bodega del abismo; para volver muy luego á las convulsiones, con intermitentes bufidos de arranque y definitiva carga á fondo otra vez, aullando el horror de epilépticos equilibrios sobre el vértigo, rallando en torbellinos el hielo de los taludes, como uno que se despeñara en crispación de garras sobre aquella pared — y siempre despierto, zumbándoles siempre sobre las carnes su látigo de arena, el monstruoso viento de la montaña.

Liados en sus capotes á los que se asía más furiosa la ventolera, con visos de arrancarlos; áridas como cecina las caras; grises como de granito los labios; uniéndose en fosca resignación su impotencia á la cachaza de sus mulas, aquellos realistas formaban un grupo bien lóbrego entre el silencio nada jovial de las nieves.

A pesar de tanta penuria, regodeábanse con cierta incrédula dejadez en aquella calma. Poco duraría, pero en fin …

No podían ya volverse, demasiado insertos en la montaña y perdido el contacto con su columna, seguramente; quedándoles como única esperanza la junción que se prometían con una fuerza en merodeo cuyas noticias recibieron al partir.

La noche antes habían merendado como última ración un mísero companaje, y ahora marchaban á la buena de Dios entre la desolación y la nieve.

Algunos con los ojos sanguinolentos de jaqueca, miraban en una exaltación de animales bravíos, medio locos bajo la punzada de aquel clavo de viento que parecía un eje de tortura en torno al cual giraban sus cráneos como insensatos volantes al vacío.

Miraban, miraban en tácito consejo de guerra, sin atreverse a descender, no se emboscara en aquel valle alguna partida; cuando de pronto, tras un peñasco que se empinaba á la mitad de la senda, brotó una columna de humo. Divagó un instante, adherida á la roca; cortóse bruscamente, como si despavesaran abajo su ignota candela, y atornillándose en densos regolfos, ascendió.

Casi al mismo tiempo un jinete salió del punto aquél, tomando el camino descendente y muy ajeno según parecía á la inspección de que era objeto.

Los realistas, emprendiendo la marcha en igual dirección, chifláronle desde arriba sin que inmediatamente oyese. Al advertirlo, su primer movimiento fué talonear el caballo; mas, como amartillaran las carabinas sobre él, permaneció inmóvil, mientras los otros descendían entre los quejidos de las bestias cuyos cascos limaba hasta el hueso la aspereza del guijarral.

Las leyendas patriotas decían de cierta dama, á quien el amor y el entusiasmo conducían por entre riesgos de muerte hasta la más lejana montonera de la punas, cada dos ó tres meses, con mensajes del caudillo. Aprovechando las franquicias de su sexo, traspuso así muchas veces las líneas españolas; mas, prisionera las

dos últimas, y bien que perdonada una de ellas por la cortesía goda en atención á su temeridad, y otra rescatada á peso de oro, habíanle asegurado un cautiverio definitivo si reincidía.

Era de las más vehementes; y constaba como episodio de su patriotismo, cierto sarao en tal salón realista de Salta, al cual asistió calzada de patria, un zapato azul, el otro blanco; acorazada de patria en un aderezo de perlas y turquesas, y con un escudo de la patria que la coronaba, calado en el forzal de su peineta.

Prendadísima del esposo que batallaba lejos, buscábalo á través del país en guerra, desalada por el fuego del amor cuando duraba mucho la ausencia de sus brazos. Y sobre la dura tierra, trocando en almohada los bastos del guerrero, palpitantes aún con el azar de aquellas correrías, y seguros para ese instante de abandono á la sombra de los sables que clareaban en desvelo avizor, amábanse como leones hermosos, abismando sus corazones en una plenitud de noche estrellada y de brisa libre.

La última vez, el riesgo fué tanto, que convinieron en no verse ya; pero las noches de soledad volviéronse poco á poco tristísimas; el amor, angustiado primero en suspiros, rugió á poco su sed en el seno de la temeraria; anticipó desventuras, insinuó con vergonzante titubeo el crimen de la infidelidad, desasosegándola tanto, que cierto día, después de una conferencia con el caudillo, desapareció sola en el mejor de sus caballos.

Nadie, sino aquél, conocía su ruta ni la clase de mensaje que llevaba. Pero éste era tan grave como su decisión; y dado á tiempo, significaba para el ejército enemigo la pérdida de su base de operaciones.

El humo dilataba ya sobre el ventisquero su densa borla, cuando los chapetones llegaron donde el caminante esperaba. Veíase por el suelo los restos de ramas que surtieron de combustible al fogón, percibíase la brasa mortecina de las yaretas y su sahumerio empireumático corregido por un dejo de ámbar. Aquello era

seguramente un ángaro encendido con pérfida intención, pues bastaban dos tizones para el desayuno o el mate. Dos puntapiés lo desbarataron sin una pretesta del caminante. Este, montado aún, seguía masticando en la inconciencia de su miedo, un diente de ajo que había empezado para no apunarse, al emprender su marcha. Era un muchacho de notable belleza, á pesar del polvo que ensuciaba sus facciones como á designio, su camisa y sus calzones de viejo terliz, sus botas torcidas. A través de la tierra con que habíalo encostrado el vendaval, coloreaba sus mejillas un rosa aterciopelado como el envero de las frutas; y bien que muy tostado, su cuello se lacteaba de blancuras.

Parecía imposible que aquel chico fuese un espía; pero los rebeldes daban para todo; y familiarizados con sus tretas, los realistas comenzaron el interrogatorio.

Quién era? Para dónde iba?

El muchacho se aporró, agachando la cabeza hasta ocultar bajo el sombrero sus ojos, cuya belleza, entrevista apenas, había preocupado al jefe.

— Pero qué hacía! Holgazaneaba por aquel precioso país! Y aquel humo?… Era para los montoneros quizá! No temía que lo bautizaran por comedido con un par de escopetazos!…

El transeunte se obstinaba, llamando cada vez más la atención del jefe su aspecto poco rural, sus dedos fuselados, las mechitas que jugueteaban en su nuca. Algo lo diferenciaba, sin que acertara a definirlo.

La quebrada, a pleno sol, exhibía con rigor más intenso su aridez casi siniestra. Arriba, las cumbres alomándose una tras otra hasta emparedar el horizonte, infundían con una vaga enormidad la certidumbre de sus siglos inmóviles. Parecían congelar con su nieve el silencio mismo.

En las ramas del valle coloríase más aún el viso mineral, cromatando en rojo los ocres y lustrando con grises de bismuto los

hollines plutónicos. El cielo azuleaba sombríamente; el aire poníase como quebradizo en su sequedad de vejiga, y la quietud extremábase hasta lo solemne, cuando con brusco mugido la ventolera descendió girando como un trompo demente, aventando la arena a los rostros y espoleando otra vez sus hordas indómitas.

No podían permanecer en ese callejón que el viento arrasaba a porfía; y decidido a concluir de una vez con el mutismo del muchacho, el jefe á quien su donosura interesaba, le alzó el rostro en una cascarruleta:

— Bájate, perillán!

El efecto que estas palabras causaron en aquél, fué tan extraño como su resistencia y su gallardía. Marchitósele la tez, apretáronse sus rodillas en una crispación contra su pobre cojinillo de cordero, y su voz desfallecida de sollozos imploró:

— No, señor; no, señor, por vida suya!...

Sus ojos resplandecían verdaderamente magníficos entre las lágrimas; y así éstas como su voz y la postura que adoptó para suplicar lo afeminaban tanto, que uno de los hombres neceó en voz baja un comentario libertino.

El jefe advertíalo también; pero como á su vez no comulgara con aquellos dengues, atusó impaciente su bigote cristalizado de frío:

— Bájate, pues!

No lo hizo tampoco; dos hombres lo desmontaron a la fuerza, y entonces, con evidencia reveladora, apareció sobre el cojinillo una mancha de sangre fresca. El signo infausto con que su sexo acababa de tracionarla, cuando peligros, desiertos, montañas, todo lo iba dominando en suprema aventura por la patria y por el amor.

DIANAS

Lavadas de cal, las torres en que la campanita de tiple acento victoreó tantas veces con sus repiques, bajo los júbilos de la aurora superaban a la pequeña Jujuy.

Peinadas de sol, sobre la lontananza de los ponientes emulaban las torres en que la campana de rotundo son entristecía dulcemente la tarde.

Subid, torrecitas! entonaban las dos al pleno ambiente donde las golondrinas, rozándolas de paso, arriesgábanse bruscas, á cuerpo perdido en la inmensidad.

Subid al azul! invitaban sus acentos de bronce en los días de fiesta, cuando sobre las campiñas y la ciudad el sol pulverizaba tanto oro, tanto oro, que dijérase una gloria imperial en el cristal del aire.

Nunca fueron guerreras las campanas; sus voces loaron solamente los Cuasimodos que constituían el cumpleaños de la ciudad; mas cuando la tropa del rey efectuó el avance, con foscos sones probaron su desazón.

Nunca guerreras. Sus voces elogiaban himnos o antífonas, convidando a las gentes para bautismos y desposorios, desde las torres blancas como novias, lavadas de cal.

O en los crepúsculos de invierno sus dobles deprecaban por algún vecino, corregidor o mayordomo de hermandad, desde las torres extáticas de firmamento, peinadas de sol.

Y habían compartido con su pregón los bandos y cédulas de la Majestad, lejana como Dios tras los mares fabulosos.

Y á las torres lavadas de cal, peinadas de sol, subid torrecitas! les charlaban bemolando con argentino bemol el viejo metal.

Reverenciaban las pastorales de los obispos, gallardas en su vetustez, y sus notas proponían á las torres: Subid, torrecitas! Su-

bid al azul!

Distintamente lo acompasaban, de tal modo que á su ritmo concernían palabras: *Lavadas de cal, peinadas de sol …*

Y luego un metálico parloteo; notas retozando en su garganta con la percusión crústica de la granalla en un sonoro cubilete; un breve lampo de música, balbuceos de sonoridad que asonaban en bronce y silabeaban monotonías de *Angelus,* para aletear de pronto en ágiles melodías, glosando como una copla sin palabras el estribillo.

Lavadas de cal,

Peinadas de sol,

Subid, torrecitas,

Subid al azul …

Pero esto sólo se relacionaba con los días colendos ó para propiciar bandos y bulas. De ordinario era una sola frase de congratulación á la golondrina familiar por su regreso. Desde los aires, respondía ella con sus violinadas sobre la tremante cuerda del viento.

Hermana golondrina!… invocaba el carillón; y ella uníase con la voz fiel, a gorgear su oración de cristal por el azul, á libar claridad sutil y surcar la extensión con pueril inquietud en ebriedad de sol. Jamás concertó el metal con un rabel más juvenil. Gustó aquel madrigal el país al encender la luz su carmín matinal. Lo ansió en la estival lasitud cual un raudal de frescor. Lo oyó en la lividez crepuscular con la jovial timidez de un cantar infantil y al par con la emoción fatal de un adiós; y al suspirar la canción en el gris vesperal, la sintió decir con la postrer vibración de la sonoridad, en un temblor sin fin:

Golondrina …

… londrina …

… ondrin …

… ndrin …

… drin …

… rin …

… ln …

… n …

Pero las campanas no poseían su voz de otras épocas. El lego que oficiaba de sacristán envejeció á la cuenta, ó bien lo turbaban aquellos diablos de insurgentes. Anacrónicos apeldes volábanse a veces de las torres. Otras, llamadas sin motivo, repiques á deshora; la queda repetida hasta tres veces durante una noche… Y no existiendo en el convento otra persona que el sacristán, el asunto ahí permanecía.

A la aproximación del godo, los frailes emigraron en compañía de los vecinos que partieron en masa. Sólo el anciano aquél, había resistido, dándole por anacoreta de un momento a otro.

Abandonar el convento en tal emergencia?… No faltaba más! Y la naveta de su patrón san Francisco? Los demás se fueran cuando quisiesen. El se quedaba, y con su sayal de picote y su vejez trataría de catequizar a la soldadesca.

Consintieron. Mas, devoción tan repentina por el claustro, preocupó á los frailes.

Ese hermano nunca se había distinguido por recoleto. Susurrábase de él más de un percance con circunflexiones de aventura; y hasta se decía que entre los "agregados" al convento, rodaba tal mocetón coya parecido á él por demás.

La crónica arrabalera atribuíale más de una cuarteta asaz seglar; algún revés maestro en las tremolinas de media noche; y una fama de bebedor que obscurecía las mejores, cuando le hacía pata ancha á un porrón hasta destriparlo en un par de obligos.

Sin embargo, los años redujéronlo poco á poco, y todos aquellos descarríos quedaron para sus excursiones afuera; pues man-

sionario sólo por tiempos, mandábanlo a gallofear habitualmente, al hombro la alforja y frangollando jaculatorias bajo su sombrerote de palma.

Ambagioso en grado sumo con sus limosnas, apenas entre los muy maulas recurría al medio heroico de una parrandita para remover corazones y aflojar bolsillos. La intención justificaba el desaguisado; y á la postre, regresaba con sus buenos patacones y su alforja rebosante cera, garapiñas, huevos duros teñidos de morado y rojo…

Cultivaba su poco de medicina. Cierta vez, tratábase de un tabardillo. La curandera del pago recetó tres dosis de agua barajada y un credo al pie del catre. Mas, el enfermo empeoraba. En eso llegó el sacristán; y como lo interrogaran, preguntó por la receta. Después, aconsejó que siguieran con el agua, pero sustituyendo las oraciones: el *credo* que es cálido, por la *salve* que es fresca. Y el remedio prosperó.

En las comilonas rurales, él había de decentar el pan y bendecir la mesa. Recordábase también en su elogio cierta procesión por él dispuesta en un villorio, para la semana santa.

Abrían el cortejo rústicas Magdalenas cirio en mano y coronadas de cactus que punzaban lastimándolas. Los perros terrificaban con sus aullidos aquella escena que las luminarias envolvían en su amarillento clarobscuro. Seguía a esa banda otra de flagelantes con las camisas desgarradas a azotes que les administraban en unas ermitas de caña dispuestas sobre el trayecto. Después, en su ataúd de cristales venía el Nazareno, con su albuminoso color livideciendo en excesiva cianosis, sus rodillas violetas y su triple gota de sangre sobre la frente. Al rededor, bullían los feligreses; y al fin, en otro grupo como de enormes murciélagos, penitentes aspados y cubiertos de negros capuces. El vaivén de los maderos basculaba su andar que un ayudante corregía a rebencazos. Y uno se presentó á gar tas, con un freno entre los dientes, arras-

trando las riendas que su acompañante pisaba a trechos, ensangrentándole los carrillos a cada sofrenazo. El sermón, de ese modo, provocó desmayos y confesiones á gritos. El lego no cabía en sí de gozo, y la fiesta remató con una francachela desaforada.

Las procesiones constituían su fuerte, pues en una de ellas habíase convertido. Era un patrocinio de la ciudad, una Transfiguración llena de luz y de repiques. La procesión regresaba, cuando por una de las esquinas adyacentes desembocó un indio jinete en briosa mula. Apeóse ante el séquito, hincando una rodilla; mas la bestia, ante ese aparato, tendiéndose rebufaba. Un murmullo de reproches llegó hasta el forastero. A pesar de sus *¡chitos!* la mula se encocoraba cada vez más. Entonces, bajo la multitud de miradas que le escocían, la manoteó de una oreja. El brazo recogióse lentamente, la rodilla se hincó de nuevo. La bestia resistía, cargándose sobre las patas, contraídos los miembros en un sólo nudo de fuerza.

Flotó un silencio apenas turbado por distante bisbiseo de latines. El grupo que jinete y cabalgadura formaban, parecía una brusca coagulación de bronce. Una nube pálida subió al rostro del paisano. Sobre su frente la brisa desordenaba algunas mechas. Su brazo permaneció inmóvil todavía un instante…

Las narices de la bestia henchíanse de vibraciones sonoras; sus corvejones se estremecían. Del lacio belfo desprendióse una hebra de baba. Por último, con movimiento imperceptible, su cogote cedió; dobláronse sus rodillas, de golpe hincaron en tierra. Un rumor de aplauso, otro repique, y el cortejo siguió, mientras él retenía su mula ardidos de triunfo los ojos y coronado de tiritantes cabellos la frente. Así se mantuvo hasta que todos desfilaron, sin un pestañeo; y desde el siguiente día, descubierta su vocación conventual por ese incidente, los monjes adquirieron otro hermano.

Su conducta y su rudeza obstáronle los votos, motivando también su sacristanía, único puesto de que se lo consideró capaz. Con todo, creía de veras y aun llegaba a fanático. Su benevolencia, proveniente de su bravura, reservaba predilecciones para los niños y los ingenuos. Nunca faltaba una alcorza en el bolsillo de su manga ni un consuelo en sus labios. Si no confesaba, atendía consultas espirituales; y para que no se le olvidasen los pecados a algún penitente remiso, enumerábalos en un contal, á culpa por nudo, más o menos gordo según la gravedad …

Viéndolo por los claustros, con su alicates de encadenar camándulas entre los dedos; ó en su celda donde un gato viejo como él le mayaba bienvenidas, nadie sospechara al atleta de antaño. Fruncido de arrugas, vago su rostro, pues escaseaba de cejas; canoso el cerquillo, escarpados los pómulos, acumulándosele en joroba su antiguo vigor, sólo sus muñecas, en las que arraigaban nudosos pulgares, expresaban algo aún. Las beatas lo aborrecían y los perdidos lo adoraban. Confesor, careciera de penitentes; lego, sobrábanle compadres.

La invasión española acabó con su serenidad. El desasosiego de las gentes, el olor de la guerra, el país desolado, tradujéronse en su espíritu por una inquietud harto análoga al amor. Su mundo se transformaba. Los árboles, las piedras, los arroyos, asumían una especie de personalidad que emparentaba con la suya. Asaltábanlo obscuros deseos cuyo solitario aborto engendraba lúgubres displicencias.

En tanto, iba despoblándose la ciudad. Todo su carruaje disponible, arrastrado al poder de mulas ó de bueyes, transportaba familias y equipajes. Una tarde partieron los últimos, ocuparon los godos la ciudad, y previa una conferencia del sacristán con el caudillo gaucho, cambiaron de voz las campanitas de la patria.

Los chapetones no tardaron en notar esos toques, más significativos por las coincidencias que aparejaban. Cada forrajeo era

un combate, cada exploración una sorpresa, sin que los gauchos se equivocaran jamás. El jefe realista decidió un contragolpe.

Cierta mañana emprendieron viaje dos regimientos, y la campana, como se presumía, empezó acto contínuo a tocar.

Amontonábanse nubes sobre las eminencias del contorno y llovía a intervalos. Instalado en su puesto, el sacristán abarcaba de un golpe las casas desiertas, los tapiales del suburbio donde se percataban guerrillas: todo el pliego cuadriculado de la ciudad, que la fuerza en marcha escribía con su negro renglón.

Los mohosos tejados, las paredes carcomidas de caliche, los parapetos y cañizos de ciertas techumbres que empenachaba el palán-palán ó alfombraban verdolagas rojizas, precisábanse en la grisácea luminosidad. Resaltaban con tal lustre los frutos de los opimos naranjales, que éstos semejaban sombrías torres foraminadas de candelillas.

Más lejos, por las lomas, una profusa gradación de matices armonizaba el paisaje. El verde dorado de las hierbas, el claro de los ceibos y el oscuro de los arrayanes, componían aquella entonación, engarzando al pueblo en su felpa esmeraldina. Los follajes desplegaban por los cerros su vellosa abundancia, distinguiéndose sobre ese fondo las leñas como venas de caromomia. En algunos sitios esponjábase la fronda, semejando ancas de avestruces; brillaban después manchas de hierba corta, con el vejado tornasol de la pana; más alto aún, el follaje readquiría su profundidad, pero calada ya en encajes á que se mezclaban desflocamientos de nubes. Bajo aquel gris lluvioso, que era como un balbuceo del color, un relente empañado de violeta exhalábase de la montaña. Un silencio en que se oía los silbos de los pájaros con inusitada fuerza, solemnizaba la tranquilidad. Y el viejo sentía inchársele el pecho de ternura, ante esa arboleda y esas cumbres que el peligro le reveló como una familia cuya integridad pendía tal vez del badajo de su campana.

Aquel paisaje con su calva mole al fondo, significaba esfuerzo; el cielo cejijuntaba; y el gotear de las bocatejas lloraba pensativamente su llanto sobre el riesgo de la patria.

Vagas cerrazones profundizaban por instantes el grís. La mole del fondo azulábase más en esos leves relámpagos de sombra. Después cerníase un desmenuzamiento de agua; un trueno gruñía entre las sierras. La montaña, obscureciéndose más, se engrandecía: acercaba á la ciudad su ola de piedra y bosque. En una de esas cantó un gallo á la distancia, y al propio tiempo el badajo tocó.

A poco rato notóse movimiento en la arboleda. Los realistas contramarcharon. La campana guardó silencio y el amago de las partidas cesó.

Otra contramarcha. Un nuevo toque ...

La columna regresó definitivamente y su comandante galopó hacia la iglesia.

El sacristán vió y comprendió todo. Un nuevo toque, salvábalo quizá; pero advertiría en falso á los montoneros; y perdido por perdido, no los iba á perjudicar. Entumió su talante, desoló su facha y aguardó.

Claramente oyó las voces que desde abajo pedían irónicamente la continuación del repique. Ahuecó una mano sobre el oído simulando sordera ...

Poco después sonaban pasos en la torre. Desde el último tramo, el lego, en cuclillas, miraba. El soldado desaparecía á intervalos en los huecos del caracol. Por último, á los pies de aquél, aparecieron dos ojos y dos bigotes.

En esa soledad, al borde del vertiginoso agujero, una ocurrencia terrible asaltó á aquellos hombres; pero el militar contúvose ante el hábito y el otro retrocedió ante el crímen. Bajaron en silencio, no teniendo nada que decirse, pues la campana delatora acababa de confirmarlo todo con un vítor patriótico que lucía

recién grabado en su pata, por contraposición al roído escudo de su vaso superior.

Ya en la puerta, el lego se encapilló, dirigiéndose ambos al cuartel. No bien llegaron comenzó el interrogatorio.

Acotó la negativa del anciano el gesto de un gran qué. Gauchos? … Señales? Cómplices? … Ni palabra!

Mentía descaradamente, abjurando su única probabilidad de Paraíso por el bien de ese país cuya amistad le enternecía la entraña; por sus hermanos de cobre, por su familia de piedras y árboles, por su amenazada parentela de ríos. La libertad, amoldándolo en su horma de heroísmo, lo endurecía. Hablar? … No, no y no —aunque todos los montes le rodaran sobre los huesos!

Tres días después, el ejército dirigióse á Salta. Rodeado por el desastre, seguía su ruta, respirando el vientccillo de victoria que levantaban sus banderas. Vencido de hecho, obstinábase en la terquedad de su empresa; y carente de ganado, había tenido que formar sus convoyes con indios á guisa de acémilas.

La disciplina como una barra tenaz emparejaba las voluntades; triunfaban, triunfaban siempre; pero la montonera renacía, y á modo de un eslabón de acero se astillaban en centellas sobre ese inrayable pedernal. Poco á poco, entre los abandonados bagajes, fueron dejando la esperanza. Sus triunfos no equivalían á éxitos: eran un modo de morir.

Por esto abandonaban la ciudad con aire tan sombrío. Mientras el suelo hostil se conmovía, brillaba claro el sol. Fogones de alarma encendíanse en los cerros. A lo largo del camino las partidas se concentraban. Percibíase ya un tiroteo en la cabeza de la columna.

A la misma hora, alguien subía al campanario con mucha dificultad al parecer, pues entre pisada y pisada sentíase el rumor de

la tropa y los escapes del viento en las ojivas. Los pasos continuaban, interrumpíanse de nuevo, seguían otra vez …

Por último, en el hueco que caía bajo las campanas, asomó un semblante horrendo. Alterábalo una verdosa amarillez que sanguinolentas equímosis veteaban en los pómulos amoratando sus orejas; y únicamente por el hábito, podía reconocerse en aquel intruso al sacristán.

Desde las ojivas divisábase el ejército y las montoneras que concurrían; pero el anciano ya no miraba con aquel regocijo de antes. Un desvarío petrificaba sus facciones. El recuerdo de recientes torturas estremecíalo aún.

Sentía los fusiles que, atravesado uno sobre la nuca y pasado el otro por las corvas y las sangrías, dos hombres apretaron hasta unirlos; el torcijón de su plegado estómago; la puntada fulgurante de la cintura; el martilleo de latidos con que percutió su cabeza y apisonó su nariz apoplético flujo; la lesión urente que le atravesó el pecho como una llamarada; el derrumbe de los hombros; la ojeada delirante, cuando su barba tocó las rodillas, eternizando una visión de groseras botas; el tumbo de su desnivelado cuerpo, la tiniebla verde del vahido …

Cuando volvió en sí, todo él era un solo dolor. Atormentábalo la sed; allegáronle una cantimplora, percibió un rumor de voces y desmayó por segunda vez. Pero ni una palabra le sacaron; y valiéndose de la confusión que el viaje introducía en la tropa, se marchó ese día sin que lo advirtieran.

La fuerza retoñó en él; y a la rastra con sus miembros, sin saber cómo, pudo llegar a la torre.

El ejército seguía camino, estorbado por las escaramuzas de sus propias guerrillas, pero siempre imponente bajo sus estandartes decusados por las cruces de Borgoña. El anciano volvió los ojos á sus campanas y su rostro se avivó.

¡Mandar en el viento repiques á modo de dianas irrumpidas por el tubo de la torre! ¡Reemplazar las bandas con ese instrumento, y en vez de tocar, fraguar música á martillazos! …

Simultáneas idea y acción, sus manos que un tacto de badana entorpecía, inseguras aún de suplicio, asieron los cordeles. Sobre la ciudad desierta vibró una nota; y á remesones, destemplado, con estallidos cacofónicos, un repique tremoló.

Los patriotas saludaron con un clamoreo. Comprendían.

A ese acento familiar que enredaba en el aire ladridos de bronce, el ataque arreciaba. Jinetes se desprendían, revoleando los ponchos, baja la chuza contra los batallones. Como un erizamiento de la montonera espoleada por el repique.

Humaredas daban fondo al movido escenario. Por un instante el ejército se detuvo, oponiendo una cizalla de bayonetas. Otras partidas bajaban de las alturas, nuevos galopes encrespaban la refriega.

Y en tanto el metal tañía su rebato tremendo, imponía las cargas á fondo, la muerte, la gloria, los esplendores del triunfo en su algarabía desenfrenada. Por momentos volvía á su compás de júbilo, festejaba las derrotas, las fugas á escape rajando la tierra; estridulaba zurdos toques que caían atornillando espiras de cohete en el cráter de la pelea; daba á montes, árboles y ríos albricias gloriosas; lapidaba discordias, reía estrépitos, hería con bofetadas de címbalo la cólera de ese ejército que decampaba.

La torre entera se estremecía. Brotaban de sus ojivas llamaradas de música. Y el sacristán alucinado hasta la locura, badajeaba furibundo, cañoneaba sus estruendos con mayor violencia cada vez, envuelto en el huracán de su orquesta.

En los recalmones de la lucha los combatientes oian.

A la manera que se levanta un ave, abarcando en su vuelo leguas de aire y de campo, aquel toque llenaba el firmamento, cubría los bosques con la palpitación de su onda.

Paulatinamente la distancia lo apagó. Los humos se borraban. Extinguíanse los disparos. Y el repique seguía clamando su viva la patria! viva! viva! viva! viva la patria! viva! a! … a! … — hasta que cortados los badajos, el sacristán, frenético, siguió golpeando con ellos su viva la patria! viva! viva! viva! … a! — contrahecho de martirio, gigantesco de inspiración, arrojando aquellos vítores en enjambre de águilas sonoras, viva! viva! viva! … — hacia las montañas y los caminos, por donde el ejército invasor huía como una presa bajo las alas de metal de su repique.

UN LAZO

Salieron de Salta y haciendo por cuatro á la derecha, tomaron para el faldeo del San Bernardo.

Esas compañías del *Gerona* que llevaban las mulas á forrajear, abreviaban camino porque la montonera iba estrechando su cerco. Aun quedaba pasto en aquel sitio y lo defendían á sangre y fuego, necesitando más que nunca los animales. Día á día la montonera les arrebataba algunos, escaramuceando hasta en las calles; y como según los exploradores, la travesía de regreso implicaría una desolación sin fin, toda perspectiva de un viaje á pie inquietaba.

El cielo ligeramente anieblado como el hueco de una perla, enternecía la aurora. El ambiente almibaraba desganos. Como pereceando desembozábanse las cumbres, y el día se aletargaba en una dormición rosa. Los ramajes asperjados de rocío disimulaban cristalinas garzotas. Afluían de los bañados vecinos tufaradas de frescura.

Los forrajeros resguardábanse en una estribación del monte, característico galayo que avanzaba sobre la ciudad como una enorme rodilla. Su izquierda se apoyaba en el cerro mismo. A la derecha declivaba el valle, entre el cual y la cumbre extendíase la pradera donde ramoneaban los animales. Algunos de los soldados paseaban en parejas, manos á la espalda, chocando los sables — *chis* … *chas* … — con las botas. Otros vigilaban montados. Las mulas, paso ante paso, pastaban desparramándose poco á poco. Quietud y silencio.

Entre un matorral de garabatos, muy próximas, acechaban dos partidas. Durante varios días abstuviéronse de toda acción para no ahuyentar la presa, y desde la noche antes esperaban sin mo-

verse. Junto con la carga en que se estrellasen, otros impedirían la protección agolpándose sobre la ciudad.

Los chapetones ya no podían con sus huesos. Sitiados en la plaza, de donde y de los contornos se desprendían sus inútiles destacamentos, carcomíalos la impotencia. Percibíase claramente el final. Se retiran los godos! Y á punta de sable los acuciaban, arruinados ellos también por cinco años de combates.

Desde su sitio los divisaban. Aquel enfaldo del monte, protegiéndolos al parecer, ahondábase en un verdadero buitrón al fondo del cual los rempujarían.

Inferíase por el traje que esos insurgentes formaban una legión selecta. Poseían un clarín, sables y tercerolas de ordenanza. Vestían chiripá negro ó punzó, camiseta y gorra de manga azules; algunos llevaban coletos de cordobán. Adornaban á sus caballos testeras de lana carmesí. Todos calzaban botas, si bien muchos habían remontado y solado de cuero crudo las suyas.

Eran de los *Dragones Infernales*. Conocían preceptos tácticos. Aguerríanse á son de trompa. Los más idóneos acaudillaban montoneras distantes. Soldados de carrera, más de uno lo abonaba ostentando en girones la capona azul y blanca de Tucumán. Llevaban ya seis años de patriada y procedían de todas partes.

Un cordobés cuya tonada le valiera no pocos duelos á facón; un santiagueño que se alababa de brujo; un vejancón porteño que conocía la mar …

La patria les debía cinco de esos seis años, mas no por ello asqueábanle á la muerte. La mujer, sí, la extrañaban; pero aquella empresa ecuestre no permitía calaverada alguna. Foscos célibes de la guerra, ni eso les aportaba por botín el combate.

En los últimos ejércitos, al fin, cada cual se adquiría un peor es nada. Y las pobres! Qué aguante en el peligro y en las penurias! Durante las marchas de diez y doce leguas, bajo el sol que planchaba los lomos como una lata caliente, el soldado no sufría otro

peso que su rifle y fornituras; pero ellas, con su cargamento de cacharros, el hijo a la cadera á bien prendido del pezón, aguantaban sin una queja. Cuando se acampaba, quién sino ellas disponía el mate y ensartaba el churrasco en la bayoneta, mientras el cachorro se desgañitaba por allí … Algunas malparían con el cansancio; pero al día siguiente, en cualquier mancarrón, le pegaban de firme. En las noches frías, como las arrojaban del campamento, amontonábanse junto al rescoldo de sus vivaques con sus crías y sus perros.

No se aseaban mucho — claro! — pero eran campechanas, eso sí,. Algunas empezaban con los oficiales, sabían bordar en fino, pues no pocas fugaron de los conventos; después iban admitiendo á los cabos, rebajábanse con la tropa, habituábanse á las sobas, á la mugre … Pero los días de combate, había que verlas acarreando bajo el fuego sus cántaros, mientras los chicos gateaban entre las cureñas. Y qué me cuentan de aquella moza loca, que habiendo perdido su amante en una acción, vagamundeaba por los campamentos, peleando como una leona los días de combate, sólo para tener el gusto de pintarse con sangre y andarse después felicitando á los jefes en el regocijo de esa coquetería atroz! …

En las partidas, nada de eso. Desamparo por todas partes. La gente alzada, el lomo del caballo por campamento y la muerte á la grupa. Pero al fin de cuentas se divertían con utilidad, aquí cayendo, allá levantándose. Tejos de oro en Potosí, dieta en Macha. Vuelta á vuelta aplausos y maldiciones. Algunos quedaron panza arriba por ahí. Otros agitaban el Chaco, entre las tribus bravías y el español, hondeando á falta de fusiles y falsificando artillería con troncos. Llegaron hasta á ganar batallas; pero así les iba en las derrotas!

Pasaban de ochenta los jefes ejecutados á piedra y garrote, como perros. No se veía encrucijada sin una cabeza de patriota en un cadalso. A algunas encanecíanles las barbas …

El nublado se reducía aclarándose, y la aurora reinaba ya en solemnes colores. La tibieza ambiente tornábase pesadez. El santiagueño confidenciaba en un grupo.

— Aquella sería la última! Desde tres días atrás, una mosca le zumbaba al oído: — la mosca de la muerte. Pero no se acoquinaba por tan poco, no. Lo que sí, como despedida, les reservaba un regalo.

Reputabánlo entendido en animales, siendo verdaderamente polimático en toda suerte de veterinarias rústicas. Para el moquillo, sangrar en la nariz … Para los orines atajados, un galope al animal y que éste oliera después la camisa del jinete … No enfrenar en día nublado al redomón, porque babea … Y variados linimentos é infusiones.

De esto cada cual sabía un poco. Pero su presente significaba algo más serio. Quería enseñarles á curar con palabras la embichadura.

Los hombres se acercaron curiosos, dándose cuenta de que por ahí andaba la fama del embaidor. Tantas veces le habían preguntado el secreto, sin sonsacárselo nunca; porque todo era comunicarlo y perder el depositario la virtud.

Bueno; averiguada la querencia del animal, su sexo y su pelaje, poníase el curandero para el lado de aquélla, á cualquier distancia que fuese; y si se trataba, por ejemplo, de un caballo cebruno, decía:

"Caballo cebruno, tienes nueve gusanos — siempre se comenzaba por nueve — tienes nueve gusanos; te saco un gusano y quedan ocho gusanos. Caballo cebruno tienes ocho gusanos … Y así repitiendo hasta no dejar ninguno."

Agradecieron gravemente, pidiendo de paso sus encargos para la familia, y hasta le prometieron responsos. Nadie pensó en argüir sobre sus presagios para desvanecerlos ó disuadirlos. Aque-

llo era tan natural! Día más ó menos, de uno por uno les tocaría; y á ése dábanlo ya por muerto. Cuando les entraba el hormiguillo de morir, tirábanse al fuego sin escrúpulos, sobrando herederos para el sable y la tercerola.

Llegó en ese instante un mocetón que frisaría en treinta años: — el sargento. Tiesiergido; con un poco de papera; vivarachos ojillos; cara lampiña, de un sólo relieve, como pan leudo. Lo querían mucho, cantaba bien y era vivo como un tajo.

— Precisaba aprontarse, pues llegaba el momento. Cargarían con él por derecha é izquierda. Una descarga, no más; y bajo el humo, á facón y sable. Sobre todo, no engreirse á destiempo si repelían al español. Perdieran cuidado; él iría á la cabeza.

Nadie le ganaba á temerario y á dicaz. Siempre con las espuelas flojas para que "llorasen", tremendo en sus sopapos, muy enquillotrado con sus campañas. Tambor en la del Año Doce; dragón en Sipe-Sipe … Era, además, domador y ambidextro, así como fullero sin hiel para florearse una baraja cuanto caía á la carpeta …

Una ocasión lo atacaron cinco *Infernales;* rompiósele el puñal y no llevaba poncho. De un golpe calculó, sentóse tranquilo, cruzando las piernas. No le habían de pegar inerme, los conocía bien, y los otros atestiguáronlo con retirarse maldiciendo.

Tenía una daga en cuya hoja se leía este dístico:

Quien a mí dueño ofendiere

De mí la venganza espere;

y un pegual de cuero maturrango. Desde chico haraganeaba por los cerros; y pronunciándosele así la afición cimarrona, en el primer ejército se enroló.

Atribuíanle mal ojo para el jabón, pues con sólo verla cortaba la mezcla en la olla. Y eran los apuros de las mujeres, si no la tapaban á tiempo; el pedirle que no la fuese á dañar. Futilizando recelos, prometía; pasaba como abstraído al abdicar su onerosa

prebenda … De golpe miraba al descuido, y zás! — al fondo de la legía precipitaban los chicharrones, bellaqueando su risa entre un aluvión de reniegos. Era reputado la florcita de los *Infernales*.

Los hombres con la izquierda en el arzón delantero, recibían sus instrucciones. Si los maturrangos no se acobardaban, desmontar y sostenerse por parejas, espalda con espalda, mientras el otro grupo depredaba en las mulas. Estas, divagando, se acercaban; y sin advertirlo, en la confianza de esa serenidad, sus custodios también.

Mucho recomendaba el sargento los toques de clarín trocados por astucia bélica. Botasilla significaba ataque y calacuerda dispersión. Así adecuaban cómodamente sus operaciones, y con gran solicitud íbalos él verificando, hasta canturrearles en voz baja la letra de cada cual:

A quien quieres más

A quien quieres más,

Al negro Faustino

O al pardo Tomás …

para el de asamblea; y para el de retreta, se acordaban, no?:

Don Juan de Arana

Tiene una hermana …

Entre tanto, qué demora! Ya picaba el sol y nada todavía. Las sierras ampliaban manchones blanco-verdosos y turquíes; la vegetación del contorno profundizábase en palios sombríos. Un haz de sol barría por momentos los colores, aguándolos en una flotación etérea. Grandes azules empastábanse en el horizonte, y del simado paisaje vacilaban aun sus jorobas de piedra en la vaguedad del ambiente. Volvía después el nublado, luchaba un instante; mas los limpiones crecían y por último triunfaba el celeste.

Los montoneros iban encorajándose con la espera. Diez veces infibularon las correas, revisaron las caronas, recorrieron empuñaduras y gatillos. Algunos guardaban sus sombreros en las quiebras, otros se arremangaban. El sargento como que dormía, derramados los ojos en un claro de cielo …

Un hombre á pie apareció de repente entre el ramaje, cambiando con aquél algunas palabras. Cada minuto iba ahora á acelerar el trance. Los corazones se ponían a trote largo; y relamiéndose con el pregusto de la sangre, uno gruñó:

— Me jiede á cuchillo!

Dos mulas empinaron los orejas … Volóse un instante … Sonó un tiro …

Arriba!

Descargaron sus armas, metieron espuelas, y bajo el humo, palmeándose la boca, salieron a la planicie.

Los realistas, aislados, hicieron pie cada cual donde pudo, mientras tocaban sus clarines generala de alarma. Los dos escuadrones patriotas uniéronse sobre la marcha en un semicírculo; adelantó aquella ola, flotantes al costado de los brutos como llamaradas los chiripaes rojos. Ya estuvieron encima, á cien pasos, á cincuenta — *Viva la Patria!* — y con un refucilo, ochenta sables se desnudaron.

Reventó en desorden el tiroteo. De á tres, de á cuatro se agrupaban impeliéndose á encontrones. En bruscos volidos tajaban los sables. Los del segundo escuadrón baladraban, imitando á la vez gemidos de aves agoreras. Abandonábase el sable por el puñal y silbaban algunos pares de boleadoras.

En la plaza coincidían rumores de ataque. La montonera cumplía por allá, interceptando la protección.

Sobre el campichuelo cebábase la lucha. Por un instante, dos se apartaron frente á frente en singular torneo. El maturrango

resplandecía de galones. El insurgente lucía á modo de yelmo un cráneo de pollino con las orejas empinadas.

Lidiaron los sables un momento; intrigaron más su esgrima los jinetes; erró el montonero dos ó tres pernadas por desarzonar á su enemigo.

En un encuentro, los brutos encabritáronse. Realista y patriota se midieron, altos en el aire. Atacó el primero, cejó éste esquivándose con una reparada de su corcel, y en un contracambio cercenó al godo la cabeza.

Un poco á retaguardia gesticulaba el jefe. Varias veces habíalo embestido el sargento, sin resultado. Entonces, al paso que los escuadrones concurrían en un movimiento definitivo, entre la alharaca, los sablazos, los corcovos — el trajín del entrevero á punta y hacha que erigía sobre el faldeo sus encrespaduras — el insurrecto desprendió su lazo para insistir otra vez.

Cruzó sobre las cabezas el serpenteo de la "armada", cogió al realista, y en un cimbrón salió éste peloteando como un rollo de trapos. Un vítor consumó el incidente que decidía por los montoneros la victoria. Ni uno sólo de los forrajeros capituló. Y en tanto que algunos vencedores conquistaban las mulas, otros iban recogiendo los sables, las tercerolas, clavados de punta en la persecución para que no se perdieran entre los pastizales. Luego la selva se interpuso. Apagáronse en la lejanía dianas y vítores …

No quedaban sobre el campichuelo más que los cadáveres desnudos, negreando sus mentones con la pólvora de los cartuchos mordidos. La barba de uno flotaba sobre su pecho, y en la quietud que la muerte implica, el hombre aquél parecía vivo.

Con rico botín concluían su jornada los patriotas. Quien las costillas al aire, quien vendada la cabeza, pero todos congratulándose. Hasta un cinto lleno de onzas se mencionaba.

El cordobés llevaba en el bolsillo una de sus orejas para enterrarla en sagrado: al fin era carne humana. Unicamente el sargento no volvía. Recordaban que apretó á correr con su godo, pero después nada advirtieron en la confusión, imputándolo por fin á algún rodeo y confiando que en él los esperaría.

Una lástima! … Mozo tan merecedor! Su crédito, solía decir el jefe. Malograrse cuando más lo ligaba su proeza a los *Infernales!* … En fin, si no llegaba hasta la noche, investigarían desde el amanecer.

El incidente enfriólos un tanto; pero ya, en torno de los fogones, habían improvisado tertulias.

Intervinieron los naipes, tan pringosos que para barajarlos debían echar ceniza entre ellos. Tallaban su monte sobre prendas de los difuntos, sin que faltaran ni los heridos; pues los más, calavereaban también.

Uno, con el rostro partido al sesgo, dilapidó su capital en dos copos; pero obstinándose con una quimérica combinación de sotas, importunaba por una peseta de barato para buscar desquite. Y no dejaba su lugar, así le recordasen lo convenido: el que pierde sale. Aquel fué el que durante la lucha degolló de un revés al oficial godo.

En otro grupo, dos azarados por la suerte, pulseaban, cruzándose apuestas sobre su pugilato; y á la luz del fogón, desnudos de medio cuerpo que estaban, resalíanles los tendones como flejes bajo la piel morena. Cristianos viciosos! Que hasta pulseando habían de jugar las prendas de los muertos! …

Y á propósito, comentarios. Duros los godos! El campichuelo quedó como arado, con los cepellones al aire. Y qué enemigos! Celebraron á uno que despachurrado y á pie, sostúvose contra dos dragones, pisándose las tripas, hasta que de golpe abrió los brazos y espichó sin una boqueada.

Ahí estaban, cuando un perro que dormía se puso de pronto á husmear. Tropel! …

Cuatro hombres cercioráronse, oído al suelo. Era un solo animal y montado por lo rítmico de su galope. Apenas se distinguía su paso, pero uno insinuó:

— El tostao! …

El caballo del sargento!

Ya se oía bien. Un relincho, un vítor estentóreo, y á poco, en el círculo de luz, entró el ginete.

Durante un rato la curiosidad fracasó entre exclamaciones. Callaron por fin y el hombre entró a narrar su peripecia.

Había franqueado el campichuelo, remolcando aquel bulto, que al atascarse, imprimía á su lazo vibraciones de bordona. Cortóse éste con el esfuerzo, y fustigándolo en la cabeza lo aturdió …

Anochecía cuando se rehizo, consiguiendo á mucho costo cabalgadura y cadáver. Éste no era más que un lío de huesos, todavía con un pie engargantado en el estribo. Y decidió amputarle la cabeza para memoria.

Entonces la vieron. A la falda de la montura, suspensa de los cabellos se zangoloteaba.

Barbuda, lonjeada por las asperezas, con un híspido copete que conglomeraba la sangre. Un ojo vaciado escurríasele por la mejilla como una larva.

La degolladura era un masacote de coágulos entre los que sobresalían dos anillos de tráquea. Y qué cepejón .No se concebía mayor destreza para decapitar maturrangos.

Pasó de mano en mano la achura goda. Consideraron la algidez de sus orejas que parecían de loza; su nariz laminada por la muerte.

Intimidaba la quietud de sus párpados. Y qué pesada era! …

El reflejo del fogón teñíala con vacilantes toques; y á cada uno, las comisuras labiales contraíanse en un gesto.

— Si gritara! … indicó uno; y á semejante ocurrencia, un escalofrío estriduló en sus médulas. Otro le entreabrió la boca con el pulgar, para ver los dientes. Su frialdad y su peso impresionaban más que todo; horripilándolos á través del cabello su nuca helada, con una especia de superstición.

Mientras, los enteraba el mozo. Cuando la diseminación de los grupos en el combate singularizó las fisonomías, hubo de reconocer en el militar á uno de los juramentados en Salta el Año Doce. Así abusaron de la patria los perversos! No merecían compasión. De aquí su interés por la cabeza que izarían en una lanza, frente á la ciudad, con el cartel correspondiente.

Ya nadie la tocaba. Perjuro! Y aunque la charla se interrumpió, el grupo engrosaba con nuevos hombres. Concurrín á la novedad, examinando el trofeo aquél con rencor acérrimo. Dos ó tres chanzas abortaron entre murmullos.

En tanto, un montonero garabateaba á la vislumbre, sobre un trozo de guardamonte y con cierta untura de sebo y carbón, romos caracteres. Su dedo industriábase con trabajosa lentitud, y poco á poco las letras decían:

POR …PE …R …JURO …

TALION

Mal se portaba con los patriotas el cura del lugar. Conspiraba contra ellos, ayudándole su sobrino el licenciado. No abundaban por cierto los curas rebeldes. Si algunos se atrevían, los obispos excolmugábanlos; y apostatando entonces, insubordinábanse con sus republiquetas de naturales, sin cesar aperreados por la gente del rey. Emprestaban de las rancherías vituallas y pertrechos. Luchaban, exortando con sus proclamas en el peligro, orando por los agonizantes. Si daban en cautivos, luego de degradarlos los mataban. Mas, éstos no excederían la docena. Los demás, como aquél, predicaban obediencia al godo, apostrofaban con el infierno. Exhibían sus tableje con asidua obsequiosidad —contra la patria, no, nunca!— pero contra los herejes, inculcaban. Así el cura de aquel lugar y su sobrino el licenciado.

Este con su religión dulzaina, sus ojos abstinantes, su talante zancudo que en una como loba doctoral se fajaba, su modestia retráctil, excluía toda sospecha al parecer. La devoción le colgaba de la nariz como el moco al pavo. Su castidad censuraba con mustia avilantez. Su alma de solterona arrinconábase en una mollera baldía de pelos. Pero ahí donde lo veían, en latín se llevaba de calles á cualquiera; y al graduarse en el solemne claustro cordobés, no había fallado un punto cuando sus exámenes, ni durante las doce conclusiones, sobresaliendo en las de ánima, ni en las cuatro parténicas, ni en las cinco mortales horas de la ignaciana. Los sermones de lustre, los panegíricos de miga complutense, él los condimentaba. Retajaba bien las plumas y fabricaba tinta de caparrosa.

Recluídos por el trastorno revolucionario en aquel villorio, cuantas veces el ejército realista atravesó, ambos lo favorecieron, considerándose sus atalayas á pretexto de confesiones y bautismos. Mas muy luego la hostalidad asedió.

Circunceñidas de hierro, las tropas replegáronse sobre Salta. Hambreaban, no obtenían ganado, esparcíanse en su busca; y sin lograr ni un rastro bisulco en las soledades, evacuaban el paraje, cosidas á su rezaga las montoneras entre descargas y quemazones.

En una de esas, había asustado al sobrino una broma terrible. Apresurábase para la parroquia caballero en lucio macho. Ya pardeaba la noche, pavonando los cerros del contorno. El sendero estrechábase en una especie de zaguán dintelado por dos árboles. Acertaba justamente con esa estrechura, cuando el animal se le escabulló como agua de entre las piernas; y no bien rehecho del trompicón, un tétrico cuadro presentóse á su vista. Ahorcajadas en la bifurcación de ambos los troncos, distinguíase dos figuras humanas. Sus contrahechas posturas, la fetidez que apestaba al rededor, revelaban bien dos cadáveres allí elevados á guisa de bausanes por un chiste macabro de la montonera. Resaltaban dos botones brillantes, una mano seca en la semiobscuridad. El pusilánime temía á los espectros; y compelido á atajar senda, se descarrió por lo más fragoso, recogiéndose ya muy de noche al presbiterio, arañado por las malezas y recalcado de un pie.

Su odio á la montonera se acrisoló en su miedo, cambiándose éste en pavor. Sus estratajemas, en vista de dañarla, redoblaron; y á cada éxito experimentaba una satisfacción casi física, un frenesí como los niños en dentición cuando muerden.

Aliábase intrínseco oprobio á sus ideas de exterminio. Látigo á esos disidentes de la opresión, para humillarlos. Cauterio voraz á todo para arrasar almas y cuerpos. Las hembras y las crías en corrales, sin alimento, sin agua. Huérfanos por los bosques, aterrando con gritos de bestia. Mujeres aporreadas por los perros, unas; otras, las blasflemas, con una piedra caldeada en la boca. Algún chiquillo, ya sin eco su llanto, henchida de querezas la boca junto á la madre amarrada. Y ellos, los rebeldes, descoyuntados en potros y cepos, encurtidos á varilla los jamones ó danzan-

do zapatetas en la horca. Ah, destilar esas vidas, mondando tela por tela el corazón como una cebolla, con exquisitez de torcionario! … Talar las siembras, los árboles, las rancherías; y sobre la región así asolada por las sevicias en coyunda con el anatema, sobre las ruinas sin ayes, el espectro de la Majestad.

Sobresalía una grandeza de infierno en aquellas meditaciones. El amo quería avasallar aún con sus férulas en la quimera de poderío que lo ilusaba; y este único pensamiento erguíase sobre su frente como una cimera. Sin un amor que le asoleara la vida, burlado por todos los fraudes del destino y descollando por feo, aquel lúgubre santurrón había soñado una autoridad tan gigantesca, que todos, él inclusive, se redujeran por contraste á polvo.

Arriba el rey, bueno! Alto, tan alto que sus pies ya fueran cima; pero abajo, bien abajo, solidaria ignominia para los demás. Que nadie poseyera cosa, fuera del yugo!

Parecían facilitar sus proyectos los barruntos políticos que se deslizaban de por el sur. Hablábase de un rey para la América, un inca quizá… Había discernido una vislumbre de esperanza en eso, emitiendo la idea durante sus coloquios con los montoneros del lugar. El rey inca significaba la salvación. Así disfrutarían de libertad, orden y un gobierno de su sangre. Algunos defirieron y empezó á prosperar la impostura; pero olvidaba lo principal, el caudillo que andaba entonces ausente. Sobornado ése, encendíase el fuego, mezclando en igual apostasía á la montonera con la Constituyente, medio inclinada ya…

Por fin, regresado que hubo, el licenciado tanteólo, no sin rodeos; mas, al primer avance, el otro lo atolondró con su negativa más contundente.

— Reyes?… Cortes?… Vocablos para él sin acepción ninguna. Un indio rey?… Como jumento con albarda de plata! Dejárase de cominear en esas cosas, aplicándose a sus latines. Ya entenderían en ello quienes debíanlo de hacer.

Amancebado con una joven de la vecindad, residía allá cerca el caudillo. Linda pareja: él, moreno, arisco el bigote, intonso el cabello a la nazarena. Ella, bien espigada en sus dieciocho años, casi del todo blanca, llenos los ojos de narcótica tiniebla, y los cabellos, en su lacia negrura, abiertos sobre la frente cual remos de golondrina fatigada. Por su grácil belleza atribuíanle noble estirpe. Quien la achacaba á un visitador de Real Hacienda, transeunte por allá; quien á un segundón tronera, reo de Inquisición, que atesoró en el pueblo muchos cariños…

De un tiempo atrás la maternidad, transfigurándola, engrosó sus labios y empañó su cutis con internas sazones de fruta, en conjunto á la vez de sumisa animalidad y plenitud angélica. Desde las entrañas en fruto, demacró su rostro una turbación que al parecer anticipaba los dolores del trance; y a la alucinación del misterio latente en ella, exuberó más dichosa, más hembra con su hermosura que el contacto del varón aun remozara, mudados en racimos dolorosos los estrictos senos de la virgen, el agraz en néctar, la linfa en sangre.

La joven y el caudillo disfrutaban su himeneo en parangón con los pájaros, sin otra consagración que sus ósculos; y á esta circunstancia apeló entonces el licenciado. Lo que nunca, salió visitándolos una mañana; mostróse otra y más veces; amonestó con el recato y con las culpas…

El gaucho disgustóse en breve. Empalagábalo ese paternostrero. Y cierto día, atracándolo por ahí, lo disuadió con dos argumentos. Desistió entonces el beato; y á poco el joven se ausentaba en expedición.

Apenas ido, una fuerza española se encerró en el lugar. Alojóse su jefe en el presbiterio, citando á las mujeres para tomarles declaración. Lo de siempre: nada sabían. Replicaban en un pronto, con osadía tal que maravillaba á los chapetones. La mujer del caudillo compareció también. Lo mismo: nada y nada. Sólo re-

cordaba que una vez les participó el licenciado ciertas cosas de un rey inca…

El oficial se inmutó. Y su marido qué opinaba de eso?

— Psh! Su marido chanceó con la tontería. A él no lo habían de embaucar así; para gobernarlos bastaba el comandante Güemes, hijo del país, respetado por ellos, padre de los pobres. Qué reyes ni qué demontre! Canalladas de los letrados porteños! Así argumentaba su marido.

Sin un melindre lo espetó, como quien se desbasta de una postema. Apresáronla por ello, y quedó con centinela de vista en la casa parroquial cuando los godos se replegaron á su columna. La muchacha, encinta de seis meses, enfermó con el atropello.

Dos días permaneció vedado el prebiterio, y sus habitantes retirados, sin dejarse ver. La noche anterior, el licenciado había requerido á la comadre del lugar, llevándola consigo; mas, paralizada de terror la parroquia, nadie curioseó para qué.

Así empezó la otra noche, entoldada de nubes. La puerta del presbiterio sesgaba un rayo de candil, regularmente cortado por la sombra del centinela en marcha. La selva, como un aireado pebetero, reanimaba su difuso bálsamo que sofocaba á ratos el vahaje de los henos. Cada rancho arrebujaba un temor; y mientras, en el vivac montonero que reposaba, el jefe, bilocado por una pesadilla, repercutiéndole en la garganta los latidos de su corazón, vió la alcoba del presbiterio, netamente.

Tío y sobrino dormitaban en sus sillas; sobre uno de los lechos había una mujer cuyas facciones accidentaba al oscilar la vela desde un rincón del piso. Junto a la otra cama advertíase un rifle, y en la pared del fondo un crucifijo. El cura llevaba su solideo, el licenciado su gorro. La mujer estaba sin duda muerta… Una mujer muerta?… Allá… Mal se avenía eso… Una mujer muerta!…

Y de golpe, como un trueno que le rodara en el cráneo, la certidumbre se declaró. Muerta! Allá! Muerta!

Aspiró bruscamente el aire, despertóse de cara a las nubes, turbias sus potencias, un sollozo estrangulado en su garganta, ansiando como si llorase para dentro. Todavía lo ofuscaba la luz de aquella alcoba. Y su convicción, triunfando aun del absurdo, lo desvelaba. Bregó con ella, provocó el sueño, centuplicando su energía. Imposible todo. Constantemente lo embargaba aquella visión. Inquietólo por fin de tal manera, que arrastrándose hasta uno de los dormidos, lo removió quedo. Secreteando, ordenó en seguida. Delegaba en él su jefatura; muy luego se les reuniría al rastro, si veíanse obligados a desalojar la posición…

Sonaron frotes de virolas, retintines de espuelas, un tranco entre los árboles. Y ya lejos, bien rodeado de noche, el jinete estimuló a su montado.

Al galope, a escape bien pronto, sin precaverse tragaba las leguas. De cuando en cuando una interjección habitual sacudía al bruto que con un *han!* se esforzaba.

Sombra, peñascos, arboledas; ladridos vagos primero, más cercanos… más próximos aún…Un grito al azar de la sombra:

— Alto ahi!… quién vive?…

Un tiro… un ay!…

… Saltó la puerta del presbiterio, y el gaucho apareció obstruyéndola con su estatura.

Todo estaba tal cual lo había vaticinado su visión, menos el fusil que faltaba y los moradores que recibíanlo postrados.

La faz del sobrino encanijábase en un correoso puchero; la del otro, calípiga en su obesidad, manifestaba con leve resalto los ojos, nariz y boca semejantes á tajitos sobre la comba de un melón.

El gaucho, previa una vacilación muy breve, quitóse el sombrero, y encaminándose lentamente a la cama de la difunta, sen-

tóse en un baúl que sostenía la cabecera.

Como un relámpago asaltó á los otros el pensamiento de escaparse, con igual rapidez extinto; pues la lucha en que acababa de sucumbir el centinela, su muerte fulminante, de un solo ay! incluían esta conjetura: Vigilaría alguno, afuera? De no, por qué se descuidaba el hombre? Y sobrecogidos, apoltronáronse otra vez.

El gaucho meditaba. Sus ojos dilatados por el delirio sumergíanse en la obscuridad exterior. Con potentes anhelaciones, el caballo, afuera, se recobraba. Y en esa soledad con su indistinto murmullo de grande agua, el concubio ahogaba todo otro rumor.

No pestañeaba siquiera el siniestro viudo. Los codos en las rodillas, arqueado el dorso, realzábanse duramente su melena, sus párpados meditabundos, su mentón llovido de bigotes. Y como el candil lo iluminaba desde el piso, su sombra prolongábase sobre la pared como una bandera. La sombra temblaba un poco; él no.

Tampoco lo aquejaba ni un encono. Martirizábalo tan sólo un dolor muy adentro, cierta cosa agudamente fría, como si un trompo de estridente púa le taladrara el corazón.

El silencio auguraba catástrofes. En el cielo seguían precipitando sin duda sus rolidos los nubarrones en masas de sombra y de silencio. El gaucho ensimismábase más y más. A ratos alisaba lentamente los cabellos de la muerta, componía en la divagación del ademán las chaquiras que rodeaban su cuello; y como arrullándola, con un vagido articulaba:

— Pobrecita!… Pobrecita!…

Promediaba la noche, encapotándose de mayor lobreguez. Por fin el cura musitó:

— Hijo?…

Inmovilidad, silencio.

— …Hijito? … suplicó el viejo; y al principio tartamudeando, después con verbosidad desesperada, se disculpó.

No les reprochara una injusticia. Deplorarlo?… Nadie más que ellos! Pero la pobre se había alterado mucho cuando el oficial, como incurriera en insolencias, le prometió cien azotes. Ni con una pluma le pegaron, nunca! Al ver que con la alteración peligraba, habíanla sacramentado para que no muriera mal.

Mesábase los cabellos, lamentando el desenlace; y su gelatinosa pulpa se aplastaba sobre la silla en desolada actitud.

Con una sonrisa que le enaceitaba los labios, el sobrino trabucó un argumento; mas el cura lo reprimió, hilvanando acto continuo su tarabilla:

— Una santa! … Era una santa! Abortó, cierto, pero eso incumbía a la partera. Inútiles fueron las medicinas. Se arrepintió por suerte y Cristo Jesús la perdonaría. Una santa, una santa! En la gloria rogaría por él á esas horas… Juicios de Dios! No les culpase á ellos el delito ajeno. La velarían contritos y él, de balde, le cantaría los responsos…

Ni le repugnaba semejante oferta, anonadado en el fondo de su desastre. Y en todo eso, una idea preponderaba, horadándole la cabeza de sien á sien: Muerta! El otro balbuceaba.

Mucha, mucha sangre. La partera la extenuó quizá. Se fué en sangre. Pero en qué, por Dios, en qué habían delinquido? Testigo el Señor crucificado.

Acababa la noche. Como un dormido a quien importunasen anacrónicas charlas, el hombre susurró:

— *Chiiiit!…*

En ese momento una calandria preludió allá cerca su canto.

Primeramente fué un trino de pichón friolero; después un largo silbo, poco a poco entrecortado; después pastosos cloqueos, bullas de agua locuaz en el buche; un airoso guirigay que parodiaba la polifonía del bosque; silbos otra vez, otra vez lastimeros

píos; hidráulicos tecleos — y de golpe, en efusivo convólvulo, un gorjeo clarísimo remontado por caudalosas escalas.

Al firmamento que emblanquecía mitigando sus estrellas, trovaba su himno el ave. Enajenada en lírico arrebato, su alma ascendía á la aurora como una llamita. Ufanábase en la etérea inhebración de las alturas, en el delirio de mecerse por la extensión cuando se arrebola con claridades lejanas el horizonte — más allá del tiempo, más allá de la vida …

Vocalizaba los idilios en el rastrojo, la juvenil maternidad en el arbusto, la inquietud por los huevecillos que el ala protege, con apasionada ternura, cual si modulase en la punta de su pico su pequeño corazón. Tal una jaculatoria que el mundo tributase al día, flotaba sobre las tinieblas, hija del sol, para verlo primero, en un éxtasis musical de inconmensurable altura, saludando a la inmensidad.

Expresaba el despertamiento de las cumbres, la inquietud de las arboledas que se matizarían de aurora, la iluminación de las nieves, el efímero encanto de las nieblas en evaporaciones lilas cual una corporización de suspiros; alborozábase con los júbilos de la fertilidad bajo las frescuras de la madrugada, cabiendo en su interpretación, tan flexible y delicada era, desde el rocío que irisa en el césped sus mil ojitos de cristal, hasta el aroma inmenso de la montaña.

Trinaba con nuevo brío la acerada cuerda de la canción. En continuidad de vena líquida rizábase su raudal, mientras más bajo armonizaba tenues contactos de caireles. Ensalzaba las vigorosas labores: las siembras con sus copulativas temperaturas, las corridas por el páramo escueto donde se aterían las carnes y se acendraba el vigor — la misma guerra con sus heridas que exhalaban á los espíritus como brasas coronadas de incienso …

El gaucho escuchaba y se conmovía. Allá cerca de su rancho, tenía ella un nido de calandrias cuyos pichones proponíase criar

…

Y aquel canto semejante á un díctamo de leve dulzura, consolaba su soledad, mientras el alma de su tesoro desvanecíase en la pureza de la aurora.

Alboreaba. Frente á la puerta, el caballo pacía. Más lejos, circunvalando el paisaje, una loma azulábase lentamente, y sobre ese azul fluctuaba el pincel de humo de algún fuego. Cloqueaban en el arroyo las charatas, fingiendo con sus gritos roldanas en función. Adentro, ni un suspiro perturbaba la inmovilidad.

El paisano se enderezó con un estremecimiento, dirigióse hacia el cura, é impulsándolo de un empellón:

— Siga!

Una vez fuera, aquél trancó la puerta, y el sobrino quedó á solas con el cadáver.

Produjose en el patio un rumor como de sollozos, una imprecación, algo que pataleaba y resistía … Después nada.

La puerta se abrió otra vez, presentándose el insurgente:

— Siga!

El licenciado ni parpadeó. Su rostro desvencijábase como un caballete. A penas las orejas conservaban su rigidez. Aquello, sin nada humano ya, simulaba un títere lamentable con los hilos rotos.

— Siga!

Aunque lo petrificaba el susto, veíase bien que por dentro retraíalo un solo temblor.

— Siga! reiteró el gaucho, adentro ahora, una mano en la nuca del triste.

Obedeció tambaleando, valgas las rodillas, de autómata el andar …

En medio del patio yacía un mortero sucio de sangre fresca, y á la par el cuerpo del otro, boca abajo. Una mancha obscura iba

extendiéndose hasta sus muslos. La primera luz del sol lustraba el gris acerado de su pelo. Más allá sospechábase el cadáver del centinela en una depresión de la yuyada. El gaucho dispuso:

— Acuéstesé … Ahí, no más, pa degollarlo.

Tumbóse el sobrino junto al mortero, empujado por su verdugo. Sajó la daga, principió un grito casi al punto enronquecido por el gorgoteo de la sangre que roció en delgados chisguetes …

El caudillo penetró de nuevo en la alcoba. Observó las paredes, el Cristo del fondo, sus manos manchadas de sacrilegio y de muerte. Durante una hora paseó la pieza largo a largo, repitiendo incesantemente, con voz opaca:

— Bueno… bueno… bueno… bueno…

El caballo asomó de pronto la cabeza, con aquellos sus ojos de infancia y de pradera. Viólo adelantar el belfo, curioso, como si comprendiese; la pena se le encabritó en el pecho, y recién entonces, oprimiendo el cadáver contra su cara, prorrumpió en un huracán de sollozos.

GÜEMES

Al saltar el sol de la retirada, he aquí lo que entretenía el objetivo de un anteojo español, asestado desde la plaza al mamelón más austral del San Bernardo:

Entre el cebilar cuya fronda se soliviaba en un esponjamiento de plumaje, cabezas de caballo, sombreros, bustos de jinetes diseñándose tras las ramas; y junto a una higuera silvestre de lóbrego verdor, una chaqueta roja sobrecargada de oro.

La tierna luz de la madrugada esclarecía toda impresión visual; y así, en el acero claro del aire, precisábanse las figuras con seca nitidez.

Sobre el recuesto que pronunciándose en quebrada gemina el monte, juntábase la chaqueta con la cerviz de un caballo dorada por mil virolas, y una breve capa bermeja. Más alto, un resplandeciente morrión rebasaba el monte delineándose sobre el cielo.

Alguien profirió un nombre entre los oficiales. El asombro aplacó los ceños. Pasó de mano en mano el anteojo.

Por fin lo veían. En efecto era él.

Trasnochó allá con su escolta, pregustando aquel suceso que marcaría el término de la obra colosal. Concluía ella en el Mes de América, en el Mes del Gran Grito; y tal coincidencia lisonjeaba más su orgullo.

Primero en evocar la patria por los páramos del norte lejano, apellidándola de gloria en la Quebrada histórica, había nacido con aquella predilección de la suerte que á porfía le dedicaba sus galardones. El triunfo iniciábase con el día, soberbiamente: la aurora a su espalda y Salta a sus piés.

Habían trepado por la vertiente opuesta, sin que un soplo estremeciera las ramas, aun overa de estrellas la noche, alta la canción de los manantiales, distinto el lloro de las hierbas que gotea-

ban su exceso de rocío. Después, trenzábanse los garabatos en un cinturón de cilicio, pasado el cual se dilataban los hombros del gigante. El canto de las corrientes enmudecía. Un esfuerzo más, y repecharon hasta la cumbre, desembocando en la inmensidad obscura como náufragos sobre un escollo.

A los lados sombra, á veces difusa, á veces condensada en bultos. Detrás, más sombra. Al frente un hoyo de sombra que sepultaba la población. El silencio aquietaba las cosas como una definitiva eternidad, bien que á veces subieran ecos misteriosos, opacos, semejantes al paso macizo de batallones en las tinieblas. Mas, poco a poco, las estrellas se histerizaron allá arriba, contagiándose de palidez. Una tenuidad de berilo prelució en el oriente á espaldas de los hombres. Los cerros que almenaban el valle por el oeste, vislumbrábanse en color de niebla aún. Leves azogues opacaron el cénit. Diseñóse en una penumbra de novilunio la ciudad, semejante á una caja de juguetes en la enormidad de las montañas. Serpearon por las calles insólitos regimientos. Rasgaron el aire desolados alaridos de clarines. Los chapetones evacuaban el puesto. Surgían al noroeste polvaredas, humos: las partidas que madrugaban, apostándose en sotos y desfiladeros; los chasques, las alarmas, los galopes de la montonera convirtiendo desde el horizonte.

El jefe miraba. Ocurría al fin el trance de la victoria, ultra esos cuatro años terribles, sin una noche entera de sueño, sin un día limpio de sangre. Reincidieron una y más veces los realistas; pero el escarmiento insigne que los ahuyentó el Año Doce, se repitió el Catorce á pesar de la barbarie de Pezuela; y ya no fueron para atentar contra la patria "las hordas serviles".

Como arrasada a fuego por el estrago quedaba la región. Comidos los ganados ó en tendales por las travesías; los hombres diezmados; ahitos los sobrevivientes de miseria y de gloria: — suspendidas de los bozales las medallas, por faltar una chapona en qué colgarlas sobre los pechos.

En las rancherías, en los bosques, desde el mendigo á la anciana, desde el guerrero al niño, desde el animal al objeto, idéntica irrupción de bravura, como si en ella se les transmitiese la inspiración de su caudillo. Y todo por amor suyo; toda esa táctica de partidas desparramadas en miles de leguas, dócil á una flexión de su dedo, interpretando sus órdenes por instinto como el caballo al pensamiento de su jinete.

Desolación por todas partes. Por todas, en la montaña, en los poblados, las memorias lúgubres del rey. Penaba en esos dolores la patria naciente al zafarse de su yugo. Derruyendo esperanzas, tronchando afectos, como para acuñar su cifra en el oro fino del dolor — la deidad segaba su mies de vidas. Que le salieran al cruce amores por acá, por allá deberes; á esta mano angustias á la otra miserias — como el viento las aristas todo lo aventaba su torbellino. Raía la tierra el galope de sus caballerías salteadoras; pero esa misma devastación exaltaba los heroismos precursores.

Sin una queja, analtecidos por la aceptación de la muerte, purificándose hasta el martirio por la gloria depuesta en el anónimo, entregaban á la sombra sus alientos, mecidas sus almas por el murmullo de la selva.

Aquel viejo que de pronto enloquecía en un desvarío de morir, y encambronándose al enemigo deshojaba en fendientes su resto de vigor. Aquel niño en cuyo pecho se denodaban tiernos enconos, embelleciendo con glorias de inocencia el sacrificio donde su gota de sangre era florecilla alegre sobre el seno de la patria. Aquella mujer que novia, ó madre, ó abuela, recluía bien adentro en las entrañas la memoria de sus muertos, no fuera á rebajar la pesadumbre los gozos de la victoria. Aquellas indiadas con su estupefacción de resucitado en las pupilas, sus jarretes trajinando de sol á sol leguas de páramo, su heroísmo que el combate transformaba en perseverante arrecife y la muerte en paciencia altiva: — todos, viejo, niño, mujer é indio espejábanse en él, cada cual representando una parte. Y cada amargura refundíase en

su corazón; y cada heroísmo se le subía por el pecho en llamas sublimes; y de él emanaban en forma de jinetes para todos los rumbos sus ideas, hasta encararse con la muerte y hechizados por ella despeñarse entre relámpagos, torcidas de picar las espuelas, quebrados los sabores del freno, saltando — *hup!* — sobre las bayonetas en el frenesí de las supremas acometidas.

El país, hirviendo de montoneras, no mermaba su entusiasmo. Lejos de ello, la guerra desde las cumbres y los valles frígidos, devastaba los bosques, ensangrentaba aun el Chaco misterioso, sublevando sus tribus. Allá reclutaba combatientes embijados de ocre, con sus coletos de jaguar, sus mazas, sus saetas, sus cuchillos forjados de una mandíbula de pez. Así se guerreó durante cuatro años.

Y sin armas. Dotábanlos con los desechos de la tropa regular, tercerolas sin cazoleta, averiadas fornituras, pólvora enmohecida. Los sables con ocho años de servicio, enastados en ramas brutas, mellados una y cien veces en la obra y amolados hasta volverse cuchillos. Bastantes hondas, muchos garrotes. Tal cual cañón de estaño ó de madera. Lazos, boleadoras. Los indios jugaban á la artillería derrocando peñones.

Y sin ganado. Las concentraciones extermináronlo á millares. Los caballos fallaban; las acémilas deteriorábanse hasta el horror. En balde solicitaron unos y otras; no había. Enfrenaron potrillos; se acabaron éstos. El cuartel general socorría con algo, y mal que mal los apuntalaba; pero á poco recaían con mayor acerbidad en el trance. Ese año ni se trilló por falta de yeguas ni se aró por carestía de bueyes. Ya no quedaba otro lujo á aquellos vecinos que las imágenes de sus santos tutelares, y tal cual carta de Belgrano en el fondo de las petacas.

Y sin recursos. Nadie decaía, sí, pero qué horrorosa miseria! Precedía á la tropa arropada en andrajos, una oficialidad mendi-

ga: — capitanes rotosos, coroneles que oficiaban por dos pesos para proveerse de una casaca presentable.

En las aldeas pordioseaban hirsutos mutilados y horrorizaban ciertas figuras de pesadilla. Uno como meteorizado, el vientre enorme, expeliendo fuego de las entrañas que horadó una bayoneta; otro gangrenado hasta la cintura: — dos ojos feroces de fiebre como dos copas de alcohol ardiendo; otro que llagado en el monte enfureció de impotencia, oliscando ya á cadáver, un balazo en la cadera atestado de larvas; otro, barbudo, la cabeza doblada sobre el pecho, desnucado de un mandoble; otro que mascaba filosóficamente su coca, mientras con una paja la médica le extraía por succión el pus de un lanzazo. Y el más atroz — uno cuya fisonomía excavaba un solo agujero: labios, nariz y ojos arrancados por un casco de bomba, y para colmo ¡vivo!

Una fresca viudez enlutaba á las mujeres, percudidas en su aciaga laceria por intemperies y abandonos; algunas, amamantando su cría que agranujaban urentes acores; otras embrutecidas por la soledad en demencias lúgubres; no pocas de chiripá y chaqueta en las partidas, muriendo por la patria.

Y sin gloria. No los recordaban sino para vejarlos. Instituían por sí su gobierno, reputándolo ante todo militar, él, el caudillo al frente, con su intrepidez lastrada por su cordura, sin nombramiento del lejano Directorio, porque ya la Provincia se bastaba en la vida como en la muerte. Y las alcurnias ilustres protestaban contra la voluntad de esa plebe cuyo espíritu, regenerándose en el infortunio, honraba á la misma tierra que redimía.

Rejuveneciendo en la ablución del rocío, el paisaje se embelesaba sonreído de aurora. Las montañas del oeste empolvábanse de violácea ceniza. La evanescencia verdosa del naciente desleíase en un matiz escarlatino, especie de agüita etérea cuyo rosicler aun se sutilizaba como una idea que adviniese á color. La luz varió sobre el follaje de los cebiles. El horizonte pulíase en un topa-

cio clarísimo sobre las montañas, azules las distantes, verdes de cardenillo las próximas, retrocediendo sus depresiones en perspectivas de planisferio. Manchas de sulfatado azul debilitábanse en los declives. Un farallón de cerro oblicuaba sus estratos, semejante á un inmenso costillar; y orlaban los repliegues de las colinas desbordamientos de arcilla como una desolladura de carnazas. El cénit de cinc resucitaba en celeste.

En el anteojo realista, la cabeza del caudillo dibujóse un instante sin su morrión. Todo hacia atrás el cabello de crespa negrura. Noble la frente. Los grandes ojos llenos de serena arrogancia. La nariz espaciosa. Pálido como el peligro en el vellón de su barba obscura.

Caminaban su pecho cordones de oro; oro claro ribeteaba su sobrecuello; engalanábanlo de oro las charreteras; y como alzara el brazo para cubrirse, la bocamanga deslumbró, también de oro.

La sombra de la visera, eclipsando sus ojos en ese instante, denotó aun más el reproche severo con que su mirada medía la ciudad.

No atañía por cierto la victoria á los rábulas que tanto la discutieron por imposible. Con su menospreciado gauchaje había perseverado él sólo, mientras muchos de esos decentes se obcecaban en la vieja abyección transigiendo por odio suyo con la reventa de la patria. Ni les satisfacía otro régimen que el de su dominio, ni se abnegaban sino á condición de garantías y prebendas.

Señores ligios de su provincia, soñaban constituciones sin haber fundado aún el país, apresurándose á reasumir el privilegio junto con lo que renegaban de él.

Las ingerencias de la lucha, todas redundábanles en descrédito del caudillo. Si libraba de gabelas á los que ya contribuían con su sangre por todo haber; si amonedaba los caudales, la envidia regalábase opíparamente en su fama, no mucho si apeteciendo al

par su fracaso y su vilipendio. Mas no por ello se apocó una sola vez; y su justicia, sometiendo desde luego á los precípuos, reservaba sus predilecciones para esos gauchos que su gloria sedujo, para esos desheredados y míseros, la amargura de cuyos pesares sólo comentaba tal cual anónima endecha.

Aquéllos, afeándole por de tránsfuga su conducta, ofendiéronlo hasta en lo más fútil, vituperándole igualmente, y á pesar del triunfo, su política y su táctica.

Enjambrar de sables los bosques, dispersando en partidas sus tropas para amuchigarlas á los ojos del español; suprimir casi las batallas, rindiendo más que por la lucha por el hambre: — era anarquía, ignorancia … y miedo!

Cobarde! … Ni eso le concedían — el denuedo. Pesaba sobre él pronóstico de muerte á la primera herida. Su voz gangosa, bastante lo evidenciaba.

Qué sobreviviría sin él del país, del gauchaje, de la victoria? …

Y en sus severos designios, mientras destinaba á los otros para la muerte, la patria lo obligó á la vida.

En las hutas del bosque, en las cuevas de la montaña, sacrificando quién sabe qué fervores en el corazón, con qué nostalgias del acero nublándole los ojos, él sobrellevaba la acción de sus miles de hombres.

No importaba! Ambicionando glorias más puras, la veneración de su pueblo brindábale proféticas vindicaciones. Presagiaba en futuros apogeos la exaltación de su hazaña. Mas, no se complugo en aquella guerra por la gloria ni por el renombre, sino al amor de la libertad que lo prendara, embriagándolo con su vino austero.

Por sanguinario vilipendiábanlo también, no obstante su reconocida lenidad ante las crueldades del godo. Tal cual de éstos castrado en rencorosos taliones ó clisterizado al ají en brutales

jugarretas; uno que otro ejemplar de horca y dos ó tres maneas de cuero chapetón, suministraban las imputaciones de tiranía. Pero no se hace la guerra con unturas ni lástimas; y la rudeza de sus montoneros, sin cesar provocados por horrendas ejecuciones, explicaba aquellos desmanes.

Qué le reclamaban entonces? Las togas y las cogullas habían de sustituir á la espada? …

Y en contra suya, también, preveníalos su altanera seducción ilustrada por amables fortunas, lo mismo con la dama que con la campesina, pues primero como gaucho en el fogón, no era, como galán, segundo en el estrado. Y por igual detestaban sus guardamontes recamados de seda y oro, sus preciadas charreteras, sus constelados dórmanes, la pompa de mando con que se prestigiaba en la masa ingenua.

Los batallones del rey precipitaban la retirada. A poca distancia, íban repartiéndose en encuentros parciales. El campo ondeaba ya de galopes.

Reinaba pleno el día. Una aureola progresaba en el cielo, á espaldas del caudillo, glorificándolo. Facciones y contornos disipábanse en el resplandor.

Por los cerros del frente, resbalaba una claridad lila sedosa, con esfumaciones azulinas que anaranjaban la herbácea amarillez del suelo, hasta dirimirse en greda rosa. Una nube de grana escaló el noroeste. Al norte despuntó un pico engastado de ventisqueros.

El foco solar encandecía, tostando la nieve con un cálido matiz de azúcar bruto. Dormidos toques de sol orillaban las lomas, tamizando una translúcida pulverulencia sobre la estañadura de los bañados.

Por cañadas y faldeos propagaba la selva sus inmensos vellones: aquí, verdeando con tardanzas de estío, allá rojeando el oto-

ño como un viejo tripe, con visos degradados del minio al orín. Los follajes orvallados desmenuzaban iris. Dos ó tres palos borrachos con sus acohombrados capullos en dehiscencia, parecían jazmineros gigantes. Y el sol recreaba ideas de gloria.

Vocearan como quisiesen, al paso que tantos lo menoscababan, San Martín lo prohijó. Desde comandante de campaña, mereció siempre su crédito, cobijado el aguilucho por el cóndor sagaz. Y no había fallado al linaje heroico.

Allá lo publicaban, chuceados implacablemente los godos. A espaldas del caudillo deliberaba la Constituyente, atenido el país entero á la fe de la provincia desgarrada. Nunca se la apropiaría el rey, nunca después de tal escarmiento! Avisaban desde el Alto Perú, nuevas de La Madrid: Tarija capitulada, los realistas copados por semejante operación, las tribus insurgiendo otra vez. Y un rumor todavía más grande: San Martín en Chile! ...

Así, mientras la patria se debatía por dentro, al par recortada sobre el patrón unitario de sus doctores y plasmada en el crisol de los motines por el instinto federal de su caudillaje; mientras la nacionalidad pretendía su destino en deshecha borrasca, los ejércitos de la Revolución, como otros tantos raudales escapados al apego de su montaña, perecían desterrados en su propio triunfo, sobre tierra extraña ó calumniados en la propia, pero certificando de tal modo al porvenir una herencia de naciones.

Encumbrábase en la frente del caudillo un solemne orgullo. Incensábanlo con la frescura del día vigorosos aromas. El eco repercutía detonaciones de combate y explosivos relinchos de charanga. En el derruído suburbio maniobraban los últimos batallones.

La radiación solar circuía en fuego su cabeza. Serenábase su frente y el júbilo predecía venturas.

Pura luz era lo que se vanagloriaba en su elación. Ideas, no sino grandes y por la patria; recuerdos, todos de proeza; inspiraciones, las del triunfo, prescribiendo á sus rivales en desquite magnánimo, á manera de perdón la comunidad de los laureles. Inauguraba la libertad allá en su monte, resarciéndose de la adversidad con la victoria. Sólo dos podían gloriarse tanto: él en los Andes del norte; en los del occidente *el Otro* …

Y después, cumbres. Tales pujando á mogotes; cuales redondeándose en domos. Ora pobladas de fronda obscura; ora en verdes de esteatita, con una suavidad casi voluptuosa, pubesciendo en sus pliegues, como en ingles sombrías, la densidad de los jarales. Y cumbres siempre, cumbres en torno, cumbres en el horizonte, como si al bienvenirlo, todo aquel suelo, de un solo bloque, se erigiera en montañas. Y en comba prodigiosa, restallándolas con fulgurante vuelo, una sobre Chile, sobre ambos Perús la otra, tendidas al sol las alas de la guerra que emplumaban sables deslumbradores. Ya en el pasado, los estandartes hostiles sobre cuyo paño desplegábase fieramente en sautor el aspa cramponada de Borgoña; y en el porvenir, estremeciéndose todavía de redención, la sagrada tierra que pregonaba con su alborozo tantas fecundidades, y sosegaba con su piedad tantos grandes sueños.

El anteojo realista, distraído un instante, enfocó por despedida la casaca roja. El oro solar fundíase en napa de esplendor. Charreteras y morrión hormigueaban de átomos chispeantes. La luz destelló más todavía; el jefe caracoleó un poco, y entonces, en el sitio que acababa de ocupar su cabeza, resplandeció de lleno el Sol de Mayo.

Sobre *La guerra gaucha*

Después de una exhaustiva investigación de campo, Leopoldo Lugones publicó en 1905 «La guerra gaucha», una recopilación de relatos que narran las vicisitudes de los guerrilleros gauchos durante la Guerra de Independencia de Argentina.

ÍNDICE